# Colombia, territorio de historias

CONCURSO NACIONAL DE ESCRITURA

SEGUNDA EDICIÓN

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

CERLALC

Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe
Bajo los auspicios de la UNESCO

# Colombia, territorio de historias

CONCURSO NACIONAL DE ESCRITURA

SEGUNDA EDICIÓN

Concurso Nacional de Escritura
Segunda edición
Colombia, territorio de historias

AÑOS 50 UNESCO
Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

CERLALC
Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe
Bajo los auspicios de la UNESCO

CREA TALENTO CREA COLOMBIA

Colombia, territorio de historias
Concurso Nacional de Escritura

Primera edición, Bogotá D.C, julio de 2022

© Cerlalc, 2022
© Ana María Ordóñez Acosta, Andrés Camilo Suárez Garzón, César Augusto Rodríguez Rodríguez, Wencel Antonio Valega Ruiz, Jhon Alexander Torres Duque, Mayra Alejandra Giraldo Pérez, Jacqueline Córdoba Mosquera, Miguel José Niño Fonseca, Juan Sebastián Arango Muriel, David Leonardo Lara Pineda, Jorge Alberto Muñoz Reyes, Olga Isabel Castilla Rocha, Luisa Fernanda Cepeda Mora, Sara Isabella Almario Salas, Juan Andrés Buriticá Gutiérrez, Nathalya Arango Redondo, Sofía Berena Ramos Mendoza, Samuel David Anacona Rojas, Iván Graciano Morelo Ruiz, Nicolás Javier Corena Guerra, Julián Esteban González Guzmán, Frann Karlo Farut Páez Estébez, Juan Alberto Másmela Arroyave, Pedro Antonio Herrera Solano, Eric Fabrizio Fuentes Rico, María Isabel Sierra Cadavid, María Alejandra Delgado Castañeda, Juan Paulo Ternera Moreno, Andrea Manuela Montaño Vergel, Sara Sofía Rivera Sanabria.
© Óscar Godoy Barbosa.
© Ricardo Correa (Zokos), por las ilustraciones, 2022.

ISBN: 978-958-671-235-4

**Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc)**

Julieta Brodsky
Ministra de Cultura, las Artes y el Patrimonio de Chile
Presidenta del Consejo

Carlo Brito
Ministro de Turismo de Brasil
Presidente del Comité Ejecutivo

Andrés Ossa
Director

Alberto Suárez
Secretario general (e)

Jeimy Hernández
Gerente de Lectura, Escritura y Bibliotecas

Sandra Cortés
Coordinadora general Convenio Cerlalc-MEN

Diana Martínez
Coordinadora técnica Convenio Cerlalc-MEN

Fabián Mauricio Martínez
Coordinador del Concurso Nacional de Escritura

Miguel Castillo Fuentes
Henry Alejandro Molano Granados
Profesionales de apoyo pedagógico del Concurso Nacional de Escritura

Mary Grueso Romero
Óscar Godoy Barbosa
Fernanda Trías
Hugo Jamioy
Luz Mary Giraldo
William Ospina
Jurados finales del Concurso Nacional de Escritura

Servicios editoriales
Fundación Malpensante

el malpensante

Julio, 2022

Los derechos patrimoniales de los cuentos y ensayos ganadores del Concurso Nacional de Escritura "Colombia, territorio de historias" (2021) fueron cedidos a los organizadores del certamen por cinco años. La presente publicación no podrá ser reproducida parcial o totalmente, ni registrada ni transmitida por ningún sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo por escrito del Cerlalc.

## Presentaciones


Colombia, un país de historias 7

Apuntes sobre la escritura, el cuento y el ensayo 10

Acta de los jurados 20


## Cuento

### CATEGORÍA INFANTIL


Isabela: la escritora de cuentos tristes 26

El colibrí vanidoso 32

La mamífera Valentina 38

Al otro lado del océano 44

Sonrisa de colores 51

Un amigo incondicional 58


### CATEGORÍA JUVENIL


La marea 66

El miedo no alimenta 73

El día inolvidable 79

El rey 85

El hombre de palabras 92

En la boca del lobo 95


### CATEGORÍA ADULTOS


Un, dos, tres por los que se están besando detrás del matorral 101

Saber jugar bien las fichas 108

Corazón, fiel corazón 114

Chavicure 121

Yo me robé ese cuento 128

Ernesto 135

**Ensayo**

## CATEGORÍA JUVENIL


La guerra contra la conciencia **144**

Arte con sabor a historia **151**

Luchar y morir en el intento **158**

¿Cuál es el estado de la animación en Colombia? **165**

Maestros del siglo XX que enseñan contenidos del siglo XIX a estudiantes del siglo XXI **172**

Sequía juvenil colombiana en política **179**


## CATEGORÍA ADULTOS


La resistencia de la cocina sinuana en un contexto rural de violencia: el caso de la vereda La Mugrosa de San Juan de Urabá **188**

Las mujeres del Alto Baudó: palabras para ahuyentar el miedo **194**

Los lirios del campo y las aves del cielo: Kierkegaard y la filosofía zen **201**

El encuentro de los cuerpos multiformes y no normativos: desproporciones y asimetrías en François Rabelais y Roberto Arlt **208**

¿Cómo construir una nueva escuela? **215**

Palabra por palabra **222**

Awanaja Putchikaluirua **227**

# Colombia, un país de historias

**ANDRÉS OSSA**
Director del Cerlalc

Es maravilloso poder encontrar en un libro la radiografía escrita de nuestro país. Distribuida en tres categorías, como las tres cordilleras que se abren paso por el territorio nacional, esta breve y contundente selección de cuentos y ensayos refiere distintos imaginarios de niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos de Colombia. Imaginarios bellamente escritos que nos ayudan a comprender mejor quiénes somos, de dónde venimos y para dónde vamos. La literatura configura nuestra identidad, nos muestra distintas interpretaciones de la historia y nos revela los ingredientes que componen la sensibilidad humana: los sueños, el amor, la muerte, los miedos, la esperanza y el contacto, entre otros. Este libro respira colombianidad.

El Concurso Nacional de Escritura "Colombia, territorio de historias" marca un hito en la promoción de la escritura creativa y argumentativa del país. En su segunda versión se proyecta como una cita anual y anhelada por los colombianos y colombianas que buscan expresarse, ser leídos y reinventar la realidad a través de la escritura. No perdamos de vista que se lee para comprender el mundo y se escribe para transformarlo.

En esta segunda versión del Concurso Nacional de Escritura se recibieron 17.541 textos de ciudadanos y ciudadanas de todos los departamentos de nuestro país. Miles de textos que reconfiguran y actualizan los imaginarios nacionales entregándonos nuevas maneras de sentir y pensar los múltiples territorios de nuestra geografía nacional, o revisando y poniendo en entredicho viejos prejuicios que no nos permiten unirnos como país. Estos cuentos y ensayos fueron evaluados en cuatro fases por docentes, profesionales especializados, escritores de amplia trayectoria y firmas expertas, quienes tuvieron la difícil tarea de escoger a los treinta ganadores del concurso. Después de este largo recorrido resulta emocionante y sobrecogedor leer los dieciocho cuentos y los doce ensayos de esta versión, y encontrar tanta variedad, creatividad y talento.

Este nuevo volumen del libro *Colombia, territorio de historias* resulta ser una antología de la más reciente literatura colombiana. Reúne una colección de textos que, además de divertir, conmover y hacer pensar a los lectores de todas las

edades, podrá servir a los docentes de los establecimientos educativos, a los bibliotecarios escolares, a los promotores de lectura o a quienes estén interesados como una guía y un rico material de trabajo.

Para el Cerlalc es un placer y un honor presentarle al país este libro que constituye un actual, diverso y auténtico compilado cultural y educativo de nuestra nación.

Muchas gracias,

**Andrés Ossa**
Director del Cerlalc

# Apuntes sobre la escritura, el cuento y el ensayo

ÓSCAR GODOY BARBOSA

*Discurso pronunciado en la ceremonia de premiación del segundo Concurso Nacional de Escritura "Colombia, territorio de historias".*

1. Me siento muy privilegiado por haber integrado, junto con las escritoras Fernanda Trías y Mary Grueso Romero, el jurado que deliberó en la etapa final de la segunda edición del Concurso Nacional de Escritura "Colombia, territorio de historias", organizado por Cerlalc para escoger a los ganadores en la modalidad de cuento, en las categorías infantil, juvenil y adultos. Leímos sesenta cuentos, veinte por categoría, cada uno de los cuales ya había superado los diversos filtros previos establecidos por el concurso, a partir de los 15.310 cuentos presentados originalmente. Vale la pena anotar que en la modalidad de ensayo se presentaron 2.231 textos, en las categorías juvenil y adultos, y que el gran total de participantes en esta edición ascendió a 17.541.

Unas cifras que hablan muy bien de la cobertura incomparable y de la trascendencia de este certamen literario.

2. Hablo de privilegio porque no me cabe duda de que esta experiencia nos brindó la oportunidad de tomarle la temperatura a la manera como estudiantes, docentes, personal administrativo, bibliotecarios y padres de familia vinculados a los planteles educativos de todo el país conciben el cuento y el ensayo como géneros que se pueden explorar desde la escritura, y se valen de ellos para indagar en sus propias sensibilidades y preocupaciones estéticas y temáticas. De alguna manera, si tenemos en cuenta el alto número de participantes y su procedencia de todo el territorio nacional, esto es también una muestra significativa de la vitalidad y la vigencia de estos géneros literarios en la Colombia de 2021.

3. Si algo nos impactó de esta experiencia, y lo comentamos durante la reunión de deliberación, fue la forma en que la arquitectura del cuento corto fue entendida y asumida por los concursantes. Desde muy diversas aproximaciones, con voces narrativas, lenguajes, personajes, tramas, estructuras, atmósferas, giros dramáticos y desenlaces esperados o inesperados, los sesenta cuentos brindan una noción muy clara de lo que se considera un cuento y la manera de sacarle el máximo partido posible a este género literario tan exigente. Y no me cabe duda de que otro tanto ocurrió con el jurado de ensayo, a juzgar por los talentosos ganadores que conocí en el acto de premiación.

4. No hay terreno más pantanoso que el que se abre al intentar definir o delimitar lo que constituye un cuento o un ensayo, pues el mismo dinamismo de la creación artística hace que cualquier preconcepto siempre quede bajo sospecha por incompleto, por insuficiente, por convencional. El cuento, como otras artes vivas, tensiona permanentemente sus límites, evoluciona, se transforma, asume nuevos riesgos y nuevas perspectivas. Si no fuera así, si en lugar de evolucionar se anquilosara en una sola concepción, no me cabe duda de que se extinguiría.

5. Otro tanto podemos decir del ensayo. En el terreno de las ideas y los argumentos, el ensayo también asume retos, arriesga puntos de vista, indaga, tensiona sus límites, coquetea con otros géneros literarios como la narrativa y la poesía, plantea nuevas preguntas, cuestiona lo ya establecido. Pienso, por supuesto, en el ensayo que verdaderamente responde a ese nombre, el cual implica un verbo, el de ensayar, experimentar, atreverse a pensar de otra manera en los temas y las circunstancias de la realidad y del pensamiento.

6. En estos días, en una clase del Taller de Escritores de la Universidad Central, leímos un cuento de Charles Bukowski, el irreverente y siempre mordaz escritor norteamericano de origen alemán, que desarrolla toda una diatriba contra la sociedad de consumo, con un personaje que apenas se delinea en las últimas líneas y una historia que apenas se insinúa pero es suficiente para darle toda su potencia y contundencia. ¿Un cuento sin una tensión

dramática que evoluciona y se resuelve de alguna manera? ¿Un cuento en que el protagonista apenas se delinea hacia el final? ¿Un cuento sin apertura ni desenlace convencionales? Sin duda, se trata de un muy buen ejemplo de cómo el cuento puede escribirse desde las perspectivas más apegadas a un canon (un universo cerrado, un nocaut, una estructura aristotélica comprimida en pocas líneas o páginas, un ejercicio de concreción y de sorpresa, etc.), lo cual, por supuesto, está muy bien, pero también lo está arriesgarse a subvertir ese mismo canon y emprender caminos poco explorados.

7. Si algo aprendemos de la lectura, esa actividad fascinante de la que nos nutrimos todos los escritores, es que el arte literario (en nuestro caso, el arte del cuento y del ensayo) siempre está en la búsqueda de enriquecer y renovar la herencia, ese enorme acervo de autores y obras que nos preceden. Es un proceso natural, inherente a toda práctica artística. Cada nuevo escritor busca concebir algo distinto, una nueva exploración, una nueva voz, un nuevo enfoque que lo individualice y lo diferencie de lo anterior. Algunos ejemplos nos ilustran esta dinámica: Cervantes dejó atrás la forma de contar historias del Medioevo y dio lugar al nacimiento de la novela contemporánea; Poe renovó por completo el género del cuento; Joyce cambió la forma de explorar el mundo interior de los personajes; Virginia Woolf sacó partido del estilo indirecto libre para arrojar una mirada intimista sobre la condición de la mujer libre;

Faulkner nos hizo temblar con una galería de personajes y de historias inquietantes; Hemingway nos enseñó a sacar el máximo provecho del diálogo y la acción; Cortázar exploró como pocos la irrupción de lo fantástico en la vida cotidiana; Alice Munro indagó en la familia disfuncional y la visión de la mujer contemporánea; George Orwell planteó la posibilidad terrible de las sociedades totalitarias que controlan por completo la vida de sus ciudadanos (panorama cada vez más vigente entre nosotros); Borges jugó con los límites entre el ensayo y la ficción narrativa, en una hibridación de la que salió ganando la buena literatura; García Márquez transgredió los linderos de la realidad y la fantasía; Rulfo narró con resonancias poéticas el abandono y la pobreza de los campos. Y ni qué decir de Voltaire, con ese juego entre la imaginación, la reflexión y la realidad que dio nacimiento al ensayo contemporáneo, o del genial ensayista mexicano Alfonso Reyes, o de Octavio Paz, que además de ser un poeta inmenso desarrolló una obra reflexiva de grandes alcances, o de los colombianos Germán Arciniegas, Hernando Valencia Goelkel y William Ospina, entre muchos otros, con sus miradas lúcidas sobre la cultura y la sociedad. En fin, la lista de esos que nos precedieron y de los que caminan con nosotros, que enriquecieron y enriquecen desde múltiples perspectivas la herencia de la literatura, no termina nunca.

8. Leer lo anterior, la gran herencia de la literatura, nos forma como escritores, en el entendido de que la lectura

del escritor nunca es pasiva o puramente contemplativa. Es una lectura que disfruta del texto, pero al mismo tiempo lo interroga, lo cuestiona, se detiene en los detalles, indaga sobre los recursos utilizados, las dimensiones del lenguaje, el hallazgo de nuevas estructuras narrativas o argumentativas, el logro de impactos emocionales, de giros dramáticos, de voces, de perspectivas de alguna manera originales (aunque la originalidad es otro asunto lleno de sospechas, y daría para otro tipo de apuntes). Y por ese camino se convierte en el caldo de cultivo del que surgirá, tras un proceso de sedimentación y reflexión, la propia obra que, necesariamente, buscará distanciarse de sus maestros.

9. De hecho, si una lección valiosa deja la lectura de tantos maestros es justamente que cada uno de ellos, en su época y en sus circunstancias, enriqueció a su manera la tradición de la literatura. Bien porque tomó la decisión de rechazar radicalmente lo anterior y proponer algo muy diferente; bien porque, sin un rechazo radical, sí tomó decisiones creativas que lo diferenciaron claramente de sus maestros; bien porque se acercó desde nuevas maneras a los grandes temas de la naturaleza humana; bien porque le encontró nuevas aristas a los distintos subgéneros narrativos (policíaco, ciencia ficción, terror, erotismo, realismo, etc.) y a sus mezclas; bien porque jugó de otra manera con el lenguaje, con la puntuación, con la coherencia del discurso, con los vericuetos de la mente, con la imaginación, en fin... Ya sabemos que las posibilidades de renovación de la

literatura, como en todas las artes, son infinitas. Pero lo que quiero resaltar en este punto es la actitud de irreverencia, rebeldía, crítica y osadía que nos enseñan los maestros, la misma que quienes trabajamos en eso tan exigente que es la formación de escritores procuramos estimular en ellos.

10. Un apunte como paréntesis, antes de continuar. Cuando en los puntos anteriores hablo de maestros no me estoy refiriendo solamente a los grandes clásicos, las grandes obras paradigmáticas de la tradición literaria, que por supuesto es importante conocer. Por maestro quiero entender a todo aquel que enriquece mi experiencia de lectura y escritura. De cualquier época, de cualquier procedencia, de cualquier edad (no son pocos los maestros más jóvenes que nosotros, valga el apunte). Una recomendación que siempre hago a mis estudiantes de creación literaria es que lean mucho, y lean diverso. Que lean autores africanos, asiáticos, europeos, americanos, australianos, de todas las épocas, de todos los géneros y todas las escuelas. Que lean ensayos, biografías, filosofía, crónicas, reseñas, noticias, y por supuesto poesía, cuento, novela, pues el escritor no puede estar ausente de su entorno y de lo que se está escribiendo. Que vayan a cine. Que vean series de esas que tanto nos enseñan sobre estructuras narrativas. Que la curiosidad sea la única guía. Que no se inhiban de conocer a ningún autor por opiniones de otros. Entre más amplio el menú, más se enriquece el proceso de sedimentación del que hablé más atrás. Concentrarse en un grupo reducido

de autores, en uno solo (como ocurre a veces), o en un solo género narrativo, puede privarlos de conocer campos en los que de pronto estaban sus propios caminos literarios. Y además entraña un riesgo: leer demasiado a uno o a unos pocos puede conducir a que eso que escribimos acabe demasiado contaminado, a nuestro pesar, por aquel o aquellos que convertimos en sombras tutelares.

11. De lo anterior podría pensarse que les estoy poniendo, como suele decirse, la vara muy alta a los escritores de hoy, o incluso de cualquier época. Distanciarse de los maestros, superarlos si es posible, renovar la herencia con una obra propia que trascienda, parecen retos inalcanzables para quienes empiezan a andar por el oficio de la escritura, e incluso para quienes ya tenemos algún tipo de recorrido. Plantearse retos tan ambiciosos podría conducir con facilidad a la frustración y al desencanto. Cuando hablamos de estas cosas con mis estudiantes, siempre les digo que lo importante es entender y tener clara esa exigencia que plantea el querer hacer parte de la tradición de la literatura. Hacer lo mismo que se ha hecho contradice la esencia misma del arte. Pero también les digo que no se trata de una exigencia inalcanzable. Mirar dentro de cada uno, experimentar hasta el cansancio en la búsqueda de una voz propia, contar la propia experiencia, darles curso a las propias inquietudes, a las propias sensibilidades y preocupaciones (sin perder de vista, vuelvo a decir, lo que otros ya hicieron), trabajar el texto hasta sus

ínfimos detalles, ya es diferenciarse, ya es enriquecer con un pequeño grano de arena la tradición.

12. La experiencia de leer los sesenta cuentos finalistas de este concurso me condujo una vez más a estas reflexiones. Sesenta autores de distintas edades y procedencias (y antes de ellos, los otros 15.250 que participaron) miraron dentro de ellos mismos y configuraron estos cuentos cortos –y de seguro también estos ensayos– en la búsqueda de la mejor manera de escribirlos. De los cuentos puedo decir que allí aparecen realidades colombianas (el escritor siempre será un testigo de su tiempo) como la violencia y el desplazamiento forzado, pero también el calentamiento global, la intromisión de lo fantástico en la cotidianidad, la exploración de la intimidad, la familia disfuncional, la enfermedad, el dolor, las crisis existenciales, la imaginación desbordada, el goce de la vida, en síntesis, la experiencia humana en todas sus tonalidades. Todo esto de la mano de narradores poderosos, personajes entrañables, historias con giros sorprendentes, en una muestra de que el género del cuento no solo sigue vigente sino que siempre encuentra escritores que indagan en sus secretos y se muestran dispuestos a develarlos. Desde su perspectiva, cada autor arriesgó exploraciones, apuestas narrativas ingeniosas, sutiles, dramáticas, sorpresivas. Escritores niños, jóvenes y adultos que, quiéranlo o no, al participar en el concurso asumieron ese gran reto de sumar su escritura a la dinámica de cambio y renovación inherente al arte y, en nuestro caso, a la escritura literaria.

13. Una reflexión adicional merece el formato mismo del cuento corto exigido por el concurso. Ya Horacio Quiroga y otros nos han hablado de la exigencia de brevedad y precisión que siempre acompaña la escritura del cuento. A diferencia de la novela, donde hay tiempo y espacio para los cambios de aire, las pausas, la reflexión que ilumina, los cambios de foco del narrador, la alternancia de voces, el relato detallado de mundos interiores o de escenas significativas, en el cuento el ejercicio es de concisión. En el cuento cada palabra, cada frase, cada párrafo debe medirse en sus alcances y consecuencias. Y esta noción se magnifica cuando hablamos del cuento corto. Lograr hilar una historia, consolidar una voz narrativa y crear una atmósfera en apenas una página o página y media es un ejercicio de máxima exigencia para cualquier escritor. Los participantes del concurso lo asumieron así, y los premiados de esta tarde nos dieron una lección de dominio de este género tan exigente. Mis respetos para semejante reto y semejantes logros.

**Nota final:** las reflexiones aquí expuestas hacen parte integral de las discusiones que tienen lugar en los programas de creación literaria de la Universidad Central, donde desarrollo mi labor docente, y tienen como punto de partida los planteamientos del maestro Isaías Peña Gutiérrez, fundador de dichos programas, en su libro *El universo de la creación narrativa*.

# Acta de los jurados

Los jurados finales de la segunda edición del Concurso Nacional de Escritura "Colombia, territorio de historias" se reunieron de manera virtual el 16 (dieciséis) de noviembre de 2021. Fernanda Trías, Óscar Godoy y Mary Grueso Romero fueron los jurados de la modalidad de cuento. William Ospina, Luz Mary Giraldo y Hugo Jamioy fueron los jurados de la modalidad de ensayo. Después de realizar de forma independiente la evaluación de 100 (cien) textos finalistas, 60 (sesenta) cuentos y 40 (cuarenta) ensayos, los jurados, tras una deliberación amena, dialogada y argumentada, seleccionaron a los 6 (seis) ganadores para cada una de las categorías, infantil, juvenil y adultos, en la modalidad de cuento, y a los 6 (seis) ganadores para cada una de las categorías, juvenil y adultos, en la modalidad de ensayo.

Los 30 (treinta) ganadores de "Colombia, territorio de historias" se hacen merecedores de los premios que corresponden a cada modalidad y categoría, establecidos en las

bases del concurso. Además, sus textos se publican en la presente antología.

Fernanda Trías, Óscar Godoy y Mary Grueso Romero, después de seleccionar a los 18 (dieciocho) ganadores de cuento, se refirieron a cada una de las categorías y dejaron consignado lo que se expresa a continuación.

### Cuento

### Categoría infantil

De los cuentos ganadores en esta categoría se destaca la originalidad en el tratamiento de las historias, en las que se rescata no solo el uso de la imaginación, sino también la apropiación de los elementos técnicos del género, todo esto considerando la edad de los participantes. Se reconoce, además, la capacidad que tienen los cuentos para mantener la atención y el interés del lector.

### Categoría juvenil

Acerca de estos cuentos ganadores se destaca el tratamiento de la realidad y la violencia colombianas, así como la exploración de diferentes propuestas narrativas y estilos en los que se reconoce una maduración especial en el uso de las técnicas narrativas.

### Categoría adultos

En estos cuentos se reconoce una eficacia narrativa que denota una lectura y conocimiento del género. De igual

manera, se reconoce la originalidad en las tramas propuestas y el manejo del lenguaje que produce atmósferas efectivas en las historias.

Por su parte, William Ospina, Luz Mary Giraldo y Hugo Jamioy, después de seleccionar a los 12 (doce) ganadores de ensayo, se refirieron a cada una de las categorías. A continuación lo que dijeron:

**Ensayo**

**Categoría juvenil**

En estos ensayos se destaca la diversidad y el dinamismo de las propuestas, la novedad de los temas y el compromiso y madurez en su tratamiento. Se indica, además, que tienen el valor de no ceñirse a formalismos, al oscilar con entusiasmo entre la investigación y la reflexión personal.

**Categoría adultos**

En esta categoría se valora la diversidad de las propuestas ensayísticas, acompañadas de voces habitualmente no escuchadas, y la elaboración de las mismas sobre varios aspectos de la realidad actual de Colombia. Estas se plantean desde la vida palpitante de las comunidades y desde una perspectiva universal, contemporánea, al coexistir con ensayos de tradición académica.

En constancia, los jurados del Concurso Nacional de Escritura "Colombia, territorio de historias" suscriben la presente acta, en la fecha en que se realizó esta sesión de deliberación, el 16 (dieciséis) de noviembre de 2021.

# Cuento

## Categoría infantil

CUENTO

CATEGORÍA INFANTIL

# Isabela: la escritora de cuentos tristes

**Luisa Fernanda Cepeda Mora**

*Pelaya, Cesar*

PRIMER LUGAR

En el año en que los dragones aún salían a aullar en noches de luna llena existió Fantástica, una ciudad de alegría. Allí no había tristeza, tampoco dolor; por eso la llamaron así.

Los árboles eran de variados colores, y si se probaban sus hojas, ellas tenían el sabor de la salsa de chocolate. Ni qué decir del río, estaba hecho de caramelo, y cada una de las rocas de su orilla rellenas de arequipe.

Todo el mundo deseaba vivir en esta ciudad. Sus casas estaban adornadas con perlas blancas, todas las ventanas eran rojas, lo que combinaba con los supermercados de Fantástica pues estaban pintados con el amarillo de los taxis.

Precisamente allí vivía una niña llamada Isabela. Como muchas cosas de esa ciudad eran especiales, cada mañana Isabela viajaba desde su casa al colegio montada en una nube. Eso no les parecía extraño a los demás niños, ya que cada quien viajaba en lo que se imaginaba en su corazón.

Un día, al regresar del colegio, su mamá, Ángela, la saludó y le dijo:

–Isa, después de almorzar te pones a hacer tus tareas, y cuando termines me ayudas con los oficios de la casa.

Isabela no dijo nada, se encerró en su cuarto y comenzó a llorar, pues ella quería jugar videojuegos toda la tarde.

Emerson, su padre, se acercó a la puerta que estaba cerrada y le dijo:

–Hija, es por tu bien. Debes ayudarnos con los deberes de la casa.

El llanto aumentó de volumen y de caudal, y al cabo de algunas horas ya se podían ver escurriéndose algunos litros de agua por debajo de la puerta.

Desde ese día no dejaba de llorar, ni de día ni de noche. Cuando la llevaron al médico, este dijo:

–No hay duda, señora. Su hija tiene una terrible enfermedad.

–¿Cuál enfermedad? –preguntaron al tiempo sus padres asustados.

–Su hija sufre de lloritits aguda.

–¿Y eso qué es, doctor? –preguntó el padre.

–Una extraña enfermedad que no la deja tranquila, ni de día ni de noche. Siempre estará triste.

–Tan extraño, doctor –dijo la madre–. En esta ciudad no puede haber dolor, tristeza ni enfermedad.

–Se presenta un caso entre mil. Lo peor de todo es que no podemos hacer nada para ayudarla.

Los padres estaban muy tristes, pero se tenían que mostrar felices, sonriendo. En esa ciudad no podía haber tristeza ni dolor; ellos lo sabían muy bien.

El tiempo pasó y mientras todos reían, se divertían, hacían bromas, Isabela no dejaba de llorar y sentirse muy triste.

Cuando cumplió dieciséis años, quiso ser doctora y su corazón se alegró un poquito. Pero se imaginó que no podría cumplir su sueño y empezó a llorar de nuevo.

Un día, Isabela tomó la mejor decisión de su vida. Los ratos libres, que diariamente dedicaba a los videojuegos, empezó a destinarlos a la lectura. Empezó a leer de día y de noche. Leía los periódicos, las recetas de cocina, las instrucciones de los frascos de medicamentos, la publicidad en los muros de Fantástica, los libros de su padre Emerson. Una vez, leyendo los textos de la biblioteca, se enteró de muchas cosas que no sabía. Por ejemplo, que un kilo de papas fritas cuesta doscientas veces lo que vale un kilo de papas sin pelar. Leyendo fue que se enteró de que en la ciudad de Los Ángeles hay más automóviles que personas. Pasó meses enteros leyendo sobre las estatuas que vemos en los parques y que nos hablan de algún héroe, y supo que, si en el parque hay una estatua de una persona a caballo y este tiene dos patas en el aire, la persona murió en combate; si el caballo tiene una de las patas frontales en el aire, la persona murió de heridas recibidas en combate, y si el caballo tiene las cuatro patas en el suelo, la persona murió por causas naturales.

Poco a poco, la lectura fue sacando toda esa tristeza acumulada por tantos años y la niña pasó de llorar a leer, y de leer a escribir.

Su primer libro lo escribió contando todo lo que le pasó en la vida. Lo hizo tan detallado que a ella misma le encantó. Era una historia triste, pero al fin y al cabo era su propia historia.

El libro fue lanzado al mercado y se leyó en todo el mundo. Muchas personas que tenían su mismo problema empezaron a curarse gracias a que siguieron su ejemplo: leer para ser felices.

Pronto, Isabela se convirtió en una de las mejores escritoras del mundo y ganó en dos años consecutivos el premio al mejor libro de cuentos tristes con el libro de su vida, al que extrañamente tituló: *¿Soy fantástica?*

# Luisa Fernanda Cepeda Mora

*20 de octubre de 2011*

Actualmente forma parte del Taller de Escritura Creativa Relata La Voz Propia, en el municipio de Pelaya, Cesar. Le gusta escribir cuentos porque siente que al hacerlo es completamente libre, o en sus propias palabras: “Es como transcribir la imaginación en una hoja de papel”.

CUENTO

CATEGORÍA INFANTIL

# El colibrí vanidoso

**Sara Isabella Almario**

*Florencia, Caquetá*

SEGUNDO LUGAR

Había una vez un colibrí que vivía en un árbol ubicado en el centro de un gran bosque, cerca de la ciudad, rodeado de las más hermosas flores que existían. Su plumaje tenía visos que brillaban como los colores del arcoíris. Su nombre era Narciso.

Acostumbraba a presumir de su belleza y los múltiples colores de su plumaje. Se burlaba del chulo por su color negro y su aroma. Del sabio búho por sus grandes ojos, del cucarachero por comer larvas, del pavo por tener la cara llena de verrugas, del mochilero por su nido colgante y del mayo embarrador por el color café de sus plumas.

Se posaba todas las mañanas en una rama a observar los demás animales y a encontrarles algún defecto.

Al puercoespín le decía:

–¡Oye, cuándo te vas a peinar!

A la serpiente le decía:

–Deja de arrastrarte y sacar tu lengua.

Al tucán le decía:

–¡Oye, narizón! Tus colores no tienen brillo.

Al oso perezoso le decía:

–Eres muy lento y feo.

A la guacamaya le decía:

–Eres muy bulliciosa y fastidiosa.

La mayoría de los animales preferían no acercarse a Narciso porque siempre terminaba burlándose de ellos y hablando de lo bello que él era.

Todos los días, después de alimentarse del néctar de sus flores favoritas, las heliconias, se burlaba un buen rato de sus compañeros animales y volaba a una casa dentro de la ciudad. Esta casa tenía unos enormes ventanales azules que reflejaban todo como un espejo y Narciso aprovechaba para contemplar su belleza durante horas.

Se decía así mismo:

–¡Wao! ¡Qué lindo soy! Sin duda el animal más hermoso del bosque.

Regresaba al atardecer, casi sin fuerzas, a beber más néctar de las heliconias, para recargar energías y seguir molestando a los animalitos del bosque. Así transcurría su día a día.

Una mañana cualquiera, los niños que vivían en la casa lanzaron accidentalmente un balón y rompieron uno de los ventanales. Preocupado, el padre llamó rápidamente para que lo repusieran. Pero esta vez no encontraron vidrios

azules, lo único disponible eran vidrios transparentes. Ese día, como todos los días, Narciso realizó su rutina: despertar, acicalarse, alimentarse de néctar, burlarse de los demás animales y volar hacia la casa para admirarse un buen rato. A lo lejos, el clima amenazaba con una gran tormenta y Narciso tuvo que volar con todas sus fuerzas porque el viento lo arrastraba. Voló tan rápido que gastó todas sus energías y chocó bruscamente contra el ventanal transparente, que no pudo advertir.

A la mañana siguiente, una vez pasó la tormenta, los animales del bosque echaron de menos a Narciso, pues no estaba burlándose de ellos ni hablando de sí mismo.

Fue la guacamaya quien citó a una reunión de emergencia. El sabio búho tomó la palabra diciendo:

–Es muy preocupante que Narciso no haya llegado como siempre.

El pavo propuso buscarlo y todos los demás animales estuvieron de acuerdo. El primero en volar fue el chulo, quien regresó con buenas noticias: no detectó ningún olor de algún animal en descomposición, lo que quería decir que Narciso todavía estaba vivo.

El búho, el mayo embarrador y la guacamaya emprendieron vuelo para buscarlo en los cielos. El puercoespín y la serpiente por tierra. El primero en verlo fue el búho, quien lo observó desmayado, cerca a la casa. Minutos antes los niños lo habían visto, pensaron que estaba muerto y lo dejaron tirado. Las aves le avisaron al mochilero, quien tejió

una fina red en la que recogieron a Narciso y lo llevaron al bosque. El oso perezoso le preparó unos brebajes, con las hojas de las ramas más altas de los árboles del bosque, para curar los golpes y las heridas. Con ayuda de las abejas, el tucán abrió su pico y recolectó gran cantidad de néctar que transportó y vació en duras cáscaras de semillas de las cuales se alimentaba, y le regaló el líquido a Narciso.

Pasaron muchos días y Narciso se fue recuperando lentamente con los remedios del oso perezoso y las historias del búho, bebiendo el néctar del tucán y escuchando las canciones de la guacamaya y el pavo, quienes formaron un grupo musical, acompañado por el sonido de las púas del puercoespín y el cascabel de la serpiente. Cuando Narciso estuvo completamente recuperado realizó una reunión para agradecer a todos los animales que lo habían ayudado, pidió perdón por ser tan vanidoso y prometió nunca más volverse a burlar de nadie.

Ningún animal se volvió a burlar del otro. Por el contrario, Narciso inició una campaña para que siempre se reconocieran las habilidades y cualidades de cada uno, porque se dio cuenta de que la belleza más importante es la que llevamos por dentro y desde ese día todos los animales del bosque fueron muy felices con sus pequeños defectos.

# Sara Isabella Almario

*19 de diciembre de 2013*

La pasión por la escritura se la debe principalmente a su familia, que le ha leído cuentos desde que era bebé, y a sus profesores de colegio, quienes se han convertido en los mediadores entre la lectura y la escritura. Sus autores favoritos son Anthony Browne, Mauricio Paredes, Irene Vasco y Christine Nöstlinger.

CUENTO

CATEGORÍA INFANTIL

# La mamífera Valentina

**Juan Andrés Buriticá Gutiérrez**

*Soacha, Cundinamarca*

TERCER LUGAR

Hoy en clase de ciencias la profe habló de los animales y su alimentación. Ella decía:

–Los animales que comen carne, como los leones, son carnívoros.

Y todos hicimos:

–¡Grrrr, grrr!

–Los animales que se alimentan de plantas y semillas son herbívoros, como las ovejas.

Y nosotros:

–¡Beee, beee!

–Y los que comen de todo son los omnívoros, como los patos.

–¡Cua, cua! –respondimos ante su explicación.

Luego ella dijo algo que me dejó asombrado por completo:

–Los seres que se alimentan de la leche de su mamá son mamíferos.

Y es así como les quiero contar sobre la mamífera que llegó a mi casa sin avisar.

Así fue como sucedió: yo estaba en casa de mis abuelos, mirando por la ventana, cuando de repente escuché que todos decían:

–¡Juan ya no puede volver al colegio, ni al cine ni al parque!

Y alguien más dijo:

–¡Los viejitos se tienen que cuidar! –y que esto, y lo otro, y yo no sé qué más.

Entonces yo solo entendí que había un virus. El virus tenía un escuadrón invisible, muy poderoso, y nosotros éramos sus archienemigos. Pensé que por eso mi mamá andaba triste, feliz y de mal genio sin razón.

Días después el doctor le dijo que estaba esperando un bebé. Cuando mi mamá me contó, yo me puse muy feliz. Cada que podía le preguntaba:

–¿Cuándo va a llegar el bebé?

A lo que ella solo respondía:

–Aún no, Juan. No está listo, el bebé está tan pequeñito como un frijolito.

Luego de un tiempo le hice la misma pregunta, a lo que respondió:

–¡Todavía está muy pequeño! Tiene el tamaño de tu mano.

En esos días mi mamá tenía mareos y se ponía verde como mi muñeco Hulk. Ella corría al baño y dejaba allí todo lo que se había comido. Tal vez por eso a veces estaba feliz, triste y de mal genio sin razón.

Al poco tiempo, mi mamá tuvo que ir a comprar mucha ropa porque ya no le quedaba nada, y su barriguita estaba más grande, como un balón. Entonces yo le pregunté si el bebé ya estaba listo para nacer, a lo que ella me respondió:

–Aún está muy pequeño, Juan, pero ya lo puedes sentir.

Mi mamá puso mis manos sobre su barriguita, pero no sentí nada. Fue entonces cuando yo lo quise escuchar. Acerqué mi cabeza y sentí un puñetazo justo en la cara. Mi mamá me dijo que había sido suavecito y que el bebé solo me había dado un beso para saludar.

Luego todo seguía igual, no podíamos salir, ni ver a mis abuelos, ni ir al colegio. Mi mamá estaba más gordita, comía más, dormía mucho. Después, con la esperanza de tener con quien jugar y por fin ser el hermano mayor, tomé fuerzas y le pregunté:

–¿Ya va a nacer el bebé?

Mi mamá respondió que aún no, pero que el bebé ya estaba tan grande como mi Capitán América y que faltaba poco, y sí... ella andaba feliz, triste y de mal genio sin razón.

Entraba más veces al baño y dormía sentada. Y así la casa se empezó a llenar de cosas rosadas como ropa, cobijitas y vestidos –¡vestidos!–. Entonces me enteré de que no iba a ser un bebé hermanito, sino una hermanita. Ahora mi mamá y yo andábamos felices, tristes y de mal genio sin razón.

Pasaron pocos días y de repente ya era Navidad, por lo que mi mamá tuvo que llevarme a casa de la abuela para que

me cuidaran, pues por fin iba a llegar mi hermanita. El virus no atacó a mi familia y, en cambio, hizo que llegara la mamífera Sara Valentina. Yo le digo así porque no se despega ni un momento del pecho de mamá. La profe me enseñó que los que toman leche de su mamá son los mamíferos. Tal vez por eso mi mamá ya no está ni triste ni de mal genio sin razón. Solo muy feliz.

# Juan Andrés Buriticá Gutiérrez

*5 de noviembre de 2014*

Su proceso como escritor de cuentos empezó en transición, cuando aprendió a escribir por medio de cartas. Desde entonces crea relatos de la nada, en la ducha o en el parque. De repente inventa tramas en las que convive por igual con sus héroes y villanos. Su autor favorito es Rafael Pombo.

CUENTO

CATEGORÍA INFANTIL

# Al otro lado del océano

**Nathalya Arango Redondo**

*Soledad, Atlántico*

PRIMERA MENCIÓN

Gidged, Deb, Mora y Coral eran cuatro hermanos delfines que vivían en una coralina cueva de mar. Gidged y Deb eran los más traviesos del océano White. Como decía su mamá, Josefina Delfina:

–¡Donde está el peligro o la aventura, allí están esos pequeños traviesillos!

En cambio, Mora y Coral, las hermanas menores, eran muy tiernas, amorosas y de color rosa.

Era un día muy soleado, el viento estaba tranquilo y las olas parecían dormidas por su calma. Entonces a Gidged y Deb se les ocurrió la grandiosa idea de visitar la misteriosa isla secreta que quedaba al otro lado del océano.

De inmediato fueron a invitar a sus hermanitas, quienes sin pensarlo dos veces se negaron:

–¡No, nosotras no tenemos el permiso de nuestros padres para irnos muy lejos de nuestra cueva marina! –le dijo Mora.

Ellos se pusieron furiosos porque si las niñas llegaban primero iban a contarle todo a los papás delfines. Mora y Coral nadaron a toda prisa hacia su casa. En el camino debieron esquivar muchas medusas venenosas, pues no pudieron esperar el maribús escolar que los recogía al final de las clases. Pensaron que sería demasiado tarde para decirles a sus padres los planes de sus hermanos.

Pero era tanto el deseo de Gidged y Deb por viajar que, aun conociendo los peligros que existían en la superficie del océano, se pusieron sus lentes de sol, con mucho esfuerzo se metieron en unos ajustados trajes de baño a rayas que les aprisionaban las aletas, y con su mochila llena de diversión emprendieron un largo viaje por la fuerte corriente submarina que los llevaría directo a la soñada isla de los secretos.

Una vez sintieron la fuerza de la corriente submarina, Gidged casi se arrepiente. Un viejo cangrejo llamado Merejo les advirtió que en esa corriente acababan de entrar un grupo de cincuenta pirañas, tres tiburones gigantes con dientes filosos y unos calamares enormes que estaban cargados de tinta negra y cuyos tentáculos se veían tenebrosos y babosos. Pero esos niños fueron tan tercos que pensaron que todo lo que les decían sus padres y aquel sabio cangrejo era un engaño.

Solo pasaron segundos para que se encontraran frente a frente con los afilados dientes de un tiburón blanco, que por suerte era vegetariano y le encantaban las algas y la hierba de mar. Ese fue el primer susto que tuvieron. A lo lejos Deb vio un grupo de peces de color rojo, cara amargada,

ojos grandes y brillantes, dientes tenebrosos y afilados, que estaban en posición de ataque. Entonces pensaron:

–¡Estamos perdidos, estas son las pirañas que nos dijo el cangrejo!

–¡Abrázame, hermano! Este es nuestro fin.

Fue entonces que por un golpe de suerte apareció el tiburón Ramón, quien gritó:

–¡Si intentan hacerles daño a mis amigos delfines se arrepentirán!

Ante semejante susto, las hambrientas pirañas desaparecieron del lugar en un abrir y cerrar de ojos. Pero ahí no terminó su pesadilla. Unas millas náuticas más adelante se encontraba el gigante marino más temido por todas las especies, el calamar Germán. Con sus fuertes tentáculos estaba aferrado a unas enormes rocas en las que camuflaba su espeluznante cuerpo. En silencio y con toda la calma observaba cada aletazo que daban los pequeños delfines para encontrar el momento preciso de atacar.

Gidged oyó un sonido, como una especie de chasquido que provenía del grupo de rocas gigantes que viajaban también por la corriente. Con algo de susto susurró al oído de Deb:

–Deb, ¿no sentiste ese sonido?

–¡Veo algo en esas rocas que están allá adelante, pero no sé qué puede ser! –respondió Deb.

Cuando el calamar se dio cuenta de que lo habían descubierto, nadó con rapidez para devorar a los pequeños. Pero para mala suerte de este, Deb y Gidged ya habían pensado

en un plan. Fue entonces cuando Deb movió tan rápido sus aletas que llamó la atención de Germán, quien sin dudarlo estiró sus tentáculos para atraparlo. Justo en ese momento Gidged cubrió los dos enormes ojos de Germán con un par de estrellas de mar y a toda prisa lograron escapar.

A medida que viajaban por la corriente submarina hacia lo más profundo del océano, el agua se hacía mucho más fría y la oscuridad era más intensa. Los hermanos delfines pensaron que tal vez ese viaje a la isla secreta no había sido tan buena idea.

–¡Deb, tengo mucho miedo! ¡Quiero volver a casa! –dijo Gidged.

–Creo que no fue muy buena idea, pero quiero conocer esa isla secreta –respondió Deb.

Pasaron dos horas y continuaron nadando por la helada corriente, cuando de repente fueron expulsados por una presión muy fuerte hacia la superficie del océano.

–¡Llegamos, yupi! –gritó Deb con emoción.

El panorama de la isla no fue como ellos habían pensado. Era un grupo de rocas invadidas de verdín donde habitaban muchos animales salvajes, que por su aspecto se notaba que no habían comido en años. Se veía una tormenta enojada que hacía crecer olas de dos metros de altura, unos feroces rayos golpeaban las rocas y a su alrededor podían verse aletas de enormes tiburones hambrientos.

De inmediato Gidged y Deb lloraron del susto y se arrepintieron de no haber escuchado a sus padres y a don

Merejo, el cangrejo. Estaban temblando, abrazados y luchando con todas sus fuerzas contra aquellas olas testarudas que intentaban llevarlos hacia los peligros del lugar. Solo pasaron unos cuantos minutos antes de que una aleta gigante chocara contra ellos. Se taparon sus ojitos, temblaban sus debilitadas aletas y con una voz muy baja dijeron a coro:

–¡No nos comas, por favor!

Pero cuando quitaron las aletas de sus ojos, se dieron cuenta de que era el tiburón Ramón. Este enorme pez tuvo que fingir comérselos delante del cardumen para esconderlos. Luego los condujo hacia un torbellino marino, oculto en las profundidades de la isla, que los llevaría de vuelta a casa.

# Nathalya Arango Redondo

*27 de abril de 2011*

Su amor por la escritura surgió desde muy pequeña, entre los juegos típicos de la imaginación y el apoyo de sus padres y profesores. Gracias a todo esto convirtió la fantasía en historias escritas, con las que ha empezado a participar en concursos de cuento en los que ha obtenido los primeros puestos.

CUENTO

CATEGORÍA INFANTIL

# Sonrisa de colores

**Sofía Berena Ramos Mendoza**

*Cartagena, Bolívar*

SEGUNDA MENCIÓN

Usualmente los jardines son espacios coloridos donde danzan las abejas y se posan las mariposas.

Daliluz, una majestuosa mariposa monarca, siempre dice que prefiere las flores de botones voluminosos porque así puede extraer abundante néctar, un deleitoso jugo con el que se mantiene bien alimentada y cuida sus brillantes y llamativos colores. Pero existe un jardín río abajo, en la pradera, al que Daliluz no le gusta visitar; dice que es un jardín muy pobre y de pálidas azucenas que opacan las estupendas margaritas y tulipanes.

Un día, Daliluz se acercó a aquel jardín y les preguntó, con algo de compasión, a las margaritas más respingadas:

–Ustedes que son criaturas tan hermosas, ¿por qué habitan entre estas feas azucenas?

–Si tuviéramos alas como tú, ya habríamos volado lejos, embelleceríamos el espacio y nos robaríamos los suspiros

de infinitos admiradores –respondió la más arrogante de todas las margaritas.

–Estamos opacados en medio de tantas azucenas. Mira cuán pálidas y escuálidas son, parecen un castigo divino. Qué pesadilla tener que vivir entre tanta maleza –musitó un tulipán altivo.

–Deben ser muy perezosas –exclamó Daliluz.

Diosa, la abeja más hermosa, se sumó al juicio en medio de un susurro falsamente refinado:

–¡Claro que son perezosas! Mientras todas nosotras trabajamos incansablemente para producir miel de la más alta calidad, esas horribles azucenas solo duermen todo el día.

De esa manera todas las margaritas y tulipanes iban exponiendo su descontento y atacaban despectivamente a las desafortunadas.

Desde la rama de un nogal, Tony, un petirrojo, observaba la escena y presenciaba el satírico concierto cada mañana:

–¡Qué feas! ¡No sirven para nada!

El pajarito veía con compasión cómo aquellas palabras se combinaban en el aire y se convertían en el riego de las pobres inútiles. Cómo les gritaban todos. Los gritos hacían que cada día lucieran más opacas y marchitas.

Un buen día de esos en que el sol se levanta más temprano y sacude sus sabanas esparciendo un viento suave, Tony descendió hasta el jardín, se posó muy cerca del más sombrío ramo de azucenas y cantó:

–Las he visto trabajar más que a todas, son las flores más laboriosas del jardín. He visto cómo llevan en sus raíces la carga más espesa de minerales y la transportan gracias a todo un manantial de gotas de agua que arrancan de las entrañas de la tierra, hasta convertirla en la más exquisita savia del jardín, y son muy hermosas.

Tras decir esto, Tony voló elegantemente y se perdió entre el follaje.

Atónitas, Lili, Yiyu y Dan, las azucenas más horripilantes del jardín, se miraron unas a otras. Era el petirrojo que cantaba siempre en el viejo nogal, ese de postura erguida y finos colores, tan lejano y excepcional. ¿Cómo podía pensar algo así de ellas?

Para ellas y para toda la pradera, Tony encarnaba con sus múltiples colores y su canto la belleza y la perfección. Entonces Yiyu, con ese tono inseguro y temeroso, dijo:

–Debe ser una burla, ¡solo somos maleza!, ¡unas incapaces! Las margaritas y los tulipanes son tan bellos y laboriosos.

–Creo que no hablaba sobre nosotras, ¡nooo!, por supuesto que no –exclamó Lili. Y con un susurro casi imperceptible, para que no fueran a escucharla, agregó:

–Todos saben que no hacemos nada bien, somos desagradables y debemos estar agradecidas de que nos permitan estar aquí.

Dan, que parecía no entender los lamentos de sus compañeras, estaba absorta en sus pensamientos. Aquellas

palabras de Tony le estaban haciendo eco, nunca había escuchado algo igual y estaba segura de que el mensaje era para ellas, tan desgraciadas, pero, ¿era para ellas y solo para ellas?

Ese día Dan se dedicó a observar a las admiradas margaritas y notó que, con casi nulo esfuerzo, se encargaban de extraer solo un poco de mineral y unas cuantas gotas de agua a través de sus raíces. En realidad trabajaban perezosamente; mientras ella y sus compañeras azucenas se dedicaban a la dura tarea todo el día, sin ningún resultado, hasta gastar toda su energía. Concluyó entonces que la belleza de las margaritas y los tulipanes no se debía a su supuesto trabajo.

Al día siguiente, mientras todas las azucenas escuchaban atentamente las palabras en su contra, Dan parecía totalmente abstraída de aquella escena, escuchando el canto del petirrojo. Poco a poco las cosas fueron diferentes para ella; empezó a encontrar la belleza en todo lo que la rodeaba. Las maltratadas compañeras no notaron que su amiga había cambiado mucho, sus pétalos ya no tenían grietas y habían adquirido un brillo envidiable. Era tan visible que una tarde el petirrojo se acercó al jardín y, sorprendido ante el progreso de Dan, trinó:

–Sin duda las azucenas tendrían que ser las más bellas flores del jardín. Mírate, tú eres la más hermosa criatura.

–Dan agradeció aquellas palabras y muy pronto fue inocultable el aumento en el grosor de su tallo y el

reverdecimiento de sus hojas. Al abrirse ante todos fue evidente: era la flor más bella que se había visto en la pradera, y ella lo sabía.

Había dejado de escuchar las expresiones minimizantes de sus vecinas, al reemplazarlas por la melodía de Tony, por el rumor del río y el murmullo del viento. Llenos de envidia, margaritas y tulipanes quisieron opacar su belleza gritándole aún más fuerte, pero fue inútil; Dan había descubierto su belleza más profunda y la fortaleza de su espíritu.

Entonces Dan continuó enseñándoles a sus compañeras a no escuchar las voces hirientes del entorno, aquellas voces que las aturdían y no les permitían orientarse en el sentido de los rayos del sol. Les enseñó a aprovechar cada rayo de vida. Pronto el jardín se llenó de las más hermosas flores, las bellas azucenas, las cuales conformaron un arcoíris que lucía como una sonrisa de colores en la pradera.

Recuerda una cosa: si algún día alguien trata de regar tu alma con expresiones que te lastimen, no escuches, ¡eres una extraordinaria criatura llena de belleza!

# Sofía Berena Ramos Mendoza

*12 de diciembre de 2008*

Su mayor pasión es dibujar las imágenes que corren por su cabeza mientras escribe cuentos, los cuales son historias que nacen de situaciones cotidianas a las que suma algo de fantasía. Su libro más amado es *Alicia en el País de las Maravillas*.

CUENTO

CATEGORÍA INFANTIL

# Un amigo incondicional

**Samuel David Anacona Rojas**

*Pitalito, Huila*

TERCERA MENCIÓN

Tres cerditos vivían en un bosque muy hermoso. Se llamaban Cerdito Mayor, Cerdito Medio y Cerdito Menor. Nunca se separaban. Siempre estaban juntos para hacer sus juegos, trabajos y travesuras. Su madre les había dejado una choza como casa. Cuando crecieron decidieron salir a conocer los alrededores. En una de sus andanzas, descubrieron que cerca vivía señor Lobo. Estaban asombrados. Los tres cerditos volvieron a la choza.

Un día observaron por la ventana que señor Lobo llevaba unas enormes bolsas de comida en sus manos.

–Oigan, hermanos, ¿de dónde vendrá señor Lobo? –dijo entre dientes Cerdito Menor–. Parece que viene de la ciudad.

–Elemental, hermano cerdo. En las bolsas está la marca del supermercado de la ciudad –dijo en forma de burla.

Ellos se alimentaban de legumbres que encontraban en el bosque, pero no eran suficientes para llenar sus pancitas.

El mayor tomó la decisión de salir a la ciudad para ver si podía traer comida como señor Lobo. Los otros dos se quedaron haciendo aseo y organizando la choza.

Horas más tarde llegó Cerdito Mayor con las manos vacías porque no tenía dinero para comprar. Pasaron la tarde sin comer bocado alguno. Al día siguiente, los tres estaban sentados, tristes, pensando cómo iban a conseguir sus alimentos.

–Hermanos míos, ¿qué vamos a hacer para poder comer? –dijo Cerdito Medio con tristeza.

–¡Oink, oink, tengo la solución! –gritó Cerdito Menor–. He visto que señor Lobo tiene un enorme jardín muy bien cuidado. Voy a pedirle trabajo.

Cerdito Menor salió preocupado y con un poco de desconfianza. No estaba seguro si señor Lobo le daría el trabajo para poder comprar la comida y alimentarse con sus hermanos. Al llegar a su casa no sabía si golpear o gritar. Finalmente, se decidió.

–¡Buenos días, señor Lobo! ¿Cómo se encuentra? –preguntó amablemente.

–¡Buenos días! Me encuentro muy bien, siga –contestó feliz porque lo iban a visitar.

–Venía a preguntarle si me puede dar trabajo de jardinero –dijo muy seguro.

–Sí, claro. Solo tenga cuidado con esa planta, que es fina y costosa.

Cerdito Menor se puso a arreglar el jardín. En un momento, delante de él había una piedra. No la vio, así que

tropezó y para no caer se agarró de la mata. La partió y rompió su matera. Cerdito estaba muy asustado, y como no quería quedar mal escondió la mata detrás de un árbol, sin decir nada. Se despidió de señor Lobo y se fue.

Pasadas las horas, Cerdito Menor llegó a casa de sus hermanos con una torta de chocolate que le había dado el señor Lobo por haber regado las flores. Estaban contentos. Abrazaron a su hermano y comieron pastel, pero Cerdito Menor estaba triste y pensativo. Entonces decidió no volver a arreglarle las flores a señor Lobo con la excusa de que estaba enfermo.

Al notar la ausencia de varios días, señor Lobo llegó a la choza de los cerditos.

–¡Buenos días! ¿Cómo está Cerdito Medio? –preguntó con educación.

–Bien, señor Lobo, pero mi hermano menor está muy enfermo, así que no podrá ir a trabajar –dijo rápidamente.

Una noche de invierno, el cielo relampagueaba, se avecinaba una enorme tormenta y era muy probable que la lluvia inundara la casa de los cerditos. Como ya conocían la generosidad del señor Lobo, los tres cerditos decidieron ir donde él. Tocaron a la puerta pidiendo auxilio, porque su choza finalmente se había destruido por la lluvia. Señor Lobo los acogió, los abrigó y nuevamente les dio comida. Le preguntó a Cerdito Menor por qué no había vuelto a la jardinería. Él le confesó todo lo de la mata. Señor Lobo le dijo que su trabajo valía más que una costosa planta y lo perdonó.

Así pasaba el tiempo. Fue tanta la confianza y el cariño que señor Lobo les tuvo a los tres cerditos que les contó todos sus secretos. Él les habló de su pasado, les dijo que tenía una fortuna guardada en su chimenea. Ellos estaban asombrados, pero felices porque señor Lobo era muy generoso y les daba de comer.

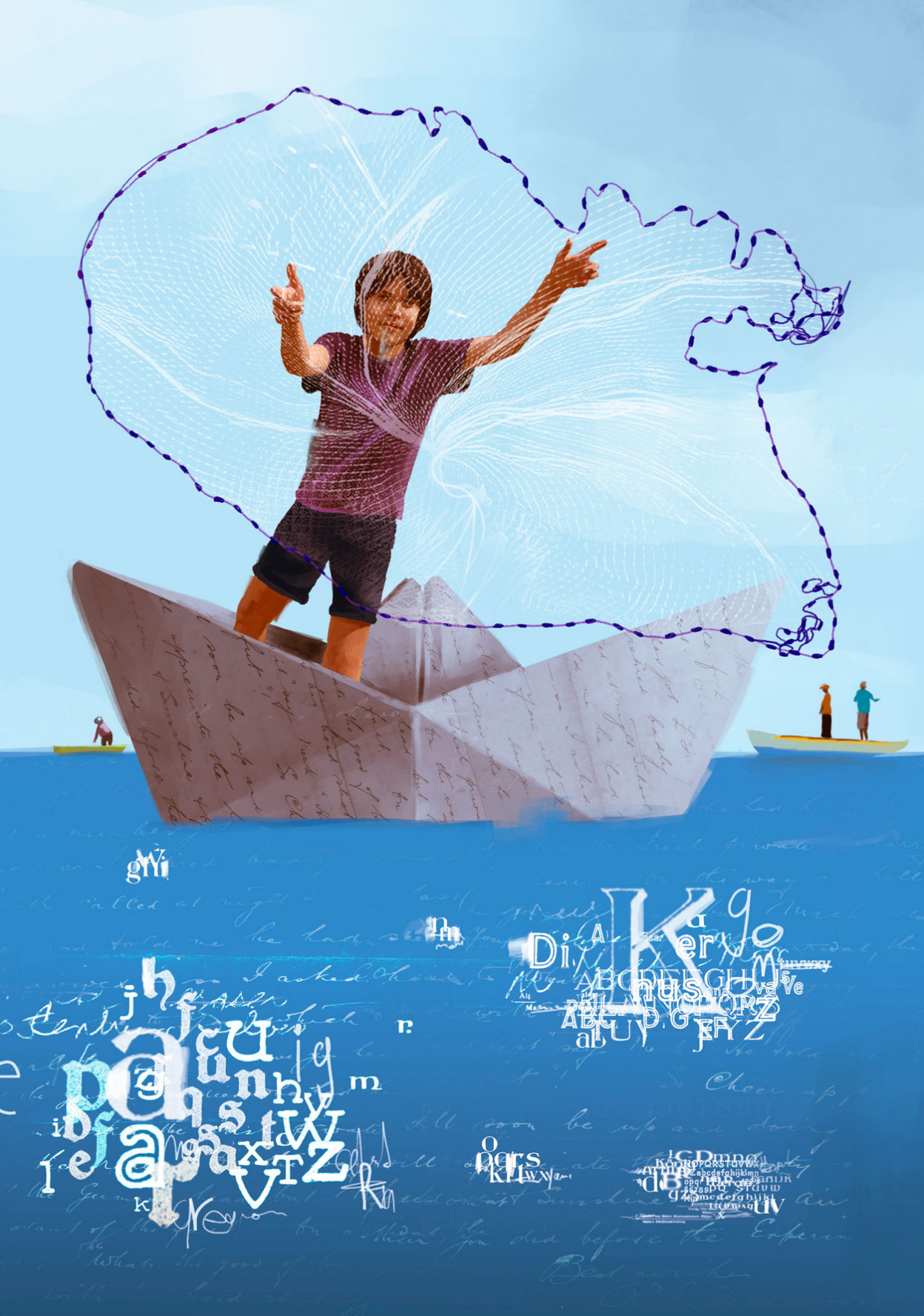
Cuando pasaba el invierno salían todos juntos a la ciudad y señor Lobo les enseñaba a hacer compras. Llegaban muy felices a casa y se sentaban a ver una película.

Un día, como ya estaba viejito, señor Lobo se quedó dormido en un sueño profundo del que nunca despertó. Ese era uno de los tantos secretos que tenía guardados: el doctor le había dicho que no podía dormir porque no despertaría jamás. Hacía un tiempo les había confesado que llevaba años así, sin dormir, por el temor de dejar su casa sola, sin saber quién iría a cuidar su jardín. Como señor Lobo ya estaba tranquilo esa tarde, decidió dormir para siempre. Al ver que no despertaba, los cerditos se abrazaron y lloraron porque ya sabían qué estaba sucediendo. Fueron al jardín y cavaron una tumba para su amigo. Todos los días la regaban y cuidaban. En su nueva casa, vivieron felices.

# Samuel David Anacona Rojas

*17 de junio de 2008*

A los seis años empezó a escribir historias en sus cuadernos de colegio, cosa que al principio molestó a sus padres. Con el tiempo ellos decidieron apoyarlo y guardan cada uno de sus cuentos escritos como un recuerdo valioso. Su escritor favorito es Gerardo Meneses porque sus historias lo llevan a imaginar y a escribir.



# Cuento

## Categoría juvenil

CUENTO

CATEGORÍA JUVENIL

# La marea

**Jacqueline Córdoba Mosquera**

*Turbo, Antioquia*

PRIMER LUGAR

En aquella época, para las niñas de ocho años todo se resumía en saltar un viejo cable de energía que zumbaba en las mejillas y escuchar el tilín del carrito de helados sabiendo que no podrían comprarse uno. El costo de la tranquilidad era tan bajo que hasta los vecinos enemistados se juntaban para tapar los huecos de las calles empantanadas por la lluvia. El aire siempre estaba cargado de un indiscutible sosiego, con vientos que mecían la ropa recién lavada y arrastraban aromas a hojaldre, mazamorra o sancocho hacia la nariz de alguien con los bolsillos rotos.

Lucero, única hija de un fulano muy conocido, recorría aquellas tierras sin pensar en vientres crujientes que quitan el sueño. Sus cavilaciones oscilaban entre encontrar métodos efectivos para robar las buganvilias de alguna vecina y escaparse de casa ante el mínimo descuido de su madre. La alegría le bañaba el rostro con sonrisas. Gracias a esa

despreocupación propia de su edad se olvidaba del tiempo, entretenida con la peregrina, el velillo y cuanto juego encontrara en esas calles destapadas.

Aquel era un lugar donde las puertas de las casas permanecían abiertas durante el día, con andenes llenos de niños correteando sapos y sacándose chichones por la brusquedad con que jugaban. Tanta era la calma que mengano y perengano, conocidos de toda la vida, pagaban las deudas con los huevos que acababan de poner las gallinas.

Había una esquina particular donde Lucero se reunía con sus amigos, cuando los mayores estaban demasiado ocupados para seguirles el ritmo. Allí las manecillas del reloj se detenían por un rato, las chanclas volaban lejos para el disfrute del juego de turno y ni el regaño de algún viejo o la trampa del vecinito competían con la euforia. Era un momento casi perfecto, con lágrimas secadas por el viento y gritos convertidos en risas estridentes. Un instante inconsciente en el que se olvidaba que pronto llegaría la marea y debían huir. Habría que escabullirse de esos parajes verdosos, lejos del olor a arroz con leche saliendo de alguna ventana, lejos del viejo triciclo en el que vendían grosellas con limón y sal, para evitar la marea que lo convertía todo en un campo minado de sollozos carente de alegría.

Lucero lo sabía, las amenazas de su progenitor se repetían en su mente como un disco rayado. El sudor le perlaba la frente y tenía los pies blancos de polvo como tiza

en manos húmedas. Su mente la atormentó con recuerdos sombríos: negrura en el patio de la casa con los mosquitos alborotados, grandes manos sujetando sus brazos descarnados, las cigarras marcando el ritmo del cinturón y lagrimones bañando su rostro afilado.

Se creía un ser valiente, pero le temblaban las rodillas mientras corría con el calzado en las manos y la callosidad precoz en las plantas de los pies soportaba las piedrecillas del terreno. Junto a ella, los otros niños iban casi atropellándose en la carrera por volver al calor de sus hogares, escapando del viento frío.

Ninguno de ellos conocía en realidad qué pasaba cuando la marea llegaba. Mas no eran del todo ignorantes, habían escuchado los cuentos de algunos jóvenes del barrio. Sus pequeñas mentes vivían aterrorizadas, plagadas de preguntas sin respuesta objetiva, pues recurrir a un adulto solo significaba un bofetón por la insolencia.

Así que Lucero siempre usaba su imaginación.

Para ella, los caminos polvorientos se convertían en ríos de barro que arrastraban los mejores juguetes y manchaban las calles del color rojo que encontraba al día siguiente. En el peor de los escenarios, un siniestro duendecillo se llevaba a los niños desobedientes, dejando una eterna tristeza en las familias. Lo que no alcanzaba a comprender era por qué la gente abría huecos en los patios de las casas para guardar pequeñas cajas de madera.

Sin embargo, ella tenía un plan.

Después de aguantarse la pela, como de costumbre, se fue a la cama sin comer, demasiado resentida para probar cualquier bocado hecho por las mismas manos que le marcaron la piel. Y solo cuando se escuchó el tronar de la lluvia en el tejado de zinc salió por el patio cubierta con un viejo impermeable.

Al doblar la esquina se arrepintió. Después de todo, ella no era tan osada; diluviaba y todo estaba tan oscuro que apenas veía. El lugar que observaba era cualquier cosa menos tranquilo. Se encontraba con siniestras sombras en cada rincón, y el sonido de los truenos la hacía saltar.

Quería a su mamá, ya no se sentía tan enojada. Así que dio media vuelta para regresar. Allí fue cuando los vio: era un grupo de jovencitos apenas mayores que ella, charlando entre risas y codazos. Reconoció al hijo de una vecina y a unos cuantos más. Todo parecía normal hasta que llegaron los otros. Esos otros de los que todo el mundo sabía pero nadie hablaba, aquellos que decían qué se hacía y cuándo se hacía, a quienes los gritos de su padre no causarían el más mínimo miedo.

Sus ojos captaron a la perfección lo que ocurría. Escuchó los aullidos de dolor a pesar de los truenos, el pam pam pam con que el tiempo pareció congelarse de nuevo, esta vez en un instante en que el hierro y la sangre borraban las risas. Los cuerpos que caían en los charcos formados por la lluvia ya no volverían a sonreír. No había espacio para la felicidad, no había tranquilidad.

Cuando todo pasó, retrocedió sobre sus pasos como un fantasma. Una cáscara vacía apenas semejante al ser sonriente que ella era. Volvió a su cama, ajena a los temblores de su pequeño cuerpo, con los ojos abiertos por el espanto.

En aquellos días, las niñas de ocho años debían permanecer ignorantes, jugar alegremente entre el desconocimiento y el estupor; estaban obligadas a saltar una cuerda sin buscar respuestas. La marea seguiría llegando, el rojo volvería a manchar las calles, los rostros de las familias se llenarían de lágrimas. Lucero solo esperaba que la marea no se metiera a las casas.

# Jacqueline Córdoba Mosquera

*22 de marzo de 1999*

Recuerda con cariño su paso por el taller de escritura creativa que matriculó como estudiante de estudios literarios. A partir de esa experiencia, la escritura se convirtió en un oficio que ama y del que desea aprender todos sus secretos. Sus autores favoritos son Juan Rulfo, Gabriel García Márquez, Agatha Christie y Horacio Quiroga.

CUENTO

CATEGORÍA JUVENIL

# El miedo no alimenta

**Miguel José Niño Fonseca**

*Bogotá*

SEGUNDO LUGAR

Era de madrugada y el calor se empezaba a sentir en la sabana. Los dos niños deambulaban por una pradera junto a la carretera buscando una ceiba bajo la cual esconderse del sol que repuntaba. Apenas se habían despertado, pero no tenían energías más que para sobrellevar su desgracia.

–¿Comiste algo ayer? –preguntó la niña.

–Medio mango y un terrón de sal –contestó el niño con suavidad–. ¿Y tú?

–Nada –respondió la niña.

–Mi padre dice que, con los años, el estómago se acostumbra –dijo el niño, esperando que fuera cierto.

–Al menos cuando muramos de hambre serviremos de alimento para los gallinazos –apuntó la niña, mientras ambos reían, tratando de olvidar el vacío de sus estómagos.

Desde la ceiba bajo la que reposaban se podía divisar la casa del niño. Era una remendada construcción de

cañabrava que se encontraba dentro de un minúsculo terreno rodeado de pastizales sin fin. Sin embargo, estos pastizales no les pertenecían a las familias de la sabana, sino a un puñado de hombres del interior del país.

–Estos terrenos son tan grandes que cuando sus dueños decidan cultivarlos se acaba el hambre en el mundo –dijo el niño jocosamente.

La niña sonrió. Hubo un momento de silencio.

–¿Ves aquel animal? –preguntó el niño, señalando con el índice una pequeña vaca blanca amparada por la sombra de una acacia.

La niña asintió.

–Es mi vaca –dijo el niño–. No creo que le queden más de dos días.

–¿Por qué? –exclamó la niña, preocupada por no comprender el destino del animal.

–O come ella o comemos nosotros –sentenció el niño con solemnidad y tristeza.

El sol seguía ascendiendo en el cielo y, junto con el hambre, aumentaba también el calor. La única certeza que tenía el niño era que cargar con la culpa de la muerte de la vaca iba a dolerle más que el hueco que estaba brotando en su estómago.

Un sonido remoto arribó a la pradera donde los niños se encontraban tendidos. Era el sonido del tren que pasaba cada día llevando incontables vagones cargados de banano. Los rieles penetraban las plantaciones geométricas de

palma africana e iban a dar a un puerto donde se descargaba el tren y se cargaban los buques con la misión de dar a conocer al mundo las maravillas del banano.

El hambre ya estaba lacerando el estómago de los niños y el estruendo de los rieles del tren iluminó al niño con una idea:

–Vamos al puerto y tomamos algunos bananos que caigan al mar, así tendremos qué comer y mi vaca vivirá unos días más.

La niña meditó la idea pero el hambre no le permitió vacilar, así que aceptó.

–Solo te digo –puntualizó la niña–: si nos atrapan, no vivimos.

–El miedo no alimenta –sentenció el niño.

Únicamente motivados por la voluntad de seguir con vida, los niños cruzaron la carretera ardiente con el propósito de entrar en las plantaciones de palma africana y así poder seguir los rieles del tren hasta el puerto. Ya se acercaba el mediodía y el asfalto estaba tan caliente que casi podía olerse. Veían en el horizonte, turbulento por el calor, las plantaciones perfectas de palma y los rieles del tren que les prometían unos días más de alimento para sus familias. Mientras se encaminaban en los rieles del tren, la idea de conseguir un poco de comida impidió que se percataran incluso de la debilidad de sus propias piernas. Eventualmente, una ventisca trajo consigo el olor de los restos de carbón y los graznidos de las gaviotas: contra la

fatiga del cuerpo, la voluntad de la vida por fin los había arrastrado hasta el puerto.

Cuando los cargadores movían el banano desde los vagones inacabables del tren hacia los planchones del buque, muchos racimos caían al mar y quedaban flotando entre los rizos de las olas saturadas de aceite para lanchas. Nadie tomaba los racimos flotantes porque en la sabana rondaba el rumor de que quien los tomaba era tachado de ladrón y recibía un escarmiento. De este modo, las corporaciones bananeras preferían que los esplendorosos racimos de banano se pudrieran en los confines del océano antes que permitir que los aldeanos de la zona cometieran el crimen de querer comer.

Al llegar al puerto, los niños avistaron los buques repletos de banano, los cargadores subiendo racimos con sus brazos fornidos, los guardias sombríos de las bananeras y los incontables racimos flotantes en el mar aceitoso. El niño se dio cuenta de que podrían alcanzar los bananos más cercanos con unas cuantas brazadas; la niña advirtió que tomar aquellos bananos significaba aceptar el riesgo de ser vistos por los guardias, y se lo comunicó al niño. El niño volvió a decirlo:

–El miedo no alimenta.

La niña renegó resoplando por la nariz. De igual forma, decidieron sumergirse en el agua, con los rostros ya teñidos por el hollín suspendido en el ambiente. Después de nadar contra el peso de sus propios cuerpos, alcanzaron unos

pocos bananos y cada niño se aseguró un pequeño racimo sosteniéndolo con los dientes; de este modo tenían sus brazos libres para poder regresar al puerto. Los niños salieron del agua y caminaron con serenidad hasta la primera palma que limitaba con el puerto. Respiraron el aire del mediodía y fueron reconfortados por la satisfacción de saber que podrían comer un día más.

Tras dar un paso después de la primera palma, el niño se detuvo y tragó saliva. Tenían enfrente una silueta borrosa armada con fusil. Resignados ante la muerte, los niños solo pudieron recostarse contra la palma convertida en un paredón de fusilamiento.

–Tú, en lugar de cabeza, tienes una pepa de aguacate –le dijo la niña al niño, recordando la advertencia que le había hecho antes.

–La buena noticia es que mi vaca vivirá –dijo el niño, antes de cerrar los ojos.

Al día siguiente, el tren surcó la sabana como lo hacía cada madrugada religiosamente; pero los niños no regresaron nunca más.

# Miguel José Niño Fonseca

*20 de mayo de 2004*

Estudia física en la Universidad Nacional de Colombia. Hace unos años se interesó por el pasado de su abuelo. Lo entrevistó varias veces y se enteró de que vivió su infancia en Santiago de Tolú, donde tenía que cruzar a nado el golfo de Morrosquillo para robar los bananos que caían al mar y así poder comer algo. Este cuento es para su abuelo.

CUENTO

CATEGORÍA JUVENIL

# El día inolvidable

**Juan Sebastián Arango Muriel**

*Medellín, Antioquia*

TERCER LUGAR

Acuérdome todavía de la muerte de mi queridísimo Carlos Gardel, el 24 de junio de 1935. Aquel día fue un tanto extraño. Nos levantamos temprano, tal como solíamos hacerlo. Habíamos quedado en ir a la iglesia en la mañana y después a desayunar. Cuando nos encontrábamos en la panadería desayunando, una mosca muy rara y de un color muy llamativo se posó sobre el desayuno de mi amigo. Al notar esto, inmediatamente la espanté.

De regreso al hotel hablamos sobre el viaje que teníamos en la noche, que sería desde el Aeropuerto Olaya Herrera, ubicado en la ciudad de Medellín, hasta la Base Aérea Marco Fidel Suárez, en Cali. Carlos decidió invitarme principalmente porque yo era un buen amigo suyo y en segundo lugar por ser un periodista con una buena reputación, que iba a documentar todo lo que pasaría en su gira. Para mí era todo un placer laboral contribuir al registro de su paso por el país, así que con ese entusiasmo nos pusimos en la tarea

de empacar las maletas para después ir a almorzar. Allí estábamos los dos, en la misma habitación, empacando todo lo necesario para el viaje. Carlos quiso tomar una ducha porque se sentía un tanto agotado, e inmediatamente después de entrar al baño la misma mosca que se posó sobre su desayuno (lo supe porque tenía ese color llamativo) lo hizo ahora sobre las prendas de vestir que tenía a medio empacar.

El resto del día fue un tanto pesado. A la hora del almuerzo volvió la mosca y me empecé a sentir agobiado, así que los dos decidimos ir al hotel a tomar un descanso hasta la noche para estar con la mejor actitud para el viaje.

Llegó la noche y nos encontrábamos con toda la disposición para dicha actividad. Salimos hacia el aeropuerto y llegamos un poco tarde pero eso no iba a impedir el viaje que teníamos. Cuando estábamos a punto de entrar a la sala de embarque me di cuenta de que no tenía el pasaporte, lo había dejado encima de la mesa de noche. Por ir a las carreras lo había olvidado. Así que en medio del ajetreo no alcancé a despedirme bien de mi querido amigo Carlos Gardel, solo pude abrazarlo y decirle que tomaría el siguiente avión. Sin embargo, cuando me acerqué a darle el abrazo, vi sobre su hombro la mosca que había estado atosigándonos todo el día. En ese mismo instante supe que algo malo estaba por pasar. El día entero había sido pesado, el clima estaba denso, me empecé a sentir mal, con un leve dolor de cabeza, y algo me decía que no podía dejar subir a mi amigo en ese

vuelo, sobre todo al ver la casualidad de la mosca que solo se posaba sobre las pertenencias de Carlos.

Inmediatamente regresé a la sala de espera para decirle que se quedara conmigo, que iba a sentirme mejor si decidía hacerlo, pero eso no valió de nada, ya era demasiado tarde. En ese momento se escucharon sirenas en la pista de vuelo; allí supe que mi amigo había perdido la vida. A partir de ese instante se desencadenó un montón de cosas dentro de mí, sentimientos y miedos que me hicieron desarrollar una fobia a los aviones y sobre todo a aquella mosca. Ahora me encuentro aquí, seis años después, únicamente documentando lo que pasó aquel día. Esto lo hago porque hoy en la noche, a la hora de la comida, vi exactamente la misma mosca posada sobre los alimentos de mi esposa.

# Juan Sebastián Arango Muriel

*19 de noviembre de 2003*

Su interés en la escritura se debe principalmente al apoyo recibido por el profesor Obed Cardona, quien no solo ha incentivado su pasión por la lectura, sino que también ha acompañado su proceso como escritor, opinando sobre cada uno de sus escritos. Sus autores favoritos son Jorge Isaacs, Gabriel García Márquez e Isaac Asimov.

CUENTO

CATEGORÍA JUVENIL

# El rey

**David Leonardo Lara Pineda**

*Bogotá*

PRIMERA MENCIÓN

Como cada sábado, mi alarma sonó a las seis de la mañana. Me levanté con mucha pereza y miré a Laura, que como de costumbre seguía dormida a esa hora. No tuve demasiado cuidado al momento de incorporarme porque bien sé que ella duerme como un tronco; ni un terremoto podría levantarla de ese pesado sueño. Me preparé un tinto y un huevo cocido, y al terminar procedí a bañarme y a trajearme. En mi opinión, quedé bien vestido. Salí un poco más tarde de lo que había planeado, pero por fortuna logré evitar el tráfico y llegar a tiempo.

En la recepción estaba esperando la enfermera Doris, de mal humor como siempre por tener que trabajar temprano. La saludé cortésmente. Ella me devolvió el saludo de una manera un poco más fría, pero educada.

–Disculpe, doctor. Lo están esperando en el 216. Lo que pasa es que ya van dos días completos en que el paciente no ha probado bocado, solo ha querido tomar puro tinto

y se niega a hablar con el personal. Si sigue así lo vamos a tener que canalizar. ¿Podría insistirle? A lo mejor a usted sí le hace caso.

Le dije a Doris que haría lo mejor que pudiera, tomé la bandeja de comida y le agradecí por la información. Me dirigí a la habitación recorriendo el ya familiar pasillo que con cada paso se hacía eterno. No puedo explicar si lo que sentía en mi interior era esperanza o miedo, sentimientos relacionados con esa persona. Me preguntaba cómo estaría, cómo me vería. Últimamente no sé qué esperar, pero sobre todo una pregunta en específico me inquietaba. En el momento en que llegué a la puerta requerí mucho valor para hacer girar la perilla y entrar, y mucho más cuando lo vi tan tranquilo leyendo en su mesa; llevaba sus gafas, un libro en la mano derecha y en la izquierda un pocillo de tinto. Golpeé la puerta con suavidad para hacer notar mi presencia. Violentamente me lanzó la taza de tinto, que por fortuna pude esquivar, y así logré contestar la pregunta que me preocupaba: tal como esperaba, no me recordaba.

–¡Cómo osas entrar en mis aposentos, sirviente!

–Mis más humildes disculpas, su majestad.

–Ya no importa, dime los motivos de tan burda impertinencia, vasallo. ¡Habla antes de que pierda la paciencia!

–Me he enterado de que su majestad se niega a comer.

–¡Un rey no le debe explicaciones a ningún miserable! Pero si deseas saberlo, todo es culpa de las sirvientas que tratan de darme órdenes y se olvidan de que aún sin mi

corona soy un rey. ¡Debería ejecutarlas con mis propias manos!

Al escuchar esto, me puse de rodillas:

–Mi rey, su benévola majestad, se lo imploro: por favor perdóneles la vida a tan desdichadas mujeres. Aunque sean un poco bruscas y toscas le aseguro que únicamente desean su bienestar. De todas formas le prometo que entablaré una estricta conversación con ellas para que lo reconozcan como su alteza.

–Eso espero, sirviente. Pero en cuanto a la comida, mi orgullo me impide aceptar algo de mis secuestradores. La probé una vez, es realmente nauseabunda y carente de sabor.

–Pero, mi rey, su deber está con el pueblo, todos sus sirvientes cuentan con que usted nos defienda de los enemigos... Por eso lo admiran y lo respetan, porque usted es un símbolo de valentía y fuerza. Su majestad no es aquí un secuestrado; todo lo contrario, es un huésped, lo mantienen porque les da seguridad. Por eso le pido que no sea tan severo con la servidumbre, pues ellos solo tienen miedo y usted les da esperanza. Además, debe estar bien alimentado para que llegue el día en que nos defienda en combate, porque, con todo respeto, ¿de qué sirve un rey orgulloso pero débil?

–Debo admitir que tus palabras no carecen de sentido, siervo, y han sido escuchadas. Está bien: me tragaré esa bazofia desabrida que tú llamas comida.

Me senté junto a él para verlo comer. Hace poco había empezado a notar que, por mucho que le chocara el sabor de la comida, cuando se sentaba a comer recuperaba esa misma tranquilidad que tenía cuando entré a la habitación. Fácilmente podía aparentar ser una persona sana. No me dirigió palabra hasta que terminó.

–Has mostrado dedicación con el reino y con el rey, vasallo. Por eso he tomado la decisión de concederte un deseo: ¿qué quieres?, ¿dinero, tierras, un título?

–Es muy amable, señor, pero lo único que deseo son historias.

–¿Historias?

–Sí, señor. Usted es un hombre que ha vivido miles de aventuras y por lo tanto debe tener varias historias. Deseo que me las cuente todas.

–Ja, ja, ja, eres muy humilde, vasallo, pero está bien: había una vez...

Pasó toda la mañana relatándome sobre árboles que crecen de cabeza, hombres peces con pies de arena y seres pequeños de ojos negros vestidos con piel de ratón. Eran historias sobre seres producto de la sorprendente imaginación de un escritor. Ya las conocía de memoria, pero eso no importaba porque cada vez que las contaba era como si fuera la primera vez.

Llegaron las doce y tuve que regresar. Me despedí con una reverencia y una promesa imposible de volvernos a ver, porque dudo que se acuerde de mí cuando vuelva. En el

pasillo me encontré a la enfermera Doris y a otros miembros del hospital. Le recordé a Doris que debemos tenerles paciencia a los pacientes para que se dejen tratar y así poderlos curar o al menos disminuir su sufrimiento.

Cuando volví a casa, fue pura dicha: Laura por fin estaba despierta, mi nariz había captado el suculento olor que emocionó mi corazón.

–Oh, cariño, por fin llegas. Siéntate que la cena ya está lista.

–Gracias, amor.

Trajo dos platos de la cocina, los puso sobre la mesa, le di un beso y nos sentamos a cenar.

–Cariño, esta mañana no escuché cuando saliste.

–Je, je, creo que estabas profunda, como siempre.

–Sí creo –dijo Laura mientras ambos sonreímos–. Bueno, ahora sí cuéntame, ¿cómo sigue tu papá?

# David Leonardo Lara Pineda

*6 de enero de 2000*

Desde muy corta edad sintió un gusto por la lectura, en gran parte influenciado por su padre y su tío. Sin embargo, no fue hasta que empezó su etapa de estudiante de bachillerato que empezó a escribir relatos cortos. Sus autores favoritos son Óscar Collazos, Mario Mendoza, Ernest Hemingway, Charles Bukowski, Truman Capote y Francis Scott Fitzgerald.

CUENTO

CATEGORÍA JUVENIL

# El hombre de palabras

**Jorge Alberto Muñoz Reyes**

*Cali, Valle*

SEGUNDA MENCIÓN

Era un hombre hecho de palabras. Un caso curioso, sin duda, pero se trataba de un buen tipo. Su cabeza, sus brazos, sus piernas, sus manos y sus pies eran adjetivos. Solo hablaba en verbos. Y todo él era un sustantivo. Un tipazo. Venía de la tierra de los textos, en eso siempre era reiterativo. Allí había realizado muchos trabajos y pasado mil desventuras. Fue alto, me decía, fue bajo, fue bueno, fue malo, fue mujer, fue cosa, fue acusador, fue acusado, fue muerto y fue muerte. Yo siempre escuchaba fascinado aquellos relatos por largas horas. Reía y lloraba al oírlas. Este hombre hecho de palabras solo tenía un defecto: no existía. Por eso tuve que crearlo.

# Jorge Alberto Muñoz Reyes

*11 de diciembre de 1999*

Estudia filosofía en la ciudad de Cali y es un gran lector de Borges, Kafka y Michael Ende. Reconoce que su cuento se inspira en "Las ruinas circulares", de Jorge Luis Borges, y en un cuento de Ende sin título que aparece en la antología *El espejo en el espejo*. Además, la brevedad y tensión de su texto se deben al estilo particular de los cuentos de Kafka.

CUENTO

CATEGORÍA JUVENIL

# En la -boca- del lobo

**Olga Isabel Castilla Rocha**

*Barranquilla, Atlántico*

TERCERA MENCIÓN

En un frondoso bosque y a orillas de un pequeño río vivía una niña sin piernas y sin brazos dentro de la boca de un monstruoso lobo. Creyendo que era ciega, al no poder ver nada a su alrededor, nunca salía de la boca del gran lobo que la mantenía cautiva –y tampoco se atrevía–. Se dio cuenta de que ya había olvidado cómo diferenciar el día de la noche. Su memoria se convertía en un rompecabezas inútil, como si se hubiera enamorado del olvido. Pero no se quejaba demasiado porque siempre había qué comer: sobras de animales entre los grandes dientes del lobo, y un lugar acogedor donde dormir: la gran lengua del lobo. Descifró a su modo en qué momento era de día o de noche: si el lobo estaba cazando, sabía que había un sol entre las nubes, y si el lobo estaba descansando, sabía que la luna se posaba sobre las estrellas. Así pasaban las horas, así transcurrían sus días.

Un día de esos, no muy diferente a los que siempre vivía, apareció una luz que despertó sus ojos. Entonces se dio cuenta de que sí podía ver, y a la vez supo que quería escapar. Le surgió una mejor idea: esperar. Salir ahora de la boca del lobo podría costarle la vida, mas cuando estuviese dormido podría hacerlo sin temor. Cuando los ronquidos empezaron a ensordecerla, supo que era el momento. Se arrastró cual serpiente dentro de la boca del gran animal, y a través de una abertura entre sus dientes logró salir.

Iba encantando la tierra con su diminuto torso hasta que llegó a una aldea. La gente quedó extrañada al ver a la pequeña, por eso no tardó en socorrerla. No obstante, al otro lado de la aldea, muy dentro del bosque, estaba el lobo sollozando por la pérdida de su mejor compañía. Le había quitado sus brazos y sus piernas porque sabía que querría escapar tarde o temprano. Él no quería quedarse solo, quería estar con alguien. Cuando percibía el fresco de la respiración de la pequeña encima de su lengua se sentía aliviado y su corazón ya no dolía tanto. No le daba a ella oportunidad alguna de ver lo que había fuera de su boca porque sabía que lo iba a cambiar por cualquier otra cosa hermosa a sus ojos. Él era un ser abominable, ella un ángel sin rumbo. Sin embargo, lo que tristemente nunca entendió el lobo fue que, entre más quería mantener a su niña, más la hería, ya que nunca supo ser feliz sin alguien a quien aferrarse.

# Olga Isabel Castilla Rocha

*4 de julio de 2002*

Su cuento retrata la historia de un personaje incomprendido que finalmente conoce a otro que lo complementa. Alguien de vital importancia en su proceso como escritora es su profesor de literatura, quien motiva de manera constante su afán por la creación literaria. Algunos de sus escritores favoritos son Gonzalo Moure, Ernest Hemingway, Antoine de Saint-Exupéry y Óscar Collazos.

# Cuento

## Categoría adultos

CUENTO

CATEGORÍA
ADULTOS

# Un, —dos, tres

## por los que se están besando detrás del matorral

**Ana María Ordóñez Acosta**

*La Vega, Cundinamarca*

PRIMER LUGAR

Mi tía vive en una finca donde cultivan flores y hay invernaderos de plástico. Allí solemos pasar las vacaciones con mi hermana y mis primos. Hay caminos sin pavimento con hierba, flores y caracoles a los lados, como los que muestran en los cuentos de los hermanos Grimm. En la mitad de los caminos destapados hay una zanja con agua verde estancada. Una vez, el perro de mi tía se cayó en la zanja y casi que no lo pueden sacar. Menos mal sabía nadar y era paciente. Ladró para que alguien supiera que necesitaba ayuda.

Mi tía vive en una casa de un solo piso, sin vecinos humanos. Tiene gansos que persiguen a los niños y les pellizcan la cola. Me dan miedo porque son atrevidos. En la parte trasera tiene un galpón con gallinas. Hay un gallo que anda libre y se sube a los tejados, a los árboles y a las gallinas. A veces se mete a la casa porque la puerta siempre está abierta. Como

mi tía no tiene vecinos, dice que no le da miedo dejar la puerta de par en par. Es para que entre la energía limpia del viento, me dijo alguna vez.

Me gusta mucho la casa de mi tía porque al frente tiene un potrero que siempre huele a pasto podado y a uchuva y a cascarilla de arroz. Hace un tiempo vi por primera vez cómo mataban a una gallina con un palo de escoba, apretándole el pescuezo. Mi tía lo hizo como una experta. Yo no parpadeaba del asombro al ver su fuerza y la habilidad natural para que no se le escapara de las manos, mientras la pobre se movía como un terremoto para lograr zafarse de la muerte. De nada sirvió, las manos de mi tía fueron invencibles. Cuando la gallina ya estaba muerta, mi tía la metió en una olla con agua hirviendo. Salió mucho humo, como en la boca de una chimenea. Minutos después la sacó, le quitó las plumas a manotadas y con rapidez. Luego la gallina quedó solo con la piel blancuzca. Mi tía le abrió las patas y le sacó todo lo de adentro, unos huevos de oro y las tripas y el corazón chiquito. Por la tarde tomamos sopa de menudencias y yo recé por la gallina y los hijos de la gallina que se habían quedado sin mamá. Luego le dije a mi tía que le había quedado rica la sopa.

Un día, alguien propuso jugar a las escondidas por parejas. Mi pareja fue mi primo Daniel, dos años mayor que yo. Mi hermana se juntó con mi prima Clara, y el novio de mi prima Clara con Tatis, la prima más chiquita. Daniel y yo nos escondimos en una montaña de cascarilla de arroz.

Todo el cuerpo me picaba, sin embargo, no hice ruido para que no nos descubrieran. Entonces sacamos las cabezas de la montaña de cascarilla y los cuerpos siguieron enterrados. Daniel me dijo:

–Tienes cascarilla en los labios.

–Déjame limpiarte la boca un poquito –me dijo. Le respondí que bueno. Me fue acercando su cara y yo no hice nada. Quietecita me quedé. Cerré los ojos y sentí los labios húmedos por sus babas. No sé de dónde llegaron renacuajos y moscas que se desplazaron hacia abajo, a mis tripas, produciéndome cosquillas. No dije nada y volví a sumergirme completa en la montaña. Daniel tampoco habló. Nuestros hombros se rozaron y yo temblé, pero no de miedo.

Más tarde, cuando el cielo se fue oscureciendo y estábamos sentados en el potrero arrancando pasto, Daniel me dijo que jugáramos a la mamá y al papá en secreto. Le pregunté si podíamos construir una casa y hacer como si él llegara de trabajar y abriera la puerta diciendo "ya llegué, mi amor". Me dijo que sí. Decidimos que quedaría en un matorral en diagonal a la casa de mi tía con una entrada imperceptible, la cual solo conoceríamos los dos.

Adentro nos podíamos sentar y acostar, así que fuimos corriendo las matas hasta que el lugar fue lo suficientemente espacioso. Cada día íbamos a nuestra casa en algún momentico cuando todos estaban haciendo otras cosas. Cuando mi tío se iba a ordeñar las vacas y todos lo acompañaban, nosotros decíamos que estábamos cansados, que mejor nos

quedábamos. Aprovechábamos para ir a nuestro humilde hogar. Nos dábamos besos y nos cogíamos de las manos. Noté que sus ojos me gustaban, igual que su cabello y sus manos. Una tarde, después del almuerzo, Daniel y yo fuimos a nuestra casa, y mientras nos besábamos entró Tatis sorpresivamente por la puerta que se suponía era invisible.

–Le voy a decir a mi tía que ustedes se estaban besando –nos dijo y salió corriendo.

Yo me puse muy nerviosa porque sabía que me iban a castigar y me iban a decir que era una niña mala. Salimos de nuestro matorral y yo tenía lágrimas en las mejillas. Mi tía estaba en la entrada de la casa, como esperándome. Me miró fijamente y gritó:

–¡Aura, venga!

Caminé mirando hacia el piso, pateando piedrecitas, mientras me alejaba de Daniel. Mi tía me llevó al cuarto donde siempre ora. Allí tiene cuadros de ángeles y arcángeles y veladoras.

–Aura, el diablo es puerco y se te está metiendo. No puedes estar tentando a tu primo. Es tu familia. ¿Sabes lo que le pasaría a un hijo de ustedes dos? –moví la cabeza negando–. Saldría con cola de marrano. ¿Eso quieres?

–Nooo –lloré con fuerza.

–De hoy hasta que se acaben las vacaciones te quedas a mi lado. Te voy a enseñar a cocinar.

Asentí. Fui al baño a sonarme los mocos y por la ventana de la sala vi a Daniel, que corría con un balón entre las

manos. Se detuvo cuando se dio cuenta de que lo miraba. Movió su mano en el aire y me mandó un beso. En la casa olía a sopa hirviendo y a incienso.

–Aura, ¿qué te quedaste haciendo?

–Ya voy, tía.

# Ana María Ordóñez Acosta

*17 de marzo de 1996*

Es comunicadora social, periodista y está estudiando una maestría en creación literaria. El interés por la escritura, en especial por la poesía, apareció en su vida cuando era adolescente. Poetas como Alejandra Pizarnik, Alfonsina Storni, Sylvia Plath, Malú Urriola, Rosario Castellanos, Piedad Bonnett, Wislawa Szymborska, Andrea Cote y Olga Orozco, entre otras, la han inspirado para seguir escribiendo.

CUENTO

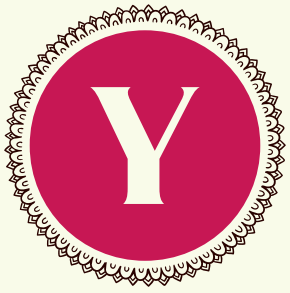
CATEGORÍA
ADULTOS

# Saber jugar bien las fichas

**Andrés Camilo Suárez Garzón**

*Bogotá*

SEGUNDO LUGAR



Ya moví como debía mis fichas y aun así no creo que pueda salvarlo, compadre. No lo tome como regaño, pero le advierto que la vida no es una suerte de azar. Todo lo que está pasando ahora es el resultado de acciones mínimas encadenadas en una avalancha de acontecimientos que hoy nos tienen a usted y a mí reunidos en este punto. En otras palabras, para amenizar el juego, dependiendo de las fichas que usted vaya colocando elige un camino determinado a seguir.

Por ello, ¿qué pasaría si pone las fichas sin meditar en el camino? Quizá llegaría a un destino que nunca pensó. Por eso fíjese, compadre, la importancia de que las fichas tengan sentido con el camino. A eso yo le llamo "saber jugar bien las fichas", y observo que usted no lo sabe hacer. Empero, no puedo juzgarlo. Mire nomás lo que le pasó a mi comadre hace unos días.

De costumbre, ella iba cada tanto a lavar al río y realizaba el mismo trayecto: bajaba por el camino real, cruzaba por la tienda de doña Tomasa, giraba por el bosque de eucalipto y descendía hasta el río por la trocha precipitada. Usted sabe que esa no es la única ruta que hay, porque ella bien podía coger el camino a la escuela, pasar por donde don Pascual y, después de atravesar el terreno de don Ismael, llegar al río. A pesar de ser más sencillo, ella no lo hacía, todo por saludar a su comadre Tomasa; y hasta el último día de su vida lo hizo así. Ella defendía decididamente que era el camino perfecto, pero no resultó serlo: al parecer la comadre, luego de pasar los eucaliptos, pisó algo y se fue trocha abajo con tan mala suerte que terminó en el río, donde murió ahogada. Las manos no las pudo usar porque siempre iba cargada de mucha ropa para enjuagar.

Por si fuera poco, según contó doña Tomasa, ese día iba más cargada que de costumbre, a tal punto que ni siquiera se detuvo en la tienda a saludarla, sino que pasó de largo. La doña no la interrumpió porque la vio hasta encorvada por esa carga. Yo pienso que se enredó en ese lastre y cayó dando botes al río, porque cuando la vi estaba envuelta entre todas esas lonas que llevaba con la ropa sucia. Pero lo que más me impactó, aquí entre nos, fue que a primera vista no supe si expiró ahogada en el río o por un golpe previo. Figúrese, compadre, que cuando fui a revisar el cuerpo noté que tenía una contusión enorme en la cabeza, como si se hubiese pegado contra algo. Ante ello, resolví llamar al médico

del pueblo, quien dictaminó que efectivamente un golpe de esa magnitud no daba pie a seguir con vida; además, al no tener signos de asfixia provocada por el agua, concluyó que el porrazo la había fulminado.

Me perdonará usted por traer el caso a colación, porque sé que aún le debe generar dolor la partida de la finada. O bueno, como dice don Pascual, quien le tuvo que dar la mala noticia ese día cuando lo vio pasar por su casa, desde que usted oyó el fatídico anuncio quedó como ido. Por eso, compadre, una vez más, mi sentido pésame. Desde ahí he venido pensando eso del camino y el buen juego de las fichas; tal vez, si la gente tomase otros caminos, esto no estaría sucediendo...

Todo esto para decirle, excusándome antes por desviar este juego, que usted ha perdido. Como verá en el tablero, nos restan tres fichas de dominó a cada uno y desde hace dos turnos usted se ha encorvado más de lo usual hacia la mesa buscando cómo proceder en el juego. Pues bien, le comento que ni ha sabido jugar bien las fichas, ni ha elegido el mejor camino, por lo que ha quedado absorto al darse cuenta de que no tiene salida. Espera usted que mueva mis fichas, ¿no es así? En ese caso, le recuerdo, no creo que pueda salvarlo, compadre. Si usted hubiese previsto todo esto, habría jugado bien las fichas y tomado el mejor camino.

Así, le repito, la vida no es una suerte de azar. Todo lo que hacemos precipita nuestras vidas y nos pone en el lugar en que estamos; como la comadre que siempre andaba por esa

misma condenada pendiente. Si ella hubiese sabido jugar las fichas habría tenido otros caminos para bajar al río, evitándose todo este funesto final. Tal cual lo hace usted, ¿no? Sabe bien que el mejor camino para bajar al río es el que pasa por la escuela; justo donde lo vio don Pascual el día del siniestro. Ahora, viendo lo que le digo, ¿entiende por qué es bueno saber jugar bien las fichas y tomar el camino conveniente? Ahí está su error. Ese día se le hizo raro a doña Tomasa el desaire que le hizo su comadre al no saludarla y a don Pascual haberlo visto por su casa. Pero, aun con eso, créame que yo seguía pensando que había sido un accidente hasta que un día me puse a hablar con don Ismael, quien entre risas me dijo: "¿Sabe usted la nueva, mi sargento? El otro día vi a su compadre en mi terreno travestido con la ropa de la mujer". Allí comprendí por qué ese día la comadre no saludó a doña Tomasa: su voz le hubiese sonado algo varonil, ¿verdad? También, cuando lo vio don Pascual, su estupefacción no fue por la noticia de la muerte de su esposa sino por el asesinato que había perpetrado. Usted supo jugar las fichas y casi se sale con la suya, pero tomó el camino erróneo, donde todos lo vieron. La vaina es que ese hallazgo no lo hice solo yo, sino también mis superiores, y aunque yo intenté mover todas mis fichas, no creo que pueda salvarlo, compadre.

# Andrés Camilo Suárez Garzón

*19 de febrero de 1997*

Es historiador y estudiante de estadística. Una de sus mayores influencias literarias fue la lectura de los juicios criminales ocurridos en el Virreinato de la Nueva Granada. Bajo ese influjo, mientras caminaba por un pueblo de Boyacá, imaginó cómo las calles y los caminos podrían ocultar información relevante para resolver un crimen. De ahí nació su cuento.

CUENTO

CATEGORÍA
ADULTOS

# Corazón, —fiel— corazón

**César Augusto Rodríguez Rodríguez**

*Bogotá*

TERCER LUGAR

El teléfono sonó pasada la medianoche. Antonio Ortiz refunfuñó una maldición al contestar, aunque después repitió agradecimientos y bendiciones, incluso cuando la persona al otro lado de la línea ya había colgado.

–¿Quién era? –preguntó su esposa intrigada.

–¡Del hospital! –respondió con el celular todavía pegado a la oreja–. ¡Tienen un corazón compatible para el trasplante!

Salieron de la cama y dejaron un arrume de cobijas y piyamas, se vistieron con lo primero que encontraron, sacaron del armario la maleta que habían preparado desde hacía casi un año y bajaron al garaje.

–¿Quieres que maneje? –preguntó ella mirándolo con preocupación.

Él asintió con la cabeza respirando con dificultad, e intentó reprimir el temblor de la mano al entregarle las llaves.

Esperaron en silencio unos minutos con el motor encendido antes de arrancar. Era lunes y las calles estaban vacías: tan solo ellos y la llovizna a esa hora de la madrugada.

En el hospital, Antonio abrazó a su esposa por un largo rato con la intención de decirle cosas que al final no dijo. Lo que sí dijo, y muchas veces, pero para sí, fue la palabra "tranquilo", que resonó en su mente como un eco hasta que, acostado en la camilla, cerró los ojos para recibir la anestesia. Al volver a abrir los ojos estaba en una habitación en la que el sol iluminaba en diagonal la pared desde el techo hasta los pies de la cama. Antonio inhaló el aire metálico del respirador y quiso tragar saliva, pero su boca estaba seca. Unos cables de colores salían de su pecho y se conectaban al pequeño monitor que era revisado por una enfermera. "Todo salió bien", le escuchó decir a la enfermera cuando una mujer entró a la habitación. No escuchó lo siguiente, sorprendido al comprender que esa mujer, que se acercó a saludarlo, era su esposa.

Los días siguientes le ocurrió algo similar con las visitas de familiares y amigos; esas voces, esas risas, esos comentarios y esos rostros le producían una incomodidad creciente. "Debe ser una reacción pasajera", pensó, convencido de que pronto volvería a la normalidad.

Luego de dos semanas de revisiones satisfactorias por parte del personal médico dejó el hospital y regresó a casa. Su esposa lo ayudó a bajar del carro y, como si fuera un niño que aprende a caminar, lo llevó de la mano hasta el viejo

sofá de cuero, encendió el televisor y se dirigió a la cocina a preparar algo de comer. Una vez que sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Antonio se dedicó a observar a su alrededor: cada pared, superficie y rincón estaba ocupado por un mueble u objeto decorativo que no lograba armonizar con el conjunto, a pesar de que todo en ese lugar tenía la misma apariencia desgastada. Un aroma a condimentos se extendió por la casa cuando su esposa llevó los platos servidos a la mesa. Antonio estuvo a punto de vomitar apenas probó la comida, y con la excusa de un supuesto malestar estomacal se fue a acostar temprano.

Esa noche se despertó varias veces con una sensación de encierro y una opresión en el pecho que no había experimentado antes. Tan pronto el sol iluminó el cielo por detrás de los cerros se levantó, se vistió sin bañarse y salió para ir al hospital. Las casas del barrio eran todas irregulares, pero tenían detalles en común, como las paredes sin pañetar entre las viviendas o las varillas en las cubiertas que se proyectaban hacia el cielo, en espera de que, algún día, se levantara otro piso. Caminó en busca de transporte hasta la panadería de la esquina donde los taxistas se reunían a desayunar. Un hombre canoso se levantó de una mesa cerca a la entrada y masculló una respuesta afirmativa al tiempo que se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

El médico lo encontró perfectamente y tan solo le recomendó hacer caminatas diarias. A partir de ese momento, Antonio salió a caminar cada mañana, y con el paso de

los días fue prolongando esas caminatas tanto como le era posible.

Una noche, en la que regresó más tarde de lo acostumbrado, escuchó a su esposa hablar por teléfono y decir entre sollozos: "Es que él ya no es el mismo". Y tenía razón, pues al cambiar de hábitos también había cambiado de apariencia: su calva ahora lucía un asomo de cabello, había perdido más peso en esas semanas que durante el año de preparación para el trasplante, y cuando la ropa le quedó grande cambió su forma de vestir. La imagen que veía al mirarse en el espejo era muy diferente de la que aparecía en los numerosos portarretratos que adornaban la casa.

Tal vez por eso, porque se sentía renovado, esa mañana decidió caminar por una ruta distinta. Al cruzar por un parque, un perro negro apareció de repente y se fue caminando a su lado. Estaba acostumbrado a que lo siguieran perros callejeros, pero ese llevaba collar, por lo que se detuvo bajo la sombra de un árbol y esperó a que alguien apareciera en busca del animal; sin embargo, nadie llegó ni el perro dio indicios de querer marcharse. En una de las placas que el perro llevaba en el collar encontró una dirección. Con el perro a su lado caminó un par de cuadras hasta una casa de dos pisos con paredes blancas que tenía la reja del antejardín entreabierta. Antonio entró y tocó el timbre. Casi de inmediato una mujer abrió la puerta, pero en lugar de reparar en el perro, con los ojos muy abiertos se quedó mirándolo a él y con voz temblorosa preguntó:

–¿Ro... Roberto?

A lo que, para su propia sorpresa, con toda naturalidad, él contestó:

–He vuelto.

El perro entró a la casa batiendo la cola, el hombre lo siguió y la mujer, luego de permanecer un momento en la entrada, también entró y cerró la puerta.

# César Augusto Rodríguez Rodríguez

*30 de octubre de 1972*

Es ilustrador, animador, diseñador industrial, realizador audiovisual, especialista en educación artística y magíster en creación literaria. Siente una especial debilidad por los cuentos de distintos estilos y tradiciones. Edgar Allan Poe, Antón Chéjov, Horacio Quiroga, Julio Cortázar, Evelio Rosero, J. D. Salinger, Etgar Keret, Roland Topor y Samanta Schweblin son algunas de sus influencias. Piensa que la escritura es un espacio vital para la imaginación, al que cada vez se siente más convocado.

CUENTO

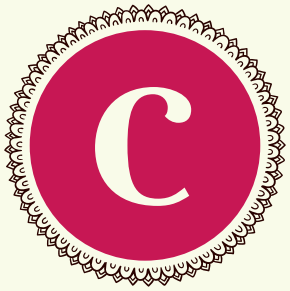
CATEGORÍA
ADULTOS

# Chavicure

**Jhon Alexander Torres Duque**

*Bogotá*

PRIMERA MENCIÓN



Corrió hasta el límite que separaba la escuela de la selva. Detrás de ella, decenas de ojos observaban atónitos la forma en que escalaba las rocas que dominaban el internado, como si quisiera destrozarlas con sus manos. Afanosamente quería escapar pero no encontraba ruta.

–Ahí viene –gritó uno de los más pequeños mientras los demás se refugiaban en su cuarto entre risitas nerviosas y verdadero pánico–. ¡Cójanla, no dejen que se tire a la laguna!

Esa mañana las niñas sikuanis se veían tensas. La noche anterior estuvieron esperando a que en algún momento Dania saltara gritando desde su camarote para caer luego en un trance demoníaco e incontrolable que la pusiera excesivamente violenta. Antes de retirarse a dormir, habían

suplicado a los profesores que no cerraran la puerta con candado, pues las velas se habían acabado la noche anterior y temían que la penumbra les impidiera ponerse a salvo si Dania se enfermaba de nuevo.

Mientras tanto, los profesores hablaban cerca del dormitorio:

–Eso es puro chavicure, los muchachos las están molestando. Vamos a tener que hacer una requisa.

–¡No, profe! Toca es llamar al payé para que venga a ver qué está pasando, ¡así no podemos!

–Esos chinos tienen rezos escondidos en los colchones. Parece que es Javier el que está molestando con eso.

–Pues si siguen mariqueando va a tocar devolverlos para la comunidad porque no vienen acá sino a hacer males.

Sentados a la mesa con el arrullo monótono que producía el sonido de la planta de energía, los profesores no sabíamos qué hacer. Completábamos una semana sin dormir y cada día se enfermaba una niña diferente, pero nos preocupaba Dania.

Desde hacía ocho días se comportaba extrañamente. Comenzó con un dolor de cabeza que no paró con el acetaminofén –de lo poco que teníamos en el botiquín–. Le dijimos que fuera a su dormitorio. A las cinco volvimos a saber de ella cuando escuchamos sus gritos de angustia. Corrimos. Aferrada con las uñas a su camarote, ubicado en la esquina, estaba Dania, o al menos eso parecía. Intenté preguntarle qué pasaba y en un segundo me vi en el suelo

como si me hubiese estrellado contra una pared. Sentí vergüenza. Vergüenza y miedo.

Dos de los muchachos la sujetaron por los brazos pero no fue suficiente. Luego vino un tercero, un cuarto, un quinto. Finalmente Dania cayó en un colchón que colocamos para evitar que su cabeza se golpeara directamente contra el suelo. El cuerpo flacucho de una adolescente de catorce años luchaba sin tregua con cinco muchachos bien formados que ahora se miraban incrédulos.

En un momento, Dania cedió, reinó el silencio. Los muchachos descansaron un poco y soltaron sus tobillos y muñecas que ya se amorataban.

–Hay que amarrarla –dijo Javier.

Salí de mi modorra y me opuse enérgicamente.

–Entonces venga y la tiene usted, profe –respondió Javier.

Esa noche terminé en el comedor viendo cómo Dania dormía amarrada en el colchón que le habíamos adecuado en un rincón. Su cuerpo maltratado se movía de vez en cuando pero al parecer dormía tranquila. Cerramos la puerta con llave y esperamos.

Lo que esa noche parecía un suceso extraño y único se convirtió luego casi que en un ritual. En los días siguientes, a las cinco de la tarde, el internado estaba expectante; todas las miradas se posaban sobre Dania. Los muchachos grandes se escondían para no tener que sujetarla de nuevo, en las caras de todos se notaban el cansancio y la falta de

sueño; en las demás niñas, Dania despertaba rabia, una rabia insomne que se fue acumulando hasta el día en que comenzaron a caer dormidas todas, una a una. Ese día la rabia se convirtió en una especie de oscura solidaridad expresada en gritos al unísono que rompían la noche.

Era sábado y Emilio, el payé, entró temprano por el caño que en aguas altas conectaba la laguna con el río Guaviare. Era un hombre bajito pero corpulento. Llegó sonriente y pidió desayunar, tomó dos platos de caldo de palometa con todo el mañoco que quedaba en la mesa; no pronunció palabra, no preguntó nada, no visitó los dormitorios, no habló con las niñas. Se encaminó directamente a la cima de la roca desde donde se vislumbraba el paisaje casi irreal del internado en medio de una especie de isla circundada por la laguna Sapuara. Recordé que allí mismo vi a Javier un domingo, antes de que vinieran por él sus padres para llevarlo a la comunidad. Era de los pocos que salía cada ocho días.

Desde la casa de los profes vimos cómo Emilio se sentó con sus piernas cruzadas, bebió aguardiente, inhaló yopo, luchó contra el viento como si este quisiera matarlo, gritó algunas cosas ininteligibles para todos y finalmente bajó. Se veía agotado, nos miró sin saludar y solicitó hablar con la directora.

–Profes, nos jodimos. El payé ordena que nos vayamos –dijo la directora.

Pasadas las cinco de la tarde, Dania luchaba de nuevo amarrada de pies y manos:

¡Qué quieres de mí, criatura inmunda! ¡No podrás conmigo, soy más fuerte!
Enterraré mis uñas en tu horrible cuerpo hasta que sangres.
Te haré picadillo con mi machete.
Te apalearé hasta que mueras.
¡Déjanos en paz! ¡No te pertenecemos!
Los abuelos nos hablaron de ti y no tenemos miedo.
Sé que estás débil, ya estás rezado.
Correré y no me alcanzarás.
Seré cafuche, seré ceiba, seré aire.
Fluiré en los ríos y en los caños.
Me esfumaré como el humo del tabaco
¡No podrás conmigo, soy más fuerte!
¡Cójanla! No dejen que se tire a la laguna!

Una semana después salíamos en silencio. El sonido del motor 40 le anunciaba a la mañana nuestra partida. Sentada cerca de mí, Dania observaba las marcas que sus uñas dejaron en el bongo aquella noche en la que decidió luchar y no huir más. Esa mañana la ciencia se perdió buscando en la manigua verdades inexistentes; esa mañana las manchas del tigre mariposa vigilaban desde la orilla nuestros movimientos. En el cielo, una pareja de guacamayos rojos indicaba el camino. Me levanté de mi lugar para acomodarme mejor y eché el último vistazo: la isla estaba radiante, apenas comenzaba a tocarla el sol, ¡qué hermosa! Esa mañana la selva nos exilió para siempre.

# Jhon Alexander Torres Duque

*13 de julio de 1985*

Licenciado en biología y candidato a magíster en educación. Su cuento rememora una experiencia vivida al recorrer diferentes caminos durante sus prácticas como maestro. Sobre el papel de la lectura y la escritura, el autor dice: "Siempre he creído que la escritura nos permite dejar una huella de nuestro paso por el mundo. Leernos es recordarnos". Las obras de Alfredo Molano Bravo y Edwin Herrera han sido fundamentales en su formación.

CUENTO

CATEGORÍA
ADULTOS

# Yo me –robé– ese cuento

**Mayra Alejandra Giraldo Pérez**

*Cali, Valle*

SEGUNDA MENCIÓN

Hace poco me hizo famoso un cuento que escribí. Es un relato sobre el fin de la guerra en Colombia a causa del espectro de una niña que recorría el país buscando a sus padres. En la historia se creía que era una pequeña víctima del conflicto armado, una desplazada más que en su huida del campo a la ciudad se había extraviado, pero luego, varios videos y fotos publicados en las redes la mostraban en distintos lugares al mismo tiempo, registros que parecían confirmar una identidad sobrenatural. El cuento terminaba con un comunicado del gobierno declarando camposanto todo el territorio recorrido por el espectro infantil, y una declaratoria de tregua indefinida entre las fuerzas militares y las guerrillas.

El cuento gustó, ganó un concurso nacional y me convirtió en una figura pública. Se decía que el texto podía dar comienzo a una nueva nación; que podía transformar el relato nacional a partir del diálogo entre el folclor y el contexto, a partir de la comunión entre el escritor y las víctimas.

Pasaron meses en los que no hice más que dar entrevistas, firmar libros y entregar declaraciones. En todas mis asistencias e intervenciones en estos eventos siempre surgió la pregunta de qué era lo que me había inspirado para escribir semejante relato. Nunca contesté.

Mi nombre se hizo referente de la nueva literatura y se me empezó a conocer como un individuo con una habilidad para contar historias cotidianas y hacerlas estéticas. Cada vez que salía a la calle o me dirigía a estaciones de radio para dar entrevistas, las personas se acercaban con el fin de contarme historias para que las volviera cuentos. Los mismos locutores, las mismas directoras de los medios adonde asistía, reservaban espacios exclusivos para verse conmigo y darme a conocer su historia. Algunos las enviaban por correo electrónico, correo postal o por medio de avisos que dejaban pegados en los postes y esquinas cercanos a mi casa.

Muchas de esas historias eran estupendas e hicieron de mi año uno absolutamente prolífico. Por mes publicaba en los periódicos nacionales alrededor de dos relatos que disparaban las ventas y el número de suscriptores.

Una noche noté un sobre sucio que estaba firmado con crayones. Resaltaba entre los demás por estos signos, pero también porque se veía más lleno que los otros, más pesado. Al abrirlo cayeron al suelo una decena de fotografías y una hoja de papel.

Me senté y encendí, aparte de la auxiliar, la luz principal. Las imágenes me mostraban en mi casa y en distintos eventos públicos. Medité largo rato sobre qué podían significar hasta que, fijándome en una de ellas, vi a una niña harapienta.

Tiré las fotos, nervioso, al ver que la imagen de la niña se repetía. Sintiendo un pánico inédito, me decidí a huir de aquel lugar. ¿Qué era esta aparición? ¿Una broma? ¿Era este el precio de la fama? Alcancé a llegar a la puerta principal, pero entonces recordé la hoja escrita que venía en el sobre.

¿Cuánto terror se puede soportar? ¿Está el cuerpo capacitado para aguantar los enigmas del mundo, del otro mundo? ¿Puede una epifanía ser más brutal que otra? Al entrar de nuevo al cuarto que me servía de oficina, y tras acercarme al escritorio, vi a una niña de pie al lado del papel.

Era, por supuesto, la niña de las fotos. Me miró y empezó a hablar sin respirar, como si me dictara historias bajo un ritmo narrativo que no obedecía a nuestro tiempo. Finalmente, y aún en medio de mi estupor, comprendí que estaba haciendo lo mismo que el resto de las personas: contarme su vida.

No sé cuánto tiempo pasó entre la revelación y la reacción de ponerme a escribir. El caso es que me puse a hacerlo en cuanta hoja suelta encontraba, pero el espectro desapareció mientras yo terminaba de escribir lo que expresó con su último aliento.

Con ella se habían ido el sobre, la hoja que nunca alcancé a leer y las fotos.

El cuarto quedó con aroma de velas encendidas y conmigo deshecho. Sentía mi cuerpo pesado y rígido, la cabeza fuera de lugar y la mano adolorida, como si le hubiera propinado varios puños a un extraño. Entonces me dormí.

En la mañana, luego de abrir los ojos, me vi tendido en el piso del cuarto. Pensé en todo lo que me había ocurrido bajo el velo ingrato de los sueños y la noche, y sentí irreal el día anterior. Me levanté violentamente y empecé a buscar impetuoso las hojas en las que había escrito el relato de la niña (¿fantasma?). Vi que estaban amontonadas cerca a la pata izquierda del escritorio, por lo que me lancé hacia ellas y las apreté con mis manos. Tenía la extraña impresión de que podían desaparecer al igual que quien me las había dictado, y por eso no dudé en leerlas sin perder tiempo.

Pero cuánta no fue mi sorpresa al notar que la historia que leía en esas hojas arrugadas era la del cuento que me había hecho famoso, el relato de la niña huérfana, de la transeúnte de la guerra que deambulaba por las fosas comunes de Colombia. Era la niña de mi cuento la que se había aparecido en mi casa. Ella y solo ella era la autora del único

cuento que me dio renombre. ¿Quién era entonces yo en esta ecuación maldita?

Sentí odio y rabia. Con esos sentimientos llamé a mi agente para confesarle mi ruina y mi plagio. Antes de que replicara le expliqué, no tanto la aparición como el hecho de que el cuento "El fantasma de la guerra" le pertenecía a alguien más. Lloré al confesárselo, mientras le aseguraba que no lo sabía y que aceptaría toda responsabilidad.

–Está bien, está bien, Carlos –dijo–, ya hablaremos de tu carrera. Por lo pronto explícame de qué hablas, porque no recuerdo que seas famoso, ni que hayas escrito un cuento con ese título. ¿Estás borracho otra vez? ¡Pero me alegra, hombre, que tu talento esté despertando! Hace más de dos años que no me envías nada.

# Mayra Alejandra Giraldo Pérez

*15 de febrero de 1990*

Es licenciada en idiomas. Editora y cofundadora de La Life Editorial. Escribe con el variado apetito de sus influencias literarias: Germán Espinosa, Alice Munro, Yasunari Kawabata y Malcolm Lowry, entre otras. Este cuento, que habla de un escritor y una extraña niña, busca parodiar la actualidad nacional a partir de la fabulación de una paz imperfecta.

CUENTO

CATEGORÍA
ADULTOS

# Ernestō

**Wencel Antonio Valega Ruiz**

*Soledad, Atlántico*

TERCERA MENCIÓN

“En este sitio murió mi hijo. Eso fue hace mucho tiempo, le faltaban seis meses para recibir el grado de bachiller”, me contaba el vecino cincuenta años después del suceso. Había en su voz un dejo de nostalgia, un dolor que lo sobrecogía a uno como si la muerte se lo hubiera llevado hace un día, o dos a lo sumo. Estábamos sobre una colina desde donde veíamos la inmensidad del mar gris, que se perdía a lo lejos, allá donde se tiene la sensación de que el agua se une con las nubes. Eran las dos de la tarde. Sus recuerdos eran una película proyectada a su antojo que solo él podía ver en detalle a través de sus palabras llenas todavía de emoción. Hacía seis meses que mi esposa y yo nos habíamos mudado, y los saludos eran mutuos: con la cabeza, o un breve gesto con las manos; muy pocas veces nos las habíamos estrechado. Sin embargo, su mirada penetrante me escrutaba el rostro, la espalda. Sentía que quizás me

estudiaba. Me sonreía mientras fumaba un cigarrillo y su mirada se escondía detrás del humo que salía de su boca. Me observaba para constatar que encajara como vecino, a ver si era merecedor de su confianza, de algún secreto. "¿Por qué no?", pensaba cada vez que miraba hacia su casa y lo veía sentado en la terraza, o en la sala con el ventanal abierto, observando lo que acontecía en la calle. Habíamos empezado a ser amigos, hasta que ese domingo ya no aguantó más. Se acercó diciéndome: "Me gustaría que me acompañaras al castillo de Salgar, allá en Puerto Colombia". Le dije que sí, pero él, que era de un carácter alegre, me invitó con una seriedad que no le había visto en el poco tiempo que llevaba en el barrio. Los que vivimos cerca del mar y nos lo gozamos desde niños perdemos con el tiempo las ganas de verlo, o de caminar por la playa descalzos, pero no nos incomoda una invitación para estar cerca de él, sobre todo porque al final se regresa uno a casa con una paz y un sosiego en el alma. Solo es un alejamiento transitorio del trabajo, la familia, los compromisos. Ante una invitación de estas es casi imposible negarse.

Salimos de Barranquilla hacia Puerto Colombia, tomamos la vieja carretera a Salgar. "Era buen hijo, prometía ser un ciudadano serio, estudioso; hasta deportista. Hacía parte del equipo de baloncesto de su colegio", me decía mi vecino mientras conducía con la vista puesta en la carretera. "Esa mañana, un viernes, salió contento a un retiro espiritual con sus compañeros de curso. Cuentan sus amigos

que llegó alegre y saludando al grupo con palmadas y abrazos, algo no muy común en él, que les extrañó; después comenzaron las sesiones de reflexión y catequesis. Fíjate, el almuerzo lo reposaron en esta misma colina viendo este mar que provoca bañarse en él", dijo señalando las aguas en calma de una tarde cuyo oleaje golpeaba sin fuerza la roca dura desde donde se erige la colina. Es un mar tímido, sin alharacas; su oleaje invita a bañarse. Me dio la impresión de que la película narrada por el vecino tenía un texto fluido y afinado que la soportaba. Las palabras graves habían quedado grabadas en su memoria para siempre de tanto narrarlas. Por un momento sentí que no era el único que había llegado hasta allí, que otros vecinos habían sido invitados a compartir su dolor.

"Sus compañeros regresaron al seminario donde se harían las actividades de la tarde", continuaba el vecino rebuscando las imágenes en su memoria. "Notaron su ausencia dos horas después, a las tres y treinta, cuando terminó el partido de baloncesto en el que la estrella del equipo era él, Ernesto. Buscaron y se dieron cuenta de que faltaban dos compañeros más. Regresaron a esta colina, donde los habían visto por última vez, y vieron el mar, allá abajo. Descendieron por ese camino que va a la playa. Sus compañeros, de pie, atónitos, tenían la mirada fija en el punto exacto donde Ernesto desapareció; dijeron que la muerte se lo llevó silenciosamente, sin hacer escándalos. Dio la impresión de que Ernesto la siguió por voluntad propia; solo bastó

una zambullida, sin ruido, sin agonía. Desde ese día todo cambió. ¿Sabe? Era nuestro único hijo, una esperanza para la sociedad. Estaba seguro de que así iba a hacer. ¿Sabe que es lo triste?", me pregunta. "¿Qué es lo triste?", le respondo, mientras veo un dolor apaciguado y lejano en su rostro. "Desde que murió, todas las noches lo veo llorando en mis sueños, culpándose por la pérdida del invicto de su equipo, como si le doliera más el juego que su ausencia para siempre de nuestras vidas", me responde.

Mientras mi amigo llora sus recuerdos, veo desde la colina la mansedumbre de un mar gris y fresco con una ternura de brazos abiertos. Entiendo su dolor y comprendo el asombro que debió sentir su hijo ante ese mar que lo llama a uno con sutil indiferencia, atrayéndolo todo. Regresamos a casa, dejamos de ver el mar, también dejamos de sentirlo; solo la brisa nos trae el aroma salobre del mar en calma que poco a poco se extingue. La urbe con sus edificios altos nos espera. El vecino maneja con cuidado sorteando el tráfico en la ciudad que nos espera, nos engulle con rapidez y nos vuelve anónimos. La paz y el sosiego se han quedado atrás. Entretanto, el estrés regresa de nuevo.

Serio y tranquilo, el vecino agradece mi compañía mientras desciendo del auto. Los otros vecinos sentados en las puertas de sus casas nos observan y estoy casi seguro de que saben de dónde venimos. Saludo a todos con las manos; me responden con gestos y sonrisas. Siento sus miradas en la nuca y en la espalda mientras abro la puerta. Sospecho que

han pasado por este ritual de conocer el lugar y la historia de la muerte de Ernesto. Respiro profundo. Creo que he pasado la prueba del buen vecino. Ahora todos en el barrio somos huérfanos de Ernesto.

# Wencel Antonio Valega Ruiz

*26 de septiembre de 1958*

Licenciado en educación física, psicólogo social y magíster en educación. Es docente de la Institución Educativa Inobasol, en Soledad, Atlántico, y un serio aficionado a la lectura y la escritura. Juan Rulfo, Gabriel García Márquez, Octavio Paz, Pablo Neruda y David Sánchez Juliao son sus mayores influencias literarias.

# Ensayo

## Categoría juvenil

ENSAYO

CATEGORÍA
JUVENIL

# La guerra contra la conciencia

**Eric Fabrizio Fuentes Rico**

*Bucaramanga, Santander*

PRIMER LUGAR

En 1971, tras observar el drástico aumento en los casos de adicción a la heroína entre los soldados estadounidenses de servicio en Vietnam, el gobierno del presidente Richard Nixon declaró las sustancias psicoactivas su enemigo público número uno y comenzó a establecer un conjunto de prohibiciones que posteriormente se extenderían por el resto del mundo y llegarían a ser lo que hoy en día se conoce como la guerra contra las drogas. Pero, ¿tiene acaso sentido hacer una guerra en contra de un enemigo carente de voluntad propia y por ende incapaz de hacer algo por sí mismo? ¿Será entonces que la guerra contra las drogas es una empresa que estaba destinada al fracaso desde un inicio? La revisión crítica de la historia y de la ciencia no solo parece apuntar a esto último; también revela que dicha guerra es

un absoluto sinsentido que ha negado el pasado, destruido el presente y obstaculizado el avance hacia el futuro.

Cuando se examina la historia humana, salta a la vista que el uso de sustancias psicoactivas no solo era ampliamente aceptado en la mayoría de las civilizaciones de antaño, sino que incluso era una parte fundamental de su cultura debido a que se incluía en rituales encaminados a generar sentimientos de trascendencia y unidad dentro de las comunidades. En América Latina, por ejemplo, hay estudios que constatan que enteógenos como la *Salvia divinorum* y la ayahuasca han sido utilizados por los pueblos aborígenes de la cuenca del Amazonas, desde hace por lo menos mil años, como un medio para conectarse con el mundo espiritual y con ello lograr tener revelaciones místicas acerca del propósito de la vida, la verdadera naturaleza del universo o cómo actuar de la mejor manera posible. Al otro lado del océano, en la antigua Grecia, la pitonisa del oráculo de Delfos lograba, tras haber inhalado gases provenientes de fisuras en el suelo del templo, tener visiones del futuro y así aconsejar a los viajeros que acudían a ella. Investigaciones realizadas durante el siglo xx han revelado que los gases del oráculo podrían haber sido etileno proveniente de fallas tectónicas debajo del templo y que los componentes activos de la salvia y la ayahuasca son la salvinorina A y la dimetiltriptamina (DMT), respectivamente, pero todavía se sabe muy poco acerca de cómo estas moléculas afectan los procesos neuronales en el cerebro. Si el mundo espiritual

al que se han referido las culturas antiguas es en realidad un nuevo estado de conciencia inducido por dichas sustancias, la guerra contra las drogas no habrá hecho más que lograr que el ser humano olvide conocimientos ancestrales de vital importancia, como ya había sucedido durante el oscurantismo de la Edad Media.

Por otro lado, un vistazo al presente revela que la guerra contra las drogas no solo ha sido un fracaso total, sino que también ha causado múltiples problemáticas que tardarán décadas en resolverse. En el ámbito geopolítico, la corrupción producto del narcotráfico ha hecho sucumbir las instituciones gubernamentales de muchos países, los cuales se han vuelto narcoestados donde aquellos legisladores que aprueban las leyes antidrogas son los mismos que se encargan de su producción y distribución, como se puede evidenciar en Colombia y Venezuela, ambos países con importantes dirigentes salpicados por escándalos de tráfico de cocaína. El ámbito socioeconómico tampoco es alentador, pues la guerra contra las drogas ha perpetuado la pobreza y la desigualdad en la sociedad. Nada más en Estados Unidos, según la Agencia Federal de Prisiones, se estima que en 2020 el 46,2% de los reclusos fueron judicializados por crímenes relacionados con la compra y posesión de drogas, pero la mayoría de ellos son solo adictos, consumidores ocasionales o personas cuya necesidad económica es explotada por los carteles. Quizá el grave desgarro que la ofensiva antidrogas le está causando al tejido

social se expone más clara y crudamente en la declaración que John Ehrlichman, el consejero presidencial de Nixon, le dio a la revista *Harper's* en 1994:

> La Casa Blanca de Nixon tuvo dos enemigos: la izquierda antiguerra y la gente negra. ¿Entiendes lo que digo? Sabíamos que no podríamos hacer ilegal el estar en contra de la guerra o el ser negro, pero haciendo que el público general asociara a los hippies con la marihuana y a los negros con la heroína, y luego criminalizando estrictamente ambas sustancias, podríamos perturbar esas comunidades. Podríamos arrestar a sus líderes, allanar sus casas, desintegrar sus reuniones y vilipendiarlos noche tras noche en las noticias de las tardes. ¿Que si sabíamos que estábamos mintiendo acerca de las drogas? ¡Por supuesto que sabíamos!

La ceguera frente al pasado y la negligencia con el presente evidentemente traen consigo consecuencias negativas para el futuro, pues la estricta prohibición de las drogas ha limitado en gran medida su uso en estudios científicos y con ello ha retrasado, durante décadas, potenciales descubrimientos que podrían transformar la civilización por completo. En la psiquiatría, por ejemplo, varios estudios han indicado la increíble efectividad que el LSD, el MDMA o éxtasis, la psilocibina y el DMT podrían tener en el tratamiento de enfermedades mentales como adicciones crónicas, trastornos de estrés postraumático, depresión y ansiedad. Por otra parte, según el aclamado físico Roger

Penrose, experimentos mentales como el del famoso gato de Schrödinger reflejan que la mecánica cuántica parece haberse topado con que el mundo material regido por las leyes de la física está fuertemente influenciado por la conciencia, pero los mecanismos detrás de ello están lejos de ser entendidos porque no se tiene ni siquiera un esbozo de una teoría de la conciencia.

En síntesis, se puede decir que es imperioso detener la guerra contra las drogas no solo porque esta sea un fracaso total y esté fundamentada en el racismo, la corrupción y la belicosidad, sino también porque ha despreciado por completo una sabiduría ancestral que, de ser retomada y estudiada por la ciencia, podría propulsar enormemente el avance del ser humano hacia su próxima etapa evolutiva: el despertar de la conciencia.

# Eric Fabrizio Fuentes Rico

*12 de agosto de 1998*

Estudiante de último semestre de física y filosofía en la Universidad de los Andes. Llegó a estas carreras luego de leer *Guerra y paz* de Tolstói. Desde esas dos disciplinas explora las formas en que la humanidad ha visto nublado su entendimiento de la realidad cuando, para entender esta última, se ha recurrido exclusivamente o a la religión o a la ciencia, sin buscar una intersección. Se ve a sí mismo como un futuro investigador, siempre escribiendo.

ENSAYO

CATEGORÍA
JUVENIL

# Arte con sabor a historia

**María Isabel Sierra Cadavid**

*Girardota, Antioquia*

SEGUNDO LUGAR

Colombia es un país megadiverso, con gran cantidad de culturas y diferentes grupos étnicos. Esto se ve reflejado en la multiplicidad de artesanías y manualidades que hoy en día se han vuelto muy aclamadas en el mercado exterior y también en el nacional, las cuales adornan a las personas y decoran los hogares de miles de colombianos en todo el país. No hay que olvidar que para muchos indígenas, más que un ingreso económico, estos productos son maneras de plasmar relatos e historias.

El arte indígena colombiano, tanto en los accesorios como en las prendas de vestir, se destaca por poseer diseños coloridos, de patrones geométricos y tribales, que representan un pedacito de la cultura de los grupos indígenas. Para estos, las artesanías no simbolizan ostentosidad o exuberancia, sino una forma de contar, manifestar o

plasmar las historias de su pueblo, sus creencias, así como de seguir tradiciones sagradas y ancestrales. Igualmente, son una manera en la que personas de otras costumbres pueden llevar consigo un poco de la esencia de las tribus, algo que llega a convertirse para algunos en un trabajo en el cual les pagan por hacer lo que aman. Sin embargo, vale la pena preguntarse, ¿cómo se ha preservado esta herencia artística desde siglos pasados? ¿Cómo la simpleza de telas, texturas y bisutería se puede convertir en una forma de expresión? Desde épocas remotas, varias generaciones se han encargado de instruir intensa y meticulosamente a sus descendientes en el oficio que sus antepasados han ido perfeccionando por siglos; les tomó muchos años encontrar la armonía y equilibrio perfectos entre matices y tejidos. Así, pues, mi objetivo con este ensayo es proyectar un punto de vista más amplio sobre la importancia de apoyar la economía y los productos locales de los grupos nativos colombianos, y también exponer el modo en que estos salvaguardan aquel patrimonio.

Este trabajo, entonces, se dividirá en tres partes. La primera abrirá con una contextualización sobre cuáles son las principales artesanías que venden día a día las tribus indígenas y en dónde se manufacturan. En la segunda parte del texto enfatizaré en el significado sentimental que traen consigo dichas piezas, debido a que cada una lleva un sello histórico. Finalmente, hablaré de la importancia que tiene para las tribus indígenas el preservar sus tradiciones, no

solo en la actualidad, sino también para las generaciones futuras.

Existe actualmente una gran variedad de artesanías indígenas nacionales, las cuales son elaboradas con materiales que se encuentran fácilmente alrededor de los asentamientos de los grupos indígenas, como bambú, cuero, arcilla, metales preciosos y lana, originarios principalmente de los departamentos del Amazonas, Cauca, La Guajira y Nariño. Las habilidades y tradiciones desde las que se trabajan estos materiales pueden constatarse por toda Colombia. También es evidente que sus fabricaciones más importantes son sobre todo accesorios y prendas de vestir: las ruanas que protegen del frío; las mochilas, altamente conocidas y compradas por todo el país; las alpargatas, aquellos zapatos tejidos a mano; gran variedad de bisutería como collares, anillos, aretes y pulseras que resaltan por sus colores llamativos; los famosos sombreros vueltiaos, característicos por sus diseños tribales, y las piezas de cerámica y madera que decoran los hogares de miles de colombianos. Todos estos son fragmentos exquisitos de historia y siglos de técnicas perfeccionadas por sus ancestros.

Es importante comprender que para estas tribus los productos antes mencionados no son trozos de materia prima sin significado. De hecho, cada artesanía evidencia por sí misma leyendas no relatadas verbalmente por su pueblo. Son pedazos de historia, de miles de años plasmados en habilidad. Son tradición, perfección y narraciones que

cuentan alegrías, pero igualmente tristezas y dolores que afrontaron con el pasar del tiempo. De acuerdo con el abogado Louis Nizer, la persona que trabaja solo con sus manos es un artesano, pero quien le pone mente y corazón a lo que realiza es un verdadero artista. En otras palabras, los indígenas no solo crean a cambio de una recompensa material; en efecto, lo hacen con el principal objetivo de salvaguardar su sabiduría y conocimiento ancestral, es decir, forjan reliquias auténticas y originales, ninguna totalmente igual a las demás. Sus elaboraciones son símbolos de resiliencia y fortaleza que se remontan a aquellos linajes, tributos a quienes se sacrificaron por proteger las futuras generaciones, recuerdos de los que se encargaron de defender su integridad grupal. Simplemente arte.

Ahora bien, los indígenas colombianos son individuos que respetan y defienden fielmente sus ideales y costumbres, por lo que estas manualidades y creaciones son soberanamente protegidas por los nativos. Como se ha mencionado antes, no son solo materiales acomodados de manera equilibrada para lucir llamativos, sino que revelan sus convicciones. Por tal razón, para ellos es realmente importante preservar su huella nacional. En el mismo orden de ideas, estas creaciones son su identidad, su sello personal; son parte de su corazón tejido entre hilos y texturas; son un reflejo de su alma, adornado con colores y formas exóticas y geométricamente perfectas; son la manifestación de sus recuerdos y sentimientos, de sus pensamientos,

ideologías, emociones; son las mismas tribus materializadas en armonía.

En definitiva, se puede evidenciar que las artesanías indígenas son parte de las herencias más grandes, significativas, variadas y más hermosas de los nativos. No por nada son visiblemente demandadas por todos; han decorado miles de lugares en Colombia. Además, su belleza radica en el misterio de hallar entre sus trazos y relieves una historia jamás contada, sin olvidar la manera en que los miembros de estas comunidades las protegen con el objetivo de preservar y sostener su identidad y memoria histórica. Así mismo, la intención de este trabajo ha sido exponer la importancia de salvaguardar dicho patrimonio. Finalmente, considero que es relevante mencionar estos aspectos pues, aparte de ofrecer profundidad a un tema tan poco abordado, permite una mirada más crítica a quienes en realidad estamos colaborando y apoyando al dar a conocer la verdadera belleza de cada pieza elaborada por las manos de estas personas.

# María Isabel Sierra Cadavid

*15 de abril de 2005*

Observadora del mundo, inquieta y con la claridad de que su futuro está en la comunicación social o el periodismo. Estudiante de grado once para quien la escritura es un proceso esencial que permite comprender las cosas a profundidad, despejar la mente y manejar el estrés. Por eso escribe siempre, y para ello se nutre de toda clase de literatura, cine de terror y revistas científicas.

ENSAYO

CATEGORÍA
JUVENIL

# Luchar y morir en el intento

**María Alejandra Delgado Castañeda**

*Pasto, Nariño*

TERCER LUGAR

Una de las problemáticas que aquejan a nuestro país es la muerte de líderes sociales, tragedia que el politólogo Ariel Ávila explica con asertividad en su libro *¿Por qué los matan?* Precisamente en este texto se reflexionará no solo sobre la raíz de este problema sino sobre las motivaciones de quienes alzan su voz aun conociendo los factores de riesgo a los que se enfrentan. Para desarrollar esta propuesta, se hará una aproximación al término "líder social". Seguidamente, se realizará un análisis de las cifras que determinan, a la fecha, la cantidad de líderes asesinados en Colombia en diferentes períodos. Luego se presentarán los casos registrados por instituciones, que de algún modo permiten descubrir posibles responsables de los asesinatos. Finalmente, se hará una reflexión a modo de conclusión.

Para delimitar la temática es necesario definir el concepto de líder social. Ávila no ofrece en su libro una de-

finición específica. Sin embargo, desde la Comisión de la Verdad, el término se ha definido a partir de las propias palabras de los líderes sociales, como se muestra a continuación:

"Ser líder social es ser un vocero en pro del fortalecimiento y cuidado de nuestra cultura y territorio", dice Alfaro Díaz Aboní.

"Es ser la voz de aquellos que callan. Ser quien muchos admiran, pero que otros odian", dice María Perdomo.

"Es dejarlo todo por una comunidad, desprendiéndose de su familia e incluso de uno mismo", dice Julián Muñoz.

"Es defender la madre tierra porque ahí está toda nuestra cultura", dice Héctor Gañán.

"Es ser un superhéroe, un sobreviviente. La voz de los oprimidos", dice Giovanni Romaña.

Por tanto, un líder social es la voz de un pueblo que sufre; es aquel que, cansado de injusticias, malos tratos, violencia, irrespeto y abusos, decide denunciar estas irregularidades para mejorar la situación de la comunidad a la que representa. Lastimosamente, en cuanto una voz de estas emerge, surgen también personas y grupos que, al sentirse descubiertos, amenazan y asesinan a quienes se interponen en su camino.

En particular, según un informe presentado por el portal web Somos Defensores, desde 2002 hasta 2015 fueron asesinados 449 líderes sociales. Por su parte, la Defensoría del Pueblo menciona que entre 2016 y 2020 se perpe-

traron 753 asesinatos de líderes y 108 en lo que va de 2021. De acuerdo con el primer informe citado, la mayoría de los crímenes en 2020 ocurrieron en los departamentos de Cauca, Nariño, Chocó y Antioquia. Según el análisis, los casos van en aumento, pese a que el 7 de agosto de 2018 el presidente Iván Duque mencionó en su discurso de posesión que su plan de gobierno implementaría herramientas para que estos homicidios cesaran. No obstante, las cifras demuestran lo contrario.

Adicionalmente al incremento de asesinatos, la situación empeora pues no se encuentra a los responsables, lo cual hace que este delito quede impune. Por recordar algunos casos: Sonia Bisbicus, lideresa social del resguardo indígena Ñambí Piedra Verde, asesinada el 27 de julio de 2020 en Barbacoas, o Nelson Ramos, líder campesino de la vereda Yapura, municipio de Yacopí, Cundinamarca, asesinado frente a su comunidad y a su familia el 13 de octubre de 2020. En ambos casos, nadie proporcionó información que ayudara a esclarecer los hechos. Por otra parte, existen hipótesis que relacionan a los culpables con organizaciones, instituciones y personas que podrían verse afectadas con una denuncia (alcaldes, gobernadores, empleados estatales, empresarios, miembros de las Fuerzas Militares o de grupos al margen de la ley). Por ejemplo, según Indepaz, el caso del líder social Eliécer Sánchez, asesinado en Cúcuta el 21 de agosto de 2021, se atribuye a grupos alzados en armas, pues semanas antes

Sánchez había presentado una denuncia por amenazas recibidas de estos. A lo anterior se agrega una larga lista de víctimas. Por citar otro ejemplo, el caso de José Yimer Cartagena, quien en 2017 fue retenido y asesinado por el Clan del Golfo tras denunciar la plantación de coca en el Alto Sinú, en Córdoba.

Es lamentable que no se encuentren rastros de los responsables, lo que llevaría a pensar que quienes están detrás de estos actos podrían hacer parte del poder. Es sabido que los autores materiales no son los autores intelectuales, pues los segundos se valen de sicarios o grupos emergentes delincuenciales. Así, queda claro que los actores pueden ser estatales y que muchos optan por asesinar si una persona se interpone en sus intereses económicos personales. En Colombia, las denuncias en contra del narcotráfico, la explotación mineral y la malversación de fondos ponen en riesgo la vida y honra de aquellos que sueñan con un país mejor, aun con la certeza del riesgo y la zozobra de no saber si al día siguiente tendrán oportunidad alguna para luchar. A pesar de lo anterior, quien asume el rol de líder social tiene la convicción de actuar para salvaguardar los derechos de los demás, incluso a costa de la propia vida.

Tras leer el libro de Ávila y varios de los reportes de atroces asesinatos de líderes sociales, queda en mí el sinsabor de las muertes injustas y del dolor de cientos de familias que entregan a su ser amado a una patria que es

experta en el olvido. Me pregunto si al final vale la pena hacer parte de ese grupo de líderes sociales o continuar en la comodidad de mi hogar, sentada en una silla, provista de todo. Me pregunto si, antes de ser asesinado, el líder social dio por bien hecho ser la voz de un pueblo o si en su corazón se alojó el arrepentimiento, a lo que me respondo que vale más morir buscando un cambio que vivir bajo la indiferencia y el sinsentido. Los líderes que murieron supieron bien a qué se exponían y, posiblemente, eso los animó más, pues tal como lo expresó la hermana de José Yimer: "Él sabía los peligros que corría. Ya lo habían amenazado de muerte, pero decía que no podía dejar desamparadas a las comunidades. Y así fue: no las dejó, asumió el riesgo"... y lo mataron.

# María Alejandra Delgado Castañeda

*16 de mayo de 2005*

Estudiante de grado décimo de la Escuela Normal Superior de Pasto. Desea ser escritora para plasmar su propia visión sobre la realidad que la rodea, pues considera que la escritura es importante para pensar y expresar su pensamiento, sobre todo cuando en principio no logra manifestar una idea con su propia voz. Le preocupa la memoria de nuestro país frente a los hechos desafortunados que nos sumergen en un contexto de injusticia e impunidad. El papel de su colegio en la enseñanza de habilidades de lectura y escritura ha sido la clave para su formación, quizá tanto como la obra de Fernando Vallejo.

ENSAYO

CATEGORÍA
JUVENIL

# ¿Cuál es el estado de la animación en Colombia?

**Juan Paulo Ternera Moreno**

*Bogotá*

PRIMERA MENCIÓN

El mercado de la animación en Colombia no es precisamente grande. Ha llegado a tener exponentes como *El Profesor Súper O*, o las diferentes producciones de Señal Colombia, pero al menos en lo que respecta al contexto cinematográfico, el país no ha tenido un catálogo realmente extenso que hoy siga siendo recordado. A la vez, las producciones cinematográficas que cobran relevancia al momento de ser lanzadas se olvidan al poco tiempo de su estreno, pasan sin pena ni gloria, ni un interés por parte del público que de ahí en adelante las sostenga en el mercado. ¿Por qué pasa esto? ¿Se deberá acaso a una fuga de cerebros o a que el negocio puede resultar poco lucrativo? Vamos a sumergirnos un poco en el tema.

La historia de la animación en Colombia se remonta al siglo xx, con técnicas como el *stop motion* o el grabado en cinta. Las producciones que las emplearon en un inicio

nunca llegaron a ser realmente largometrajes sino más bien cortos pequeños que en su momento sirvieron para fomentar el nacionalismo en el país. No fue sino hasta 1960 que la animación en Colombia dio un giro más comercial con la llegada de la productora Corafilm al país, y poco después con la creación de Cinesistema. Según lo dicho por Juan Manuel Pedraza y Óscar Andrade en su artículo "Historia del cine de animación en Colombia (1926-2008)", entre finales de los setenta y principios de los ochenta las producciones de animación eran altamente solicitadas en el ámbito comercial y publicitario, por lo que aparecieron tres empresas que dominaron el mercado en Bogotá: las de Nelson Ramírez, Alberto Badal y Juan Manuel Agudelo. En 1972, Nelson Ramírez creó su propia productora de animación con la que buscaba saciar la creciente demanda de producciones animadas, ya fueran para el ámbito comercial o publicitario. Fue a partir de este período que la animación de autor comenzó a hacer presencia en la industria. Así surgieron obras como *Simón el bobito*, de Luis Enrique Castillo, o *Emanuela no tiene quien la escuche*, de Phillipe y Magdalena Massonat.

En "Historia del cine de animación en Colombia (1926-2008)" también se afirma que uno de los mayores exponentes para ese momento fue Fernando Laverde, quien "después de un viaje a España luego de experimentar con animación cuadro a cuadro, e inspirado en las películas de Jiří Trnka, llegó al país decidido a crear historias

audiovisuales animadas". De esta manera, Laverde creó cortos como *En el país de Bella Flor*, *La cosecha*, *Un planeta llamado Tierra*, etc.

Pedraza y Andrade también mencionan en su investigación que, en 1978, "Fernando Laverde realizó el primer largometraje animado colombiano: *La pobre viejecita*", que recibió el Premio Colcultura al Mejor Largometraje Nacional de ese mismo año. En 1982 vería la luz otra película de Laverde, *Cristóbal Colón: valiente, terco y soñador*, la cual fue "muy apreciada por el público infantil y de gran complejidad", señalan los autores. La misma ganó el Premio Coral a la mejor película de animación del IV Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano en La Habana, en 1983, y el Premio de la Asociación de Artesanos de Tashkent, Festival de Cine de la Unión Soviética, en 1984. La tercera película del realizador colombiano, *Martín Fierro*, fue producida tanto en Argentina como en Cuba. En ella se procuró, en la medida de lo posible, respetar el contenido del libro y la identidad argentina. Así, la obra de Fernando Laverde es, al decir de Pedraza y Andrade, "reconocida en el mundo y su espíritu de trabajo ha sido fuente de inspiración para nuevos creadores a través del tiempo".

Llegados a este punto se puede afirmar, con toda seguridad, que la animación en Colombia sí que fue y sigue contando con un mercado importante, pero es entonces cuando nace una pregunta: ¿por qué actualmente no hay grandes producciones de animación hechas en Colombia

que llamen la atención en el exterior? Si bien no hay una razón puntual a la cual señalar, hay varios puntos de vista. El director colombiano Jairo Carrillo sugiere que la animación en Colombia "va a depender de las convocatorias del Estado porque el sector privado invierte muy poco en lograr visibilidad dentro de los canales internacionales y en plataformas como Netflix". Por otra parte, Tatiana Espitia López, directora de arte, opina que "en Colombia debería hacerse mucha más producción animada". Marcela Rincón, directora y cineasta colombiana, establece tres grandes retos que la animación en Colombia debe asumir: el establecimiento de centros de aprendizaje especializados en el tema, una mayor disponibilidad de recursos a la hora de llevar a cabo estas producciones, y facilidad a la hora de exponer las obras al público, pues la cuota de pantalla es prácticamente inexistente para estas. La animación en Colombia cuenta con un potencial evidenciable en los sucesivos intentos por catapultarse a las grandes pantallas, pero la falta de facilidades, visibilidad, e incluso en algunos casos de apoyo, terminan resultando factores negativos y determinantes para esta pequeña industria.

De manera que, desde mi punto de vista, en Colombia la animación debería enfocarse en tres acciones, si lo que busca es alcanzar visibilidad internacional. En primer lugar, que los estilos de animación sean mucho más llamativos al ojo público, pues algo de lo que sufren las producciones de animación colombianas es que visualmente llegan

a ser planas, sin atractivo visual real, y solamente logran atraer a los curiosos. En segundo lugar, las producciones colombianas deben arriesgarse más con tramas creativas y novedosas; la animación nacional (y en general los medios audiovisuales) parece verse estancada alrededor de tres tropos: situaciones actuales del país, sucesos históricos y la vida diaria del colombiano en situaciones cómicas. Finalmente, como tercer punto, se necesita apoyo estatal para que esta clase de proyectos vea un futuro en el extranjero. Como ya se ha establecido en este ensayo, en Colombia no hay ni escuelas especializadas en el área, ni herramientas que faciliten hacerle saber al público de la existencia de estas obras.

# Juan Paulo Ternera Moreno

*4 de septiembre de 2003*

Cursa grado décimo. Ante la preocupación por la falta de escuelas de formación y apoyo a la animación en Colombia, se ha decidido a estudiar esta carrera. Desde pequeño es lector y escritor, y recuerda que la afición por los libros surgió de un momento de aburrimiento en su infancia. Le gustan los relatos inspirados en el país. Piensa en la escritura como una actividad que fomenta el pensamiento y como el medio de expresión más accesible.

ENSAYO

CATEGORÍA JUVENIL

# Maestros del siglo XX que enseñan contenidos del siglo XIX a estudiantes del siglo XXI

**Andrea Manuela Montaño Vergel**

*Guamalito, El Carmen, Norte de Santander*

SEGUNDA MENCIÓN

¿Educación? ¿Podemos llamar de tal manera a tan complejo proceso? Te invito a ti, señora lectora o señor lector, a que antes de abordar este tema te preguntes: ¿cuenta Colombia con un sistema educativo de alta calidad? La pregunta es extremadamente directa, ya que en esta ocasión hablaremos sobre aspectos cruciales para nuestra amada Colombia y su sistema de enseñanza. Empecemos diciendo que las respuestas a la pregunta anterior pueden ser múltiples. Sería muy difícil calificar un sistema educativo que se ha construido a retazos. Iniciemos con un poco de contexto. Todo ha avanzado con el paso del tiempo. Esto se debe a que venimos de una época en la que nuestras ideas fueron ilustradas e inspiradas en ese retorno o trascendencia de lo común a lo nuevo, en la modificación o el mejoramiento de las relaciones sociales, económicas, culturales, políticas, o

de los ideales de razonamiento; se pasó de una era basada en el conformismo o desinterés hacia las habilidades humanas, a otra en que se dio un proceso de transformación e intriga por el conocimiento.

Acontecimientos como la Revolución francesa, la Revolución Industrial o la Ilustración dieron ese impulso que llevó completamente a la sociedad mundial a darse cuenta de que lo común era aburrido e incompleto y que necesitaba un poco de los cuestionamientos humanos. Avances tecnológicos, teorías científicas, nuevos métodos de conocimiento, supervivencia, economía y desarrollo industrial permitieron ese paso de un ambiente de costumbre e ignorancia a uno en el que se desarrolló audacia, viveza e interés por creaciones o beneficios futuros.

Con lo mencionado anteriormente, además de recordar importantes situaciones que marcaron el desarrollo humano, quiero expresar que, así como todos estos sucesos influyeron en aspectos sociales o de vida, la educación no debe quedarse atrás. Los jóvenes somos el futuro del mundo, por eso las nuevas generaciones también requieren de una transición educativa que sea más dinámica y en la que se tengan en cuenta sus actitudes, inquietudes y ganas de explorar. Muchas personas no estarán de acuerdo con lo plasmado en las líneas anteriores, se negarán al cambio y mantendrán una actitud conservadora porque para ellas es lo más correcto. Aun así me gustaría proponerles a dichas personas que se tomen el tiempo para pensar, reflexionar

y analizar si la metodología de que los alumnos permanezcan sentados por casi seis horas diarias escuchando a una persona ubicada al frente, junto a una pizarra y libros llenos de contenidos, dictando de forma mecánica temas que dichos estudiantes deben memorizar para luego evaluarlos teóricamente y no como seres competentes, ha cambiado tan solo un poco. Les pregunto entonces: ¿el método de enseñanza es distinto ahora? Con total seguridad respondo lo siguiente: ¡en lo absoluto! Nada ha cambiado, todo permanece igual desde los primeros eventos en los que la educación fue implementada.

Para medir la educación en Colombia se han utilizado los resultados del Instituto Colombiano para la Evaluación de la Educación (Icfes) y recientemente las pruebas Saber, pero estas mediciones no determinan la formación integral ni la creatividad e innovación del estudiantado, ya que no todos tenemos las mismas destrezas. Si juzgamos a un pez por su habilidad para trepar árboles, vivirá toda su vida creyendo que es un inútil. No lo digo yo, lo dijo el mismísimo Albert Einstein.

Se pretende valorar el éxito de un estudiante mediante tests de múltiples preguntas y respuestas, pero el mismo creador de estos, Frederick J. Kelly, dijo que estaban poco desarrollados y deberían abandonarse.

Pero bien les digo: no se preocupen por nuestra generación, sabemos cómo despejar X. Puede que no sepamos cómo cambiar una llanta, hacer un cheque o incluso

comprar una casa, pero sabemos despejar X, escribir un ensayo en 40 minutos y que Cristóbal Colón descubrió América en 1492. Sin embargo, no sabemos cómo pagar los impuestos o cómo hacer una hoja de vida. Ni siquiera sabemos qué significa una validación crediticia. Entonces, ¿qué nos están enseñando realmente?

Me indican cómo memorizar, recitar para después olvidar. Me enseñan que su clase es más importante que mi salud mental. Me enseñan cómo funcionar con tan solo dos horas de sueño porque estuve toda la noche despierta haciendo un trabajo que me fue asignado, el cual, en el peor de los casos, no será revisado ni un poco. ¿Así es que realmente quieren que aprendamos? Nos están enseñando a odiar lo que más queremos amar: aprender, porque la escuela ya no se trata de eso sino de obtener unas simples calificaciones.

Dado esto, la educación de hoy debe replantear sus prácticas pedagógicas y asumir la responsabilidad que tiene con los jóvenes, porque si no nos educan, qué podemos esperar de nuestro futuro en la participación ciudadana, en el prevalecimiento de mejores relaciones sociales o en la misma prosperidad y crecimiento del país. Cabe resaltar que existen componentes más álgidos para la construcción de aprendizajes novedosos, como la actitud creativa del docente, las didácticas innovadoras, la edición y aplicación de nuevas estrategias didácticas. Así, la clave sería romper con los paradigmas tradicionales y alcanzar una transformación provechosa.

Otro aspecto que juega un papel superimportante en dicho proceso es la familia, al construir las bases con las que el alumno puede desarrollarse según su personalidad y su comportamiento social, aplicando el interés requerido para afianzar tales conocimientos. Como siempre digo: la familia debe educar para que la escuela pueda enseñar. Todo es un complemento, todo funciona en conjunto, con trabajo en equipo y esfuerzo.

Desde esa perspectiva, vale la pena apoyar la posibilidad de que las escuelas colombianas dediquen más horas a la enseñanza de la creatividad con el fin de alcanzar un desarrollo sustentable que proporcione bases a las nuevas generaciones, para que en el futuro estas mejoren las condiciones sociales y culturales de nuestro país, de nuestra vida y de nuestro mundo. Las estadísticas dicen que los estudiantes somos el 20% de la población mundial, pero estoy segura de que somos el 100% del futuro de la humanidad.

# Andrea Manuela Montaño Vergel

*9 de septiembre de 2004*

Es estudiante de grado once y quiere ser ingeniera química. Escribe por pasión y lee de todo, le gustan en particular los libros con historias que la hagan sufrir. También frecuenta textos sobre política y columnas de opinión. En su formación, reconoce a los buenos profesores, así como las lecturas que su madre le proponía desde niña. Cree que es importante que los demás conozcan el propio punto de vista y por eso recomienda no temerle a escribir.

ENSAYO

CATEGORÍA JUVENIL

# Sequía juvenil colombiana en política

**Sara Sofía Rivera Sanabria**

*Bogotá*

TERCERA MENCIÓN

*Si ustedes los jóvenes no asumen la dirección de su propio país, nadie va a venir a salvárselo. ¡Nadie!*

JAIME GARZÓN

En el instante en que el ser humano se asoció con sus semejantes para vivir en comunidad nació la política. Es un servicio social que está ahí a disposición de los ciudadanos con el fin de aumentar su calidad de vida, y aun así, muchos jóvenes colombianos no son partícipes de esta práctica. ¿Por qué los jóvenes no están decidiendo quién los representa? ¿Es acaso una cuestión de escaso sentido de pertenencia? Es pertinente formular estas preguntas para poder descifrar lo que aqueja a la juventud y así mismo hacer frente a esto.

En primera instancia, volverse un miembro legítimo de la política, cuyo aporte sea significativo, vigente y

cuantificable, es difícil hoy en día. A menudo no se facilitan los medios para que los jóvenes se eduquen y así puedan alzar su voz, expresar sus preocupaciones y fomentar el debate. La información más consultada es la que tiene mayor éxito en las redes, lo que es contraproducente, pues este material no es del todo fiable; además, muchas veces hasta insulta la inteligencia del pueblo. Ante esto, Daniel Botello, politólogo con una maestría en ciudad y urbanismo, ha explicado que, de cualquier forma, estas redes son un elemento central al facilitar el acceso inmediato a la agenda pública, permitir el conocimiento de múltiples fuentes para formar una opinión plural y amplificar mensajes sin contar con grandes plataformas.

Es palpable la desconfianza hacia el Estado y sus instituciones por parte de la juventud; tanto así que, según el informe de Latinobarómetro de 2018, en Colombia solo tres de cada diez jóvenes creen que a los gobernantes les interesan sus opiniones y necesidades, y siete de cada diez desconfían de las elecciones democráticas. Una de las razones de esto es que, de acuerdo con un artículo de la Universidad del Rosario publicado en 2015, en el país se ha manifestado durante los últimos tiempos electorales un avance desinformativo que genera la polarización política, lo cual indica que los medios de comunicación necesitan un reordenamiento de sus propósitos. Los patrones de abstención en participación política no desaparecen tan fácilmente y esta situación de desinterés en la política tiende a repetirse

con el paso de los años, mandato tras mandato. Una consecuencia muy importante que produce esta abstención es la noción de un aparente conformismo de la juventud. Muchos no se molestan en cuestionar al gobierno de turno, lo que se traduce en sometimiento; sí que menos en realizar una introspección sobre su rol como ciudadanos juveniles, ya sea activos o inactivos, debido a que los jóvenes no cuentan con una plataforma para ser escuchados y tomar la iniciativa. Por eso creen que su aporte no es válido ni tomado en cuenta.

A pesar de que las estadísticas sugieren un desánimo por parte de la juventud para participar políticamente, es vital recordar que hay mecanismos informales de participación democrática en los que ellos son los protagonistas. Un ejemplo de acto de protesta pacífica liderado por jóvenes en el marco de manifestaciones es el movimiento estudiantil y juvenil. Según la economista y politóloga Jaina Pereyra,

> Los jóvenes no son un grupo homogéneo del que se pueda hablar en términos generales. Es decir, la edad no es un factor de cohesión suficiente como para establecer homogeneidad en un grupo, sino que el entorno propio de cada uno de los jóvenes define en gran medida sus intereses y sus oportunidades.

Para fomentar esa participación formal se necesita entender esta lógica. Y es que, según Blanca Cardona, gerente nacional de gobernabilidad democrática del Programa

de las Naciones Unidas para el Desarrollo en Colombia (PNUD), la ciudadanía joven está posicionando agendas muy contundentes frente a temas de índole global como el cambio climático. De la misma manera, luchan por los derechos que se han ido ganando, entre estos el del acceso a la educación. Tales causas son muy valoradas por esta población, así reconozcan que el efecto de sus manifestaciones sea efímero.

La verdad es que la agenda política está clamando por auxilio y es de una importancia inefable que los jóvenes se involucren de manera significativa en la política colombiana. Para 2020, el DANE estimaba que el 25% de la población total colombiana estaba conformada por hombres y mujeres entre los 14 y los 28 años. Esto tendría que ser suficiente para que el Estado se propusiera formular más iniciativas y nuevos métodos acordes con el objetivo de extender una invitación al desenvolvimiento juvenil en la praxis política. Bien pueden ser anticuadas las etiquetas y obsoletas las líneas ideológicas, pero la negociación nunca será inútil.

Por otro lado, se podría decir que se presenta una ambigüedad en el comportamiento de los jóvenes, pues ellos luchan por causas sociales que les apasionan, pero a menudo no se reconocen como un grupo sujeto de derechos y deberes cívicos. Ante esto, su primera tarea sería interiorizar el hecho de que siempre estarán en posición de ejercer sus derechos, elegir su gobierno y decidir sobre asuntos de

interés público tales como la deserción escolar, la maternidad y la paternidad tempranas y el desempleo.

La segunda tarea de los jóvenes es afrontar la yuxtaposición del rol que ocupan en el presente, en su contexto, y su privilegio con respecto a las necesidades de los más desafortunados. Así podrían dar la primera zancada hacia un futuro más progresista, que sea inclusivo y favorezca el avance gradual en cada uno de los aspectos de la sociedad.

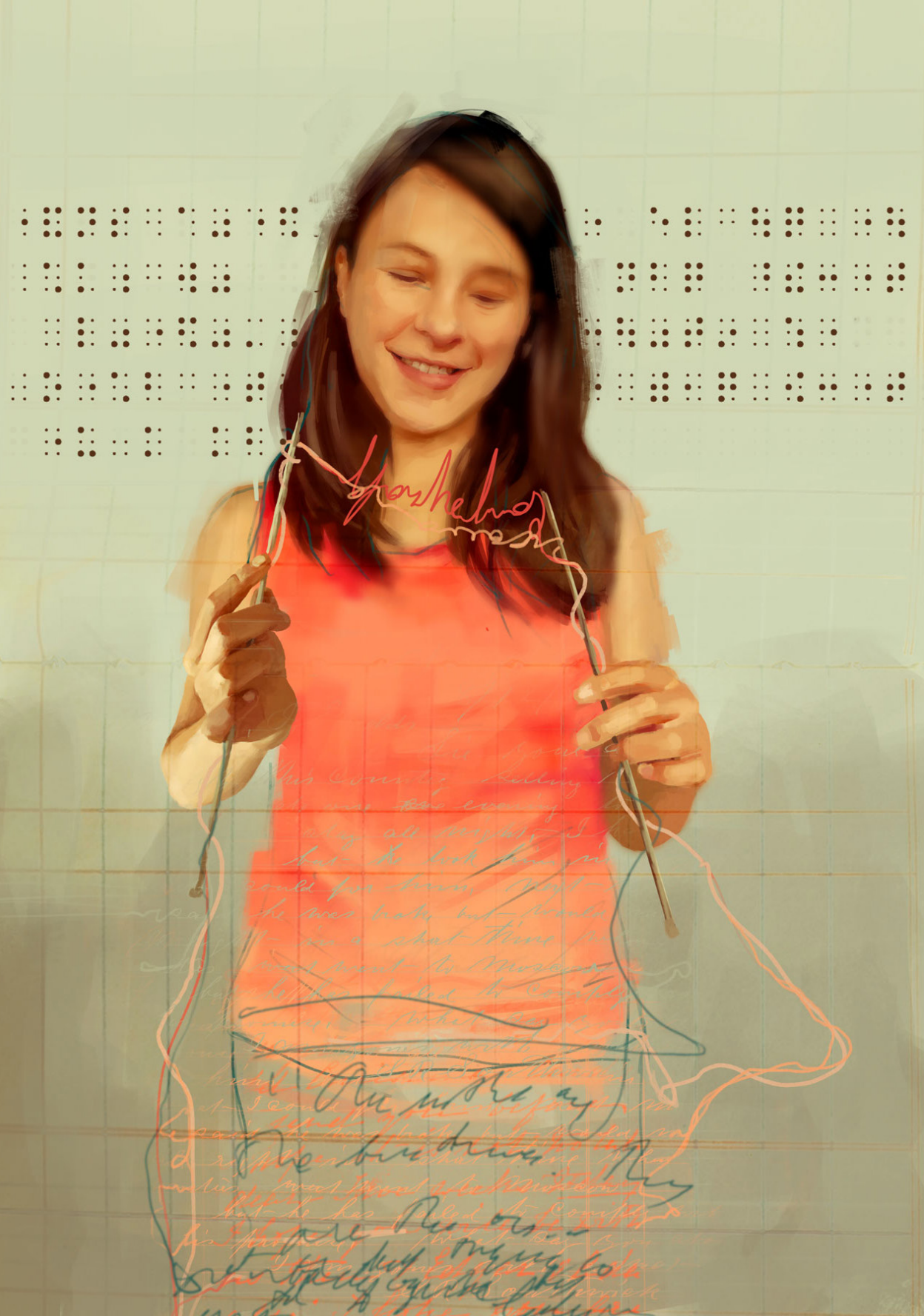
Finalmente, la tercera tarea es entender su capacidad de transformar y crear nuevas relaciones de poder, representación y participación, y de cambiar dinámicas sociales que han sido permisivas, todo ello para el bienestar del país.

¡Colombia, es hora de apoyar a los líderes de la juventud!

# Sara Sofía Rivera Sanabria

*5 de septiembre de 2005*

Cursa grado décimo. Piensa que estudiará ciencias de la computación y entiende la escritura como un complemento en su desarrollo pues le permite aportar un punto de vista, ejercitar su mente, sobrellevar la fatiga mental y ser mejor para argumentar y negociar. Ante la dificultad para entender nuestra cultura política, decidió explicarla a través de la escritura. Escribe ensayos y artículos de opinión, y en ese proceso ha sido importante su profesora de filosofía.



# Ensayo

## Categoría adultos

ENSAYO

CATEGORÍA
ADULTOS

# La resistencia de la cocina sinuana en un contexto rural de violencia:

## el caso de la vereda La Mugrosa de San Juan de Urabá

**Iván Graciano Morelo Ruiz**

*San Juan de Urabá, Antioquia*

PRIMER LUGAR

El fenómeno de la violencia en Colombia ha tocado con su mano negra y trágica distintos ámbitos de la vida de las comunidades rurales: la religión, la economía, las relaciones sociales y la alimentación, entre otros. La antropología ha registrado las diferentes maneras en que las sociedades, complejas y simples, han hecho frente –o han resistido– al constante acoso de la violencia en el seno de su cultura. Una de estas formas es la cocina, alrededor de la cual se cohesionan las comunidades para enfrentar tiempos de crisis social. En este sentido, afirma el antropólogo colombiano Ramiro Delgado: la comida es un amplio espacio de significados amarrados a nuestra historia social. La vereda La Mugrosa, en el municipio de San Juan de Urabá, ha sido sometida, desde la década de los ochenta, a una historia trágica de violencia armada que ha sabido encarar con el poder –simbólico y ritualista– de la cocina tradicional sinuana.

Los campesinos de La Mugrosa pertenecen a la cultura sinuana, y están asentados en el extremo noroccidental de

la región Caribe colombiana, entre Córdoba y Antioquia. Fueron ocupando dichas tierras a lo largo de la primera mitad del siglo xx, provenientes de los departamentos de Córdoba, Bolívar, Magdalena y Sucre. A La Mugrosa llegaron desplazados por la violencia desatada contra ellos en dichos departamentos. Pero hasta allí los persiguió otra (¿o la misma?) violencia. En la década de los noventa, la vereda fue asediada por grupos armados ilegales que sometieron a sus pobladores a un exterminio sistemático: asesinatos, viviendas y cultivos quemados, violaciones de mujeres y desplazamiento forzado desestabilizaron profundamente la estructura social. En medio de esta situación apocalíptica, los campesinos decidieron resistir uniéndose alrededor de la cocina ancestral. Las cocineras tradicionales de la comunidad empuñaron sus calderos como escudos sagrados contra la muerte y la desolación: sabían que la cocina legada por sus ancestros poseía el don de fortalecer lazos afectivos y espirituales, reanimar el alma y restablecer la salud quebrantada. Sus deliciosos platillos también eran símbolos de lucha, esperanza, valor y amor. La memoria histórica y cultural estaba escrita en los sabores, texturas, aromas y colores de sus preparaciones. Las palabras del antropólogo francés Claude Lévi-Strauss no podrían ser más contundentes al respecto: "La cocina de una sociedad es un lenguaje en el que esta última traduce inconscientemente su estructura". La cocina es, pues, un libro de sabores y saberes de una cultura;

en ella se organiza toda una estructura que rige la vida social e histórica.

Quienes se encargan de conservar con amor la memoria histórica y cultural a través de la cocina, así como de reproducirla y perpetuarla, son las mujeres, principalmente las sabias abuelas, quienes enseñan lúdicamente a sus nietos –y hasta a niños vecinos– las prácticas y saberes asociados al mundo de la comida. Son ellas verdaderas guardianas de los saberes y sabores ancestrales; han retomado las recetas tradicionales para prepararlas y compartirlas con los vecinos, lo que ha generado asombro y admiración entre los niños y jóvenes. Así, las abuelas reúnen a sus nietos en el patio, junto al fogón de leña, y comienzan a cocinar mientras van narrándoles historias de su pueblo, sus antepasados y su presente. Los niños, entonces, intervienen en la preparación de distintas maneras: cargando el agua, recolectando ajíes o pelando el coco y el ñame, entre otras actividades. Hasta que, entre chistes, cantos, alegría (pese a la tristeza que los oprime), preguntas e historias, va quedando listo el plato. Y la memoria, convertida en olores, sabores, colores, palabra y cantos, se va dibujando indeleblemente en la estructura mental y cultural de los niños y jóvenes sinuanos de La Mugrosa.

Entre los platos preparados para ritualizar el dolor causado por la violencia armada en la vereda están, principalmente, los dulces de papaya, mango, badea, guayaba y el tradicional mongo mongo, elaborado a base de plátano maduro y varias especias. Este delicioso y complejo plato

ancestral se suele preparar sobre todo en época de Semana Santa. Hace un par de décadas, durante los días en que el dolor atenazaba con fuerza los cuerpos, para endulzar un poco la pena se ofrecía mongo mongo acompañado de café colado en los frecuentes velorios, en los cuales se conversaba, entre otros temas, sobre comida; se cantaba para ayudar a sanar las hondas heridas dejadas por la violencia en la palabra, en la historia, en la mirada. Otro ingrediente infaltable en la mesa sinuana, por ese tiempo, era el ají criollo. Con el ají se preparaba gran cantidad de platos, y es de resaltar, entre ellos, la sopa de gallo de ají con carne salada y ñame ñampí, la cual es roja, espesa, altamente alimenticia y curativa, con un marcado sabor (y una evocación) a historia y monte. En el pañol de las casas siempre se encontraban ñames, cocos, yuca y ají; los atados de arroz guindaban del techo, la carne salada de cerdo colgaba sobre el fogón de leña y las amorosas manos de la mujer sinuana, cocinera de dioses, hacían con esos humildes ingredientes poesía terrígena para comer; alimento de la sangre, el espíritu y la cultura. En medio de la precariedad, el miedo y el terror dominando el ambiente, se iluminaban las casas con la abundancia del amor y los afectos entre familias de la vereda. El centro de la mesa era un altar de comunión familiar adornado con la deliciosa sopa de gallo de ají con carne salada, cuyo rojo intenso simbolizaba el amor y la sangre que resisten y que unen las generaciones de campesinos alrededor de la mesa sinuana.

# Iván Graciano Morelo Ruiz

*25 de noviembre de 1967*

Docente, poeta, cuentista, tallerista e investigador. Lleva diez años trabajando sobre la violencia, el conflicto y el desplazamiento en su tierra de origen. De allí ha surgido un libro del que este ensayo será parte. Cuenta con varios reconocimientos como escritor y artista. En 2020 obtuvo el Premio Nacional de Poesía de la Casa Silva y la Beca para la Publicación de Obra Inédita del Ministerio de Cultura, solo para mencionar los más recientes. Es reconocido también por su obra plástica, en el ámbito regional. Afirma tener siempre a la mano libros de Alfredo Molano y Antonio Caballero.

ENSAYO

CATEGORÍA
ADULTOS

# Las mujeres del Alto Baudó:

## palabras para ahuyentar el miedo

**Nicolás Javier Corena Guerra**

*Lorica, Córdoba*

SEGUNDO LUGAR

En el Alto Baudó, el huracán de la violencia arrebata las palabras a las personas y esparce su tétrica atmósfera de pánico, desolación e impotencia. Abre heridas en el alma colectiva de sus pobladores, corroe el sentido de apropiación de la cultura y la tierra, subestima el esfuerzo ancestral de años invertidos en la construcción del territorio y en la convivencia con el medio natural, y desajusta el tejido social. La armonía sucumbe ante las intenciones macabras de acumulación de riquezas por encima del sagrado derecho a la vida. Este pueblo del Chocó, paraje del gran paisaje geográfico del Pacífico, es una muestra de la historia de las masacres en Colombia, caracterizada por episodios de violencia política, narcotráfico y otros conflictos que derivan de distintas tendencias e intereses y que aún recorren la memoria. Todo ello, conjugado con las condiciones de precariedad material, incide en el incremento de la vulnerabilidad económica y social en la que cotidianamente se debaten sus habitantes.

Esta comunidad del valle del río Baudó tiene, según datos del DANE, una de las más altas tasas de pobreza multidimensional de Colombia, con 90,6% en 2018, solo por debajo de Uribia, en La Guajira, con 92,2%, y Cumaribo, en el Vichada, con 91,4%. Las cifras contrastan con las de municipios donde se presenta menor incidencia, a saber: Sabaneta con 4,5% y Envigado con 4,9%, en Antioquia, y Chía, en Cundinamarca, con 6,7%. Es una brecha aterradora si se tiene en cuenta que la metodología utilizada para esta medición incluye variables fundamentales asociadas a la calidad de vida de las familias: condiciones educativas, bienestar de la infancia y la juventud, salud, vivienda, trabajo y acceso a servicios públicos domiciliarios. En el caso del Chocó, el resultado de la medición de estas variables, que para 2019 fue de 42,3%, es un reflejo de la desafortunada ubicación de este departamento en el mapa del olvido y la corrupción.

Es insultante que muchas comunidades padezcan el aislamiento geográfico y, con esto, la exclusión del desarrollo tecnológico e intelectual del país. De hecho, en los hogares del Alto Baudó observamos un alto porcentaje en el indicador de analfabetismo, que según información del DANE correspondiente a 2018 fue de 47%. Este abismo, presente en un tema tan trascendente para el desarrollo, disminuye las oportunidades de ascenso hacia una mejor vida y, lo peor, al volverse costumbre, se naturaliza como si se tratara de algo irremediable, lo cual, tristemente, puede engendrar

espíritus resignados y mentalidades pasivas, proclives a una existencia miserable.

Los habitantes de esta zona del país, indígenas y afrodescendientes, sufren los rigores de una violencia que, de acuerdo con la Defensoría del Pueblo, provocó en 2020 la incorporación de 28.509 personas, equivalentes a 8.192 familias, al doloroso inventario de víctimas de desplazamiento forzado, resultado de circunstancias violentas relacionadas con el conflicto armado. La principal causa de este fenómeno, que parece no tener fin, son los enfrentamientos entre grupos ilegales, en constante disputa por el control del territorio, que a su vez derivan en otros delitos: amenazas, hostigamientos, homicidios, violencia sexual, siembra de minas antipersona, secuestros, desapariciones y reclutamiento forzado, sin olvidar la estigmatización, la cual opera como una funesta carimba de muerte.

En el valle del Baudó, las mujeres hacen trizas la mordaza del silencio, no temen a los secuestradores de la vida y las palabras. Son indígenas de comunidades rurales que buscan con todo su coraje liberar las palabras para ahuyentar el miedo con diversas consignas: "La tierra también muere", "Tierra sin armas", "Gobierno, ayuda", "Paz y libertad"... Desenfundan su valor y recuperan la dignidad del terruño frente a las cámaras de televisión que registran sus manifestaciones pacíficas y graban testimonios, dejando constancia del temor que los hombres y mujeres de su comunidad han empezado a sentir por la macabra violencia que los

azota. Y con ellas llegan niños y niñas impregnados de ingenuidad que traen también mensajes para implorar al secuestrador de palabras: "No más muertes de inocentes, no más guerra en los pueblos indígenas". En sus pancartas de cartulina recrean el sueño de sus mayores: "Paz y libertad".

Las luchas de las heroicas mujeres del Alto Baudó son una extensión del arrojo histórico de sujetos femeninos en el conflicto, seres humanos que protestan después de soportar en el silencio los horrores de la criminalidad. Evoquemos a las valerosas damas de Soacha, quienes aún denuncian la más desgarradora vileza de los depredadores de la paz, cazadores feroces de seres humanos inocentes cuyas vidas fueron aniquiladas a cambio de un botín de recompensa dentro de una miserable campaña que empieza a escribirse en la página de las más grandes infamias de este país. Las gestas de las indígenas del Chocó son también una prolongación del carácter de las mujeres de Bojayá, cuyo canto por la paz ha sembrado en la memoria de la nación la esperanza de que la vida puede germinar a través del perdón, a pesar de pensamientos diversos e ideologías opuestas.

Mientras los hombres del Alto Baudó enmudecen frente al monstruo secuestrador de palabras, las mujeres aparecen con sus clamores de paz, en un acto de catarsis contra el miedo. Son manifestaciones que corren el riesgo de evaporarse sin que las acciones bestiales se detengan. No obstante, permiten soñar con un país que puede ser distinto,

en donde reine la palabra decente y civilizada, así como la apertura al diálogo. Por supuesto que no se trata de delirar con el surgimiento súbito de un *locus amoenus*; no se desconoce que el tamaño de la crueldad, el desprecio por la existencia de la maravilla humana y la demencia del verdugo generan escepticismo colectivo. Sin embargo, no se deben perder de vista el referente de lucha pacífica y el mensaje de reconciliación de las valientes mujeres del Alto Baudó, Soacha y Bojayá, cuyas persistentes reivindicaciones se sostienen con el empleo inteligente de la palabra y no con las acciones desquiciadas de la barbarie.

# Nicolás Javier Corena Guerra

*16 de diciembre de 1963*

Docente de español y literatura en la Institución Educativa El Rodeo, así como en la Universidad de Córdoba. Escribe crónicas y ensayos. Disciplinado en la escritura, hace circular buena parte de sus obras entre amigos de la universidad, compañeros de tertulia en Lorica y entre sus estudiantes. De este modo reconoce sus errores y aciertos. Es lector de Fernando Cruz Kronfly, Juan Esteban Constaín, William Ospina, Estanislao Zuleta y Alberto Salcedo Ramos, a quienes considera sus maestros.

ENSAYO

CATEGORÍA
ADULTOS

# Los lirios del campo y las aves del cielo:

## Kierkegaard y la filosofía zen

**Julián Esteban González Guzmán**

*Cartago, Valle*

TERCER LUGAR

No son nuevos los caminos que buscan establecer puentes entre Oriente y Occidente. Ya la escuela de Kioto, desde principios del siglo xx, perseguía, con las elucidaciones del maestro Eckhart, la misma dirección de la enseñanza zen. Comprender el cristianismo y el budismo como un solo cauce es un reto que se ha desplegado desde hace más de cien años. Los esfuerzos aquí presentados no serán diferentes pues, a pesar de la pasión kierkegaardiana y sus constantes posiciones críticas del paganismo, creo que se pueden encontrar pequeños puntos en común, pequeñas laderas donde los extremos se encuentran por un instante. Porque aún es verdad que el cristianismo y el budismo son las cimas de dos montañas al final de un valle.

El punto en que ambas doctrinas se entrecruzan puede hallarse en el conocido Evangelio de san Mateo, que nos invita a observar los lirios del campo y las aves del cielo. El objetivo es tematizar lo que Kierkegaard entiende con este evangelio, y comparar su refinada reflexión con

las enseñanzas del budismo zen. Veamos un fragmento importante de este texto:

> Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros con sus preocupaciones puede añadir a su estatura un solo codo? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Mirad los lirios del campo, cómo crecen: no se fatigan ni hilan. Pues yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. (6: 24-34)

Según Kierkegaard, este evangelio encierra una peculiaridad: está dirigido a los afligidos. Esto dice mucho del mismo texto pues usualmente el que tiene una pena, cuanto más honda y duraderamente le penetre en el alma, más tentado estará a no querer, por impaciencia, escuchar discursos humanos sobre el consuelo y la esperanza. Quizá el apenado no tenga razón, quizá sea demasiado impaciente al antojársele que ninguna persona es capaz de disuadirlo de su pena. Pero es un hecho: el dichoso no le comprende, el fuerte aparenta consolarlo cuando en realidad se le impone, y en el afligido aumenta la miseria que escuchan sus oídos.

Por ello Kierkegaard nos remite a dos simples maestros: los lirios del campo y las aves del cielo. Con ellos no es posible ninguna incomprensión, pues son incapaces de discurso; son maestros baratos pues no se les puede pagar

con dinero. El lirio, por muy abundante que sea su sustento, no coteja su bienestar con la pobreza de ninguno; por muy sosegado que esté en toda su hermosura, no se compara ni con Salomón en el esplendor de su gloria, ni con el más desgraciado de todos. Y aunque el pájaro se remonte ágil hasta las nubes, no coteja su ligero vuelo con la pesada marcha del afligido; ni siquiera amontona un grano en los graneros, pero es más rico que quien los tiene repletos, no compara su rica independencia con la situación del miserable.

Allí donde el lirio florece bello –sobre el campo–, allí donde el pájaro habita en libertad –en el cielo–, reina un silencio ininterrumpido, no hay nadie presente y se pude sentir cómo todo se hila sin queja ni resentimiento alguno. Ellos viven sin preocupación. A pesar de que el pájaro no tenga hogar y su migración constante le obligue a olvidar muchas veces su sustento, él no tiene la necesidad de sembrar ni de recoger su comida en graneros. Y aunque el lirio, en toda su fragilidad, tenga que soportar áridos climas y sequías repentinas, no se fatiga ni hila. Los lirios del campo y las aves del cielo nos enseñan, con tremenda humildad, a contentarnos con ser hombres y mujeres.

Jamás el lenguaje humano ni el pensamiento han hallado un símbolo más bello de la independencia que el de los pobres pájaros del cielo, pues ellos no siembran ni guardan su alimento en graneros. De esta manera el pobre, contentándose con ser un humano, mira al pájaro en

el cielo, porque esa es siempre la costumbre del que ora: mirar hacia arriba.

Se puede objetar que esta es una pobre consolación pues con ella se pretende pasar por encima de los horrores que manchan el mundo: los tamerlanes aún siguen con sus caballos arrasando los campos y la justicia está lejos de cumplir su promesa. Sin embargo, el objetivo de este ensayo no es dar una enseñanza ética de vida, sino expresar cómo dos tradiciones tan diferentes se unen en un pincelazo.

En efecto, Basho, poeta budista del período Edo en Japón, vivió en constante peregrinaje. Sus haikús son palabras que mentan un corazón que ayuna, que no se aferra a nada. Él entendió el constante trabajo del afligido en torno a la despedida y la caducidad. Comprendió, en mi opinión, los afanes de la paloma por encontrar un terreno seguro y firme. No obstante, el llanto de Basho no tenía la oprimente gravedad de la angustia; sus ojos brillaban con serenidad. Esta tristeza clara y serena es el temple fundamental de un corazón que no mora en ninguna parte, un corazón que siempre está despidiéndose, y justamente son sus pocas raíces la razón de su alegre libertad y vuelo. Basho aprendió a ser tal como las aves en el cielo.

Se cuenta que Sigy, otro poeta budista, del siglo XII, intentó vivir a una pulgada del suelo. El ejercicio de su espiritualidad se concentraba en esta intención de elevarse por encima del terreno sin abandonar por ello su perte-

nencia al mundo, como menciona el filósofo James Heisig en su libro *Diálogos a una pulgada del suelo*. Creo que tener en mente los lirios del campo y las aves del cielo es vivir a una pulgada del suelo, es decir, con la tierra bajo nuestros pies, como los lirios, y a su vez con la libertad del vuelo en el cielo.

# Julián Esteban González Guzmán

*20 de octubre de 1993*

Formado en filosofía, es docente de religión y ha asumido esta labor con la responsabilidad de no adoctrinar sino de comprender la fe como un fenómeno propio de la experiencia humana; por ello ha decidido investigar sobre esta desde sus diferentes rostros. Escritor asiduo de poesía y ensayos, considera que en estos puede arriesgarse más. Es entusiasta del director de cine Akira Kurosawa y de la poesía japonesa, así como de la filosofía y la poesía mística y budista. Cuando habla de sus lecturas le resulta inevitable mencionar a Rilke, Hölderlin y Wilde.

ENSAYO

CATEGORÍA
ADULTOS

# El encuentro de los cuerpos multiformes y no normativos:

## desproporciones y asimetrías en François Rabelais y Roberto Arlt

**Frann Karlo Farut Páez Estébez**

*Bucaramanga, Santander*

PRIMERA MENCIÓN

La primera pintura que observé con genuina afección fue aquella de la cabeza mutilada y deforme que hizo Francis Bacon. Estaba yo aterrado, imbuido en una mezcla de miedo y repulsión, pero no podía dejar de mirarla con los ojos fascinados del niño que descubre un mar que no es azul. Luego de ese episodio he perseguido como diletante las imágenes monstruosas, pues creo que lo artístico debe resquebrajar las bellezas canónicas, hacer grietas en las estructuras anquilosadas del mundo y sacudir los espíritus y los cuerpos. Y, en ese sentido, ningún encuentro me ha parecido tan potente y vital como el que tuve con la obra de François Rabelais y con la de Roberto Arlt, ambos creadores de monstruos hechos con palabras.

Con la llegada del Renacimiento y de lo moderno, el cuerpo en Occidente comenzó a desprenderse de los vendajes que durante siglos procuraron ocultarlo y desconocerlo, pues su vitalidad siempre va reclamando espacios.

De este modo, contra la idealización de la imagen y el sentido unívoco de los cuerpos, por parte de los modelos canónicos del poder y de las instituciones, una pluma audaz –que más parece pincel o espada– irrumpió a mediados del siglo XVI para quebrar los moldes: monsieur François Rabelais.

Pues bien, ante el estrecho encasillamiento sobre qué y cómo debe ser un cuerpo, las imágenes rabelaisianas de lo corpóreo resultan desproporcionadas, asimétricas e incluso monstruosas. Las descripciones de sus personajes gigantescos y fantásticos distan radicalmente de las formas arquetípicas impuestas. La fuerza renovadora del autor francés reside en su capacidad de deformar, desobedecer. Para el teórico literario ruso Mijaíl Bajtín esto es debido a la asimilación de un carácter popular que explica "el aspecto no literario" de Rabelais, su resistencia a ajustarse a los cánones y las reglas del arte literario vigentes desde el siglo XVI hasta nuestros días, independientemente de las variaciones que sufriera su contenido.

Es decir que Rabelais no se dedicó a cumplir sino a irrumpir. Rabelais propuso y renovó desde lo popular. Sus formas son multiformes y no normativas. Los personajes viven a plenitud sus cuerpos, sin acallarlos. Por ejemplo, en el capítulo XXI de *Gargantúa*, cuando se habla de Ponócrates, se halla una enumeración brutal, casi una sinfonía corporal: "Después cagaba, meaba, gargarizaba, eructaba, peía, bostezaba, escupía, tosía, sollozaba, estornudaba y

se sonaba a lo archidiácono". Este retrato sinestésico –tan grotesco para muchos– es apenas natural y necesario para el mundo del escritor galo.

Ahora bien, la propuesta de estas líneas es intentar hacer un análisis sobre cómo esas voces rabelaisianas han encontrado ecos en otros tiempos y en otras latitudes; más puntualmente sobre cómo esos cuerpos gigantescos del autor francés, cuatro siglos después, se encuentran con los cuerpos jorobados de Roberto Arlt.

En ese sentido se debe precisar que las imágenes arltianas también representan una ruptura con los cánones: los cuerpos multiformes son el retrato de la sociedad argentina de principios del siglo xx, de lo popular, de una idiosincrasia que es imposible hallar en los esquemas literarios de su momento. Como menciona Ricardo Piglia en un ensayo sobre el escritor argentino: "En Arlt la ficción se transforma y se metamorfosea y a menudo se identifica con la estafa, con el fraude, con la falsificación, con la delación. Formas todas donde los relatos actúan, tienen poder, producen efectos". La deformación del idealizado carácter gauchesco constituye una suerte de desvirtuación de lo moral. Arlt logra tocar esferas más profundas de las personas y sus cuerpos, como ya antes Rabelais lo había anunciado. Pero entiéndase: ¡guardando las proporciones!

En ambos casos, las estrategias narrativas y descriptivas danzan en los terrenos de lo irónico. Por esta razón, lo

cómico en Rabelais y en Arlt habita en las múltiples formas que pueden adoptar los cuerpos y lo cotidiano. Verbigracia, el escritor francés describe a Panurge, en el capítulo XVI de *Pantagruel*, como un "pícaro, ratero, borracho, malhechor y vagabundo, no había igual en París [...]. Era, en fin, el mejor hijo del mundo". El remate de esta cita reúne, justamente, una dimensión cómica que deslegitima cualquier pretensión moralista y se acerca más bien al carácter "no oficial" que Bajtín atribuye a las formas cómicas como expresión fundamental de lo popular.

En conclusión, las diversas formas de lo corpóreo, tanto en Rabelais como en Arlt, responden a transgresiones de la idealización y los cánones: son imágenes de cuerpos multiformes y no normativos que, mediante la ironía y la parodia hiperbólica, retratan las distintas épocas a las que pertenecen desde lo popular, un espacio donde lo que se privilegia es lo humano: "¿O es que usted se cree que porque soy corcovado no tengo sentimientos humanos?", pregunta don Rigoletto en *El jorobadito*, la novela de Arlt. Rabelais busca a sus personajes en las plazas públicas y Arlt, en los quioscos de revistas, en las calles. Las imágenes rabelaisianas y arltianas se plantan sobre la base poderosamente verosímil de la imperfección. Ricardo Piglia justifica así la raíz de la grandeza de su compatriota: "Porque excede los límites de las convenciones literarias y también los lugares comunes ideológicos, que en general son una sola cosa". Y eso mismo se puede sostener sobre

Rabelais. Así, mi mundo será siempre el de Rabelais y el de Arlt, pues gracias a ellos comprendí mi fascinación al observar la pintura de Bacon: ¡estaba mirando un espejo!

# Frann Karlo Farut Páez Estébez

*15 de septiembre de 1989*

Docente de español. Cursa una maestría en literatura en la Universidad Pontificia Bolivariana, donde está explorando el concepto de la belleza en el arte desde lo voluminoso, asimétrico y desproporcionado. Escribe para entender lo que piensa y generar redes de pensamiento, pero también para motivar a sus estudiantes. Gracias a ello ha empezado a hacer circular sus textos, y recientemente RTVC escogió un cuento suyo para el programa *Cuentazos con Efectazos*. Además, obtuvo un reconocimiento en el concurso de cuento Siempre Santander, Mitos y Leyendas, organizado por la gobernación de este departamento.

ENSAYO

CATEGORÍA
ADULTOS

# ¿Cómo construir una nueva escuela?

**Juan Alberto Másmela Arroyave**

*Medellín, Antioquia*

SEGUNDA MENCIÓN

A la escuela se le asigna la misión de capacitar y socializar a los niños en su entorno cultural, pero en su precaria redención socializadora esta termina por escolarizar a las personas en extensos programas curriculares que finalmente conducen a desatender aquellos ámbitos universales basados en la libertad, la justicia y la igualdad.

El sistema escolar debe estar orientado a construir nuevas propuestas y a desenmascarar aquellos hábitos o tendencias que desestabilizan la estructura educativa. La organización escolar, como parte del sistema, tiene la tarea de replantear la usual concepción de habitarla sin trascender en sus espacios y así significar el compromiso de los padres de familia, la labor pedagógica del maestro, la administración del directivo y la pertenencia del estudiante al sistema educativo.

El análisis que a continuación se presentará busca develar la posibilidad de una educación libre, autónoma y

democrática, como también describir los elementos críticos que han sostenido la escuela: las notas, los maestros y las teorías escolares.

### 1. Las notas y su realidad dialéctica

La clase, en el acto de enseñar, está cubierta por una serie de ámbitos y modelos externos que la condicionan a alejarse de la realidad pedagógica: enseñar para el aprendizaje. Por eso es importante diferenciar lo pedagógico de lo que no lo es. Por ejemplo, en ocasiones, las notas de las evaluaciones no sirven para identificar cuánto se aprendió, sino para mostrar la sumisión a los caprichos y condiciones del que evalúa.

La nota (desde una argumentación dialéctica) posee, por un lado, un significado simbólico, en cuanto identifica el valor aproximado de un saber determinado por el aprendizaje y la pedagogía. Pero en su otra connotación, las notas operan bajo diversos controles como el disciplinario, el académico, el normativo. Noam Chomsky afirma que los logros académicos consisten en largos entrenamientos para pasar exámenes; las labores de los estudiantes radican en extensas jornadas dedicadas a cumplir un reglamento escolar. En última instancia, estas son las que definen el rumbo de las clases y el destino de las personas.

En las notas también subyacen advertencias, amenazas y restricciones, las cuales generan prevenciones, miedos y odios en determinados grupos sociales. Una deficiente

educación escolar puede dejar secuelas para siempre. Es común observar que la escuela, al validar el saber, afecta los estados anímicos de las personas.

Cuando las notas no se acomodan a los intereses de la reflexión, de la autonomía, se muestran como resultado de un compromiso institucional, de una imposición personal e intereses aislados del acto de enseñar.

Los hábitos de corrección, impuestos desde el aparato escolar, además de regir el destino académico, también han conducido a la crisis en la que se encuentra nuestro sistema educativo. Los maestros pasan gran parte de sus clases advirtiendo cómo debe ser el comportamiento disciplinario y desatienden lo más importante: promover el pensamiento, la enseñanza para la vida, el saber de las diferentes disciplinas científicas y el conocimiento de sí mismo.

**2. El papel del maestro**

En nuestro medio, la profesión docente no tiene el prestigio que merece y por esta razón su lucha consiste en la búsqueda de la dignidad y el reconocimiento de su propio quehacer. Esta distinción se logra a través de maestros bien preparados, firmes en su discurso y que no desvirtúen el verdadero sentido de la educación. El maestro debe ser sensible para poder moldear sus ideas y dar forma a lo que expresa, algo que solo podría lograr "pintando y construyendo el mundo", como decía Paulo Freire. Se pinta el mundo con contenidos claros y sencillos, desprovistos de

formalismos memorísticos o repetitivos. Se requiere una educación en la que cada profesor estimule la creatividad y la pasión de sus estudiantes, y los lleve a sentirse protagonistas de la acción educativa.

En gran medida, la credibilidad del maestro radica en un quehacer pedagógico que se logre a través de la construcción de su pensar y desde la disciplina, la formación y la lectura para afrontar el mundo que lo rodea. Y más allá del campo intelectual, su encanto reside en el lenguaje que lo envuelve y en su mágica figura que permanece en el tiempo.

Una dificultad aparece en los maestros que se niegan a ser ellos mismos, que limitan su pensar y su discurso a una recitación de oraciones o saberes enciclopédicos, y que, sin darse cuenta, renuncian a la identidad y la autonomía: cuando estos no piensan por sí mismos y dependen de otros, la reflexión queda sometida a un simple estado servil. En este estado no hay libertad para estructurar y expresar las ideas; entonces se pierde el protagonismo y los espacios pedagógicos se desarrollan entre la charlatanería y el desprestigio de la labor docente. Del mismo modo, los estudiantes heredan este sometimiento al renunciar a pensar y terminan confiando en que los demás pueden decidir en sus vidas.

### 3. Las teorías escolares

Entre los modelos que limitan el pensar se encuentran las teorías pedagógicas y dogmas que se anuncian como los postulados de moda, los cuales, a su vez, llevan al maestro a

una especie de obediencia ideológica o política que rompe con la reflexión, la crítica y el análisis. Estos nuevos discursos que abastecen gran parte de los contenidos pedagógicos no riman con su entorno escolar y terminan en una construcción de peroratas que son recitadas como principios de verdad. Lo más grave es que sus creadores, en muchas ocasiones, carecen de un contacto directo con el aula de clase porque han elaborado sus escritos desde una oficina o un centro de acopio de tratados especializados.

Se concluye que más allá de los enfoques teóricos, la escuela debe edificarse con estructuras sólidas que conduzcan a investigar, crear y aprender. La búsqueda del conocimiento parte de una construcción propia, de cuánto se cuestione o se explore un saber determinado. El legado de la misma no es transitorio ni fragmentado, es universal y su verdad permanece en el tiempo. El compromiso del sistema educativo requiere que sus protagonistas trabajen por una escuela responsable, firme y con futuro.

# Juan Alberto Másmela Arroyave

*18 de diciembre de 1953*

Filósofo de formación y docente de lengua castellana a punto de retirarse del magisterio. Se considera más un escritor que una persona que habla. Promueve la escritura de ensayos entre sus estudiantes y escribe constantemente sobre estos. La reflexión sobre su quehacer lo ha llevado a articular su concepción de maestro y las teorías pedagógicas con los procesos de evaluación. Lector de literatura y filosofía, sus cuentos de cabecera son "Dentro y fuera", de Hermann Hesse, y "El ruiseñor y la rosa", de Oscar Wilde.

ENSAYO

CATEGORÍA
ADULTOS

# Palabra por palabra

**Pedro Antonio Herrera Solano**

*Riohacha, La Guajira*

TERCERA MENCIÓN

El idioma es el vehículo de todo el acervo cultural de un pueblo. Las palabras tienen historia; su significado nos habla de un origen, un crecimiento, un pasado y un futuro que se construyen en la actualidad de cada generación. Mediante el estudio de las palabras encontramos verdades y mentiras presentes en mensajes y afirmaciones pronunciados desde las diferentes ideologías que existen y han existido. Estudiar el origen de las palabras como miembro del pueblo indígena wayuu me ha permitido saber realmente lo que es propio de mi cultura y entender en qué medida la aculturación es un fenómeno que se da desde la inclusión de palabras del castellano al wayuunaiki, la lengua wayuu, a través del tiempo y gracias a la interacción con los alijunas, las personas no indígenas.

Así como en la lengua castellana se han incorporado extranjerismos, en el wayuunaiki se han incluido lo que algunos académicos de la etnia wayuu denominan alijunismos. Por ejemplo, una de las actividades productivas

tradicionales del pueblo wayuu es la cría de ganado caprino y ovino. En una reunión de docentes indígenas en la que me encontraba, la persona que la presidía aseguraba que la tenencia de ganado caprino era una actividad milenaria. Yo no pude aceptar dicha afirmación, pues conocía el origen de la palabra *kaulaa*, que en castellano significa "cabra". Le dije que la primera era una adaptación de la segunda. La palabra *kaulaa* se comenzó a utilizar cuando nuestros ancestros hacían negocios con los comerciantes españoles intercambiando perlas por cabras. Con esto les explicaba que, atendiendo al origen de esta palabra, se podría plantear que la cría de ganado caprino no era una actividad milenaria.

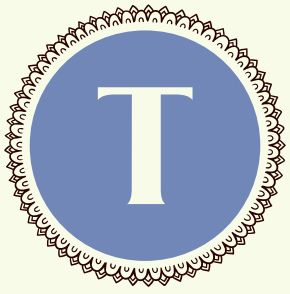
Así mismo sucede con la palabra *puliiki*, que traduce "borrico"; con *anner*, que traduce "carnero"; con *puluuko*, que traduce "puerco"; o con *kaliina*, que traduce "gallina". Conocer el origen de estas palabras nos brinda un dato importante: estas especies no existían en el contexto geográfico del pueblo wayuu antes de la llegada de los españoles. De igual manera, en los años sesenta comenzaron a llegar a La Guajira los camiones Ford 750, en un tiempo en que los wayuus no conocían ninguna clase de automotores. Dichos camiones atravesaron La Guajira con mercancía proveniente de Panamá, la cual era desembarcada en Portete, el puerto tradicional de la península. Cuando los wayuus escucharon que eran camiones, empezaron a pronunciar en wayuunaiki la palabra *keemion*, y de allí en adelante llamaron así a toda clase de automotores.

Por otro lado, el origen de las palabras nos habla de la cosmovisión de un pueblo. Por ejemplo, en la cosmovisión occidental, el decir "buenos días" refleja el deseo de que la otra persona tenga un buen día, pero antes de que la etnia wayuu interactuara con los españoles la expresión que se decía al amanecer era "¿qué soñaste?". De esta forma, el sabio que escuchaba el sueño lo interpretaba y le daba a la persona varias instrucciones de autocuidado en caso de que el sueño simbolizara una advertencia de peligro. Hoy en día, en la lengua wayuu se ha adaptado el "buenos días" occidental como *annaas wattamana*, que literalmente significa "buena mañana", y ya no es común el "¿qué soñaste?", lo que tuvo como resultado una variación de la cosmovisión actual del pueblo wayuu en su vivencia familiar y comunitaria.

Las palabras hablan solas y cuentan una historia; hablan de una manera de ver al mundo y nos llevan a descubrir sus diferentes orígenes. Para poner esto en contexto, quisiera mencionar la manera en que se da la medición del tiempo en wayuunaiki: el día es *kaai*, que traduce "sol"; el mes es *kashii*, que significa "luna"; el año es *juyaa*, o "lluvia", y la palabra "semana" no existe. En este sentido, se infiere que el hombre y la mujer wayuus aprendieron a observar los ciclos lunares, que un día iniciaba con la salida del sol y terminaba cuando el astro se ocultaba, y que su año estaba relacionado netamente con el período de inicio de lluvias fuertes que generalmente coincide en La Guajira con el mes de octubre.

Entender el origen de las palabras nos da luces sobre la cultura de un pueblo, por qué piensa como piensa, por qué habla como habla, por qué actúa como actúa. Por eso, algunas veces, escuchar es más importante que hablar, porque cuando se escucha, se entiende; cuando se entiende, se comprende, y cuando se comprende, se respeta y valora a las demás personas, a los que son diferentes a ti, a los que no viven como tú vives.

# Awanaja putchikaluirua



Tu anuiki alujakalu supushuwaa jutkata akuaipa wanee mma, tu put chula kanainka achikuwa tu sukuaipa tu putchi aishajalakat shia wamuin suchiki suttía , wanee eniruluwaa, suchiki wanee alatuitpa, joushu wanee alatajateeru yomapeena, joutta akumajasu maaulu. Sumairu shikirajanuin Anai  tu putchikat wousluin alawa numuin wekii suluu eekalu. Wayuu raya ekirrajia taya suchiki tu putchi oskumajaya atujetai atujawaa Sau akuaipa Wayuu sümaa sukuaipa aliijuna.

Sünüin tü wanuiki eesu putchi eketnu sümaanajet alijuna. Müin aka, shi'yatain wayuu arüleejaa jee yaashi taya sünüin jutkata sünüin ekirajunnu wayuu, chi shiki puukai tu aruleejaa kakaiyairu najuin, nnojotsu tacheküin tu

nümaa, jamüin terajüin ekii tu putchi ka'ula, sulu'u alijunaiki "cabra", tü putchika eketsu atuma wanaa sümaa tu wala'ulayu nawanaaja tü ka'ula sumaa kakuuna, namaa alijuna españolekana, nnojotsuje wamuin jatuin tü aruleejaa nnojotsu kakaiyairuin.

Müsiaka sa'in tü putchi Puliiki nainje tü putchi "borrico", tü putchi anneru sünainjee "carnero", tü putchi puuluku sünainjee "puerco", tü puchi kaliina sünainjee "gallina", eeraja shiki tü putchika shi'yatuin wamüin nnojotpüin tü murutkana sulu'u tu sumainka wayuu nnojoliwa suntüin na alijukana españolekana. Anainwaa juya 60, antushii keemion wajiirumuin farol 750, na wayuunaka nnojotsu nerajüin, tü keemionkalirua alatusu wajirapuna sumaa suchisa wattajewa (Panamá) tu suchisa ashakajinusu Portete, sapuinjese na Wayuukana suchiki tu kemion ottusu aashijaa suchiki keemion, yaleejeechiki supushuwa tu kasa neeraka keemion namusu.

Tü shiki putchika aaishajaa suchiki tü wekii, sulu'u tü shikii alijuna musu watta ma'alu anasu so'ulu tu wanee wayuu, sumuin tü wayuu nnojoluiwa sushajain sumaa tü alijunaka españoleka tu putchi nanuiki puka watta maa ¿kasa apÛla pÙinka?, yalejeechiki chi miño'ushikai nukujapüin kasa apulajutüin tu lapu supulajatu kasa mojusu. Ma'ulu shia aaishajaana tamaa "watta ma'alu" eketka tü putchi "buena mañana" maa aka, nnojotsu asakuin nanuin ¿kasa apulapüin? waneejee tü jasa shiki na Wayuukana ma'ulu sumaa tü kepiakat sumaa nautpajana.

Tuu putchika yootusu sumüinwa jee akuentaja wanee achikuwa, akujusu eera tu mmapakat, werajaka wanee jeketu mmapaa. Tu muin aka, putchi ka'i tü día jee sol, tu putchi kashi tü "mes" musia luna, jee juya tu lluvia müsia año, tu putchi semana nnojotsu eerajuruin. Na Wayuukana atujushii ayawataa tu aka'liaa sumaa awanajaya tu kashikat, tu ka'ikalu, ottusu sünainjee mojuituin ka'ikai jalajasu machitpa ka'ikai, joushi juya sünainjee tu juyakat, ottusu Wajiira octubre.

Erajaa shiki tu putchi ekirajain waya sünain nachikuwa mmapakat, tu sushajayaka, tu ainra kasa musu anasu aapajaa sulia aashaajawaa, muinka paapajulee eerajushi pia, kojotumuin tu wanee Wayuukana, tu waneejee kaapulia, tu kepiaka juulia onojotku kepiain mma.

# Pedro Antonio Herrera Solano

*27 de abril de 1976*

Formado como administrador de empresas, se ha dedicado a ser educador comunitario. Siempre ha sentido la necesidad de investigar sobre su cultura wayuu, su lengua e identidad. Aunque el wayuunaiki no es su lengua materna, le interesa incrementar los estudios e investigaciones sobre esta y su cultura. Los ensayos, la novela y los relatos históricos que ha escrito giran en torno al pueblo wayuu, aunque los comparte solo con sus cercanos. Es lector de psicología y pedagogía, y admirador de la obra de Gabriel García Márquez. Sus hijos cursan grados sexto y primero.

Este libro se terminó en Bogotá D.C.
el 10 de diciembre de 2021

“Desde su perspectiva, cada autor arriesgó exploraciones, apuestas narrativas ingeniosas, sutiles, dramáticas, sorpresivas. Escritores niños, jóvenes y adultos que, quiéranlo o no, al participar en el concurso asumieron ese gran reto de sumar su escritura a la dinámica de cambio y renovación inherente al arte y, en nuestro caso, a la escritura literaria”.

*–Óscar Godoy Barbosa*

“Distribuida en tres categorías, como las tres cordilleras que se abren paso por el territorio nacional, esta breve y contundente selección de cuentos y ensayos refiere distintos imaginarios de niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos de Colombia. Imaginarios bellamente escritos que nos ayudan a comprender mejor quiénes somos, de dónde venimos y para dónde vamos. La literatura configura nuestra identidad, nos muestra distintas interpretaciones de la historia y nos revela los ingredientes que componen la sensibilidad humana: los sueños, el amor, la muerte, los miedos, la esperanza y el contacto, entre otros. Este libro respira colombianidad”.

*–María Victoria Angulo González*